



<https://www.facebook.com/novelasdescargas>

Solo le quedaba una cosa con la que negociar: su cuerpo.

Gracias al escándalo financiero protagonizado por su padre, Morgan Copeland pasó de ser la reina de la prensa rosa americana a caer en desgracia de la noche a la mañana.

Aferrándose a la última pizca de orgullo que le quedaba, buscó la ayuda del marido al que un día había abandonado, sabiendo que para convencer al implacable Drakon Xanthis tendría que ponerse de rodillas y suplicar. Al principio no fue más que la mujer florero del magnate griego, pero la explosiva pasión que surgiría entre ellos iba a sorprenderles a los dos...

Capítulo 1

Bienvenida a casa, esposa mía.

Morgan se quedó sin palabras. Estaban en el fastuoso salón de Villa Angelica, con sus ventanas panorámicas que dejaban ver el cielo y el mar. Pero ella no veía nada que no fuera el rostro de Drakon.

Habían pasado cinco años desde la última vez que le había visto, cinco años y medio desde aquella boda extravagante de dos millones de dólares. Cuánto derroche para un matrimonio que solo iba a durar seis meses.

Había esperado ese momento con terror. Albergaba un miedo inmenso. Y, sin embargo, Drakon parecía tan relajado, tan cálido, como si le estuviera dando la bienvenida después de unas cortas vacaciones, como si no le hubiera abandonado de la noche a la mañana.

—No soy tu esposa, Drakon —dijo ella suavemente.

Ambos sabían que ya no había nada entre ellos. Después de todas aquellas cartas formales que le había enviado tras haberle pedido el divorcio, no había vuelto a saber nada de él. No habían vuelto a tener contacto alguno desde entonces.

Se había negado a darle el divorcio y le había costado una fortuna enfrentarse a él en los tribunales.

Pero no había demanda, ni abogado, ni suma de dinero que pudiera hacerle cambiar de idea. Los votos matrimoniales eran sagrados. Era suya y los tribunales de Grecia parecían darle la razón, o quizás habían sido comprados, Seguramente se trataba de la segunda opción.

—Sigues siendo mi esposa, pero no quiero tener una conversación como esta en una habitación tan grande. Entra, Morgan. No eres una extraña. ¿Qué quieres beber? ¿Champán? ¿Un Bellini? ¿Algo más fuerte?

Morgan sentía que sus pies no querían moverse. Las piernas no la sostenían. Su corazón latía demasiado deprisa.

¿Realmente era él? ¿Era Drakon? Parecía otra persona.

Cada vez más inquieta, apartó la vista y miró hacia los enormes ventanales que tenía detrás. Los acantilados seguían siendo sobrecogedores, y después estaba el mar más azul que había visto jamás.

Todo estaba precioso ese día; un día perfecto de primavera en la costa de Amalfi.

—No quiero nada —dijo, aún teniendo mucha sed. Volvió a mirarle.

Tenía la boca seca y la cabeza le daba vueltas. Los nervios y la ansiedad crecían por momentos.

¿Quién era el hombre que tenía delante?

El Drakon Xanthis con el que se había casado era un hombre refinado, elegante, de porte aristocrático. Pero el hombre que tenía delante era de espaldas mucho más anchas, un pectoral fibroso y bien torneado. El cabello, casi negro, le llegaba casi hasta los hombros y sus rasgos duros y fieros estaban escondidos bajo una tupida barba. Sus ojos, del color del ámbar, brillaban igual que siempre, no obstante.

Todavía tenía el pelo húmedo y su piel resplandecía, como si acabara de salir del mar cual deidad marina.

Poseidón, blandiendo su tridente en mitad de las aguas embravecidas,

Morgan no se sentía cómoda. No le gustaba nada de lo que veía. Se había preparado para algo muy distinto.

—Estás muy pálida —le dijo él. Su voz era tan profunda como una caricia.

—Ha sido un viaje largo.

—Pues entonces ven a sentarte.

Morgan apretó los puños. Odiaba estar allí. Le odiaba por no haber accedido a verla en un sitio que no fuera Villa Angelica, el lugar en el que habían pasado la luna de miel tras la espectacular boda.

Aquel había sido el mes más feliz de toda su vida. Después habían regresado a Grecia y las cosas ya no habían vuelto a ser igual.

—Estoy bien aquí.

—No te dolerá nada si te sientas.

Morgan se clavó las uñas en la palma de la mano. Los ojos le escocían. Si las piernas le hubieran respondido, hubiera echado a correr, para protegerse, para salvarse.

Ojalá hubiera tenido a otra persona a quien acudir, alguien que pudiera ayudarla, Pero no había nadie, excepto Drakon, el hombre que la había destruido, que la había hecho cuestionarse su propia cordura.

—De eso ya te has encargado tú.

—Dices eso, y, sin embargo, nunca me has dicho cómo,

—Como dijiste, esas son cosas que no se pueden hablar en una habitación de este tamaño. Y los dos sabemos que no he venido para hablar de nosotros. No he venido a ahondar en el pasado ni a sacar viejos fantasmas. He venido a pedirte ayuda. Ya sabes lo que necesito. Ya sabes lo que está en juego.

¿Lo harás? ¿Me ayudarás?

—Seis millones de dólares es mucho dinero.

—Para ti no.

—Las cosas han cambiado. Tu padre perdió más de cuatro millones de dólares del dinero que le di.

—No fue culpa suya —le sostuvo la mirada. Si no le hacía frente en ese momento, él la aplastaría como a una mosca, tal y como había hecho en el pasado.

Al igual que su padre, Drakon no seguía ninguna regla, excepto las suyas propias.

El único objetivo de Drakon Sebastian Xanthis, magnate del transporte marítimo, era amasar dinero y hacer crecer su imperio empresarial. Estaba obsesionado con el control y el poder, y con una mujer que no era su esposa.

Bronwyn, la exuberante australiana que estaba al frente de sus negocios en el Sudeste Asiático,

Los ojos le dolían de repente, de tanto contener las lágrimas, pero no podía pensar en ella en ese momento. No quería preguntarse si la voluptuosa rubia seguía trabajando para él. Eso ya no era importante. Había dejado de formar parte de la vida de Drakon mucho tiempo atrás. Le

traía sin cuidado quién trabajara para él. Le daba igual dónde y con quién se alojara durante sus viajes de negocios.

—¿Es eso lo que crees de verdad? —le preguntó él—. ¿Que tu padre está libre de culpa?

—Por supuesto. Se dejó confundir por,

—Igual que tú. Tu padre es uno de los actores principales en la trama Ponzi. Faltan veinticinco mil millones de dólares, y él desvió parte de ese dinero y se lo colocó a Michael Amery, ganándose un diez por ciento de intereses por el camino.

—Él nunca ha tenido tanto dinero en sus manos.

—Por Dios, Morgan, estás hablando conmigo, con Drakon, tu marido. Conozco a tu padre. Sé exactamente quién y qué es. ¡No me tomes por tonto!

Morgan apretó los dientes. Se guardó las palabras, la rabia, las lágrimas, la vergüenza, Su padre no era un monstruo. No robaba a sus clientes. Le habían engañado tanto como a ellos, pero nadie le había dado la oportunidad de explicarse, de defenderse. Los medios le habían juzgado y condenado, y todo el mundo creía a los periodistas. Todos creían esas acusaciones absurdas.

—Es inocente, Drakon. No sabía que Michael Amery estaba creando esa trama piramidal. No sabía que los beneficios y las cifras eran una mentira.

—Entonces, si es tan inocente, ¿por qué huyó del país? ¿Por qué no se quedó, como los hijos y los primos de Amery? ¿Por qué no se defendió en vez de escapar de la justicia?

—Tenía miedo. Estaba aterrorizado.

—Tonterías. Si se trata de eso, entonces tu padre es un cobarde y se merece el destino que le toque. Morgan sacudió la cabeza, sin dejar de mirarle ni un instante. No parecía Drakon, pero definitivamente era él. Esa voz profunda y aterciopelada era inconfundible. Y esos ojos, Sus ojos, Se había enamorado de esos ojos.

Le había conocido en una fiesta en Viena. No habían bailado, pero él no había dejado de mirarla durante toda la velada. La había seducido con esos ojos. La había hecho suya sin necesidad de hacerle ni una caricia.

Los cinco años anteriores habían sido un infierno. Y justo cuando empezaba a sentir que podía tener un futuro de nuevo, su padre, Daniel Copeland, se había visto involucrado en la trama Ponzi.

Morgan respiró profundamente.

—No puedo dejar que se muera en Somalia, Drakon. Los piratas le matarán si no consiguen el dinero del rescate.

—Le estaría bien empleado.

—¡Es mi padre!

—¿Te endeudarás para el resto de tu vida, solo para comprar su libertad, aunque sepas que la libertad no le durará mucho?

—Sí.

—Entiendes que le arrestarán en cuanto pise suelo norteamericano o europeo, ¿no?

—Sí.

—Nunca volverá a ser libre. Va a pasar el resto de su vida en la cárcel, al igual que Michael Amery, en cuanto le atrapen.

—Lo entiendo. Pero es preferible estar en una cárcel americana que ser el rehén de unos piratas somalíes. En los Estados Unidos, por lo menos tendrá tratamiento médico si se pone enfermo, y podrá tomar sus pastillas para la tensión. Podrá recibir visitas, cartas y tener contacto con el mundo exterior. Solo Dios sabe cómo estará en Somalia.

—No creo que cuente con muchos lujos allí. Pero ¿por qué tendría que mantener a tu padre el contribuyente americano? Déjale donde está. Es lo que merece.

—¿Me dices esto para hacerme daño, o es porque ha perdido tu dinero?

—Soy un hombre de negocios. No me gusta perder dinero. Pero lo que yo perdí fueron cuatrocientos millones solamente. ¿Qué pasa con el resto? La mayor parte era gente común, gente que confió en tu padre con sus planes de pensiones, Eran los ahorros de toda una vida. ¿Y qué hizo él? Hizo que ese dinero se esfumara. Los dejó sin nada, sin plan de pensiones, sin una seguridad en la vida. Toda esa gente mayor no tiene forma de pagar las facturas, ahora que no pueden trabajar y su salud es más débil.

Morgan parpadeó para aclararse la vista.

—Michael Amery era el mejor amigo de mi padre. Era como de la familia. Papá confiaba ciegamente en él —su voz se quebró—. Yo crecí llamándole «tío Michael». Le tenía como parte de la familia.

—Sí. Eso ya me lo dijiste, justo antes de darle cuatrocientos millones a tu padre para que los invirtiera. Estuve a punto de darle más. Él quería más, el doble, en realidad.

—Lo siento mucho.

—Yo confié en él —la miró a los ojos—. Confiaba en ti. Pero ya he abierto los ojos. Morgan soltó el aliento.

—¿Eso quiere decir que no me ayudarás?

—Quiere decir que, —su voz se apagó. La miró fijamente—. Probablemente no.

—¿Probablemente? —repitió ella. Si Drakon no la ayudaba, entonces nadie lo haría.

—Tienes que saber que no soy un gran admirador de tu padre precisamente, glykia mou.

—No tienes que admirarle para dejarme el dinero. Haremos un contrato, un documento legal, entre tú y yo. Y yo te pagaré a plazos. Me llevará tiempo, pero te pagaré. Mi negocio está creciendo. Tengo miles y miles de dólares en pedidos. Te prometo que,

—¿Igual que prometiste quererme? ¿Honrarme? ¿Serme fiel en la salud y en la enfermedad? Morgan hizo una mueca.

—Si las cosas son así, ¿por qué no te has divorciado de mí ya? Si me desprecias tanto, ¿por qué no me dejas ir? ¿Por qué no me das mi libertad?

—Porque yo no soy como tú. Yo no me comprometo para después salir huyendo. No hago promesas y las rompo. Hace cinco años y medio te prometí que te sería fiel, y lo he cumplido.

—Eso son solo palabras, Drakon. No significan nada para mí. Los hechos hablan por sí solos.

—¿Los hechos?

—Sí. Los hechos. O lo que no has hecho. Solo haces algo si te beneficia de alguna forma. Te casaste conmigo porque te convenía, o pensabas que te convendría. Y, entonces, cuando las cosas se pusieron difíciles, cuando yo me puse difícil, desapareciste. No querías concederme el divorcio, pero no fuiste a buscarme. No luchaste por mí. Y, después,

cuando el mundo se puso en nuestra contra, ¿dónde estabas entonces? En ningún sitio. ¡No querías ver mancillado tu nombre por tener un vínculo con la familia Copeland!

Él la miró durante unos segundos interminables.

—Es curioso ver cómo armas las piezas del puzle. Pero no me sorprende. Has heredado ese talento de tu madre para el drama,

—¡Te odio! —la voz le temblaba y los ojos le picaban, pero no iba a llorar—. Sabía que te burlarías de mí, que intentarías humillarme. Cuando tomé el vuelo hacia aquí, sabía que me lo pondrías difícil, pero vine de todos modos, decidida a hacer cualquier cosa para ayudar a mi padre. Dejarás que te suplique, que te ruegue,

—Ha sido un discurso muy apasionado, así que discúlpame si te interrumpo, pero me gustaría aclarar algo. Creo que no has suplicado. Me has pedido dinero. Me has exigido que te dé dinero. Me has explicado por qué necesitas el dinero. Pero yo no he visto a nadie rogando por aquí, ni suplicando.

Morgan sintió una vena que palpitaba furiosamente en su cuello. Sentía lo mismo en las muñecas y en los oídos.

—¿Es eso lo que quieres? ¿Quieres que te ruegue que me ayudes? Él ladeó la cabeza y la atravesó con la mirada.

—Bueno, creo que ayudaría un poco a apaciguar los ánimos y no causaría tanto conflicto.

—Apaciguar los ánimos —repitió ella con sorna.

Él no dijo nada. Se limitó a observarla, como solía hacer en el pasado.

Morgan se sentía desnuda bajo esa mirada, y no podía evitar recordar aquellas cuatro semanas extraordinarias que había pasado en Villa Angelica. Había sido allí donde había conocido el amor y la pasión, el sexo, el placer.

Él nunca perdía el control, pero siempre se aseguraba de hacérselo perder a ella por lo menos una vez al día, y a veces dos o tres.

El sexo era ardiente con él, explosivo, erótico. Se había casado con él siendo virgen y la primera vez había sido un tanto incómoda, pero las cosas no habían tardado mucho en cambiar.

Drakon era intenso, sensual, insaciable, impredecible. Se paraba frente a ella en el otro extremo de la habitación y le decía lo que tenía que

hacer, tal y como estaba haciendo en ese momento. Le decía lo que quería y la observaba mientras lo hacía. A veces quería que se desnudara y que se arrastrara hasta él en braguitas. Otras veces quería que se lo quitara todo excepto los tacones. Y, en ocasiones, le decía que pusiera un pie sobre una silla y entonces le indicaba dónde debía tocarse.

La dominaba. Hacía con ella lo que quería. Esos juegos eróticos siempre la desconcertaban, pero él siempre se unía a ella en el momento más inesperado. Sentía sus labios sobre la piel, entre las piernas. Sus manos le sujetaban el trasero, o el cabello, o le separaban las piernas, y entonces le hacía el amor, con la boca, con los dedos, con todo el cuerpo. La excitaba hasta límites insospechados y, justo cuando pensaba que ya no podía aguantar más, cuando el deseo se volvía agudo y doloroso, se retiraba. La hacía sufrir un poco más.

Morgan sintió un dolor en el pecho. El corazón le dolía. Era tan joven e inocente entonces, Estaba decidida a satisfacer a su esposo griego, hermoso y sensual.

Aquellos treinta días de amor y frenesí la habían cambiado por completo. No podía poner un pie en la villa sin recordar cómo le había hecho el amor en cada habitación, de todas las formas posibles, en las sillas, en las camas, junto a las ventanas, sobre las escaleras, apretando su espalda desnuda contra esas alfombras de un valor incalculable, sobre los suelos de mármol,

De repente sintió ganas de vomitar. No solo la había hecho suya, sino que además la había roto en mil pedazos.

—Ayúdame, Drakon. No sé si te entiendo, y no sé si es algo cultural, personal, o una cuestión lingüística, pero, ¿Quieres que te suplique? ¿Es eso lo que quieres que haga? —levantó la barbilla—.

¿Tengo que ponerme de rodillas y rogar? ¿Es eso lo que tengo que hacer para conseguir tu ayuda?

Él no movió ni un músculo, pero el salón parecía muy pequeño de repente.

—Sí que me gusta verte de rodillas —le dijo en un tono cordial. Ambos sabían todo lo que había hecho en esa postura.

Ella tomó aliento. Buscó fuerzas donde ya no quedaban.

—No lo he olvidado. Aunque Dios sabe que lo he intentado.

—¿Y por qué ibas a querer olvidarlo? Nuestra vida sexual era increíble. Disfrutamos mucho.

Morgan no podía hacer otra cosa que mirarle, intrigada, sorprendida. ¿Qué pensaría él de aquella época?

—Bueno, pues tendré que ponerme de rodillas entonces —dijo ella con sarcasmo, levantándose el dobladillo de la falda para arrodillarse sobre el frío suelo.

—Levántate.

—Pero esto es lo que quieres.

—No. No es lo que quiero, no de esta manera, no porque necesites algo, porque quieras algo. Una cosa es hacer el amor, pero no hay placer alguno para mí en verte rogar. La idea me repugna.

—Pero pareces encantado recordándome de rodillas.

—Eso era distinto. Eso era sexo. Esto es, —sacudió la cabeza. Morgan agradeció el silencio. Lo necesitaba.

—No deseo ver cómo se humilla mi esposa, ni siquiera por su padre. En realidad, me da asco ver que estás dispuesta a hacerlo por él.

—¡Es mi padre!

—¡Y te falló! Y me disgusta profundamente ver que estás dispuesta a dar la cara por un hombre que se negó a protegerte a ti y a tu madre, a tus hermanas. Un hombre tiene que cuidar y mantener a su familia. No tiene que robarles.

—Qué bonito tiene que ser, Drakon Xanthis, vivir en esa immaculada torre de marfil, sintiéndose superior y poderoso. Pero yo no puedo permitirme ese lujo. Ya no puedo permitirme ningún lujo, de hecho. A mi familia ya no le queda nada. El dinero, la seguridad, las casas, los coches, el apellido, nuestra reputación, Lo hemos perdido todo. Y puedo prescindir de ese estilo de vida. Al fin y al cabo es algo superficial. Pero he perdido algo más. Mi familia está destrozada, rota. Vivimos en el caos.

Se detuvo y respiró hondo.

—Bueno, siento que no te guste verme así, pero yo soy esta persona. Y estoy desesperada. Estoy dispuesta a tomar las medidas más desesperadas para ayudar a mi familia. Tú no lo entiendes. Mi familia está sufriendo. Todo el mundo está sufriendo. Están llenos de culpa, vergüenza, confusión,

¿Cómo pudo hacer algo así mi padre? ¿Cómo era posible que no supiera que Amery estaba haciendo inversiones ilegales? ¿Cómo no fue capaz de proteger a sus clientes, a su familia? Mis hermanas y mi hermano, Ya casi ni nos vemos, Drakon. No hablamos. No podemos soportar la vergüenza. Ahora somos marginados, parias, escoria. Pero no tiene importancia. Tú quédate ahí, en tu trono, y búrlate de mis principios. Solo trato de salvar lo que pueda, y quiero empezar por salvar la vida de mi padre.

—Tu padre no lo merece. Pero tú sí. Deja de preocuparte por él, Morgan, y sálvate a ti misma.

—¿Y cómo voy a hacer eso, Drakon? ¿Tienes algún consejo para mí?

—Sí. Ven a casa.

—¿A casa?

—Ven a casa conmigo.

—Esta no es mi casa, Drakon. Nunca lo fue.

Morgan decidió que era hora de decirle toda la verdad.

—Hace un momento me has preguntado por qué quería olvidar nuestra vida sexual, y te lo voy a decir. No me gusta recordar. Me duele hacerlo.

—¿Por qué? Era bueno. No. Era genial. Disfrutábamos mucho estando juntos.

—Sí. Sí. El sexo era muy bueno. Y todo era muy erótico. Tú eras un amante increíblemente experto. Me hacías alcanzar el clímax una y otra vez, varias veces al día. Pero eso fue todo lo que me diste. Tu apellido, un anillo de boda de un millón de dólares y muchos orgasmos. Muchísimos orgasmos. Pero no había relación alguna entre nosotros. No había comunicación, ni conexión alguna. No me casé contigo solo por el sexo. Me casé contigo para tener una vida, un hogar, felicidad. Pero después de solo seis meses, lo único que sentía era un vacío. Me sentía aislada y profundamente infeliz.

Le sostuvo la mirada. Por fin había sido capaz de decirle lo que se había guardado durante tantos años.

—Era tan infeliz que apenas podía vivir mi vida. Pero tú seguías ahí, tocándome, besándome, dándome placer. Yo lloraba después de cada

orgasmo. Lloraba porque me dolía mucho pensar que podías amar mi cuerpo, sin amarme a mí.

—Yo te amaba.

—No.

—Puedes acusarme de haber sido un mal marido, de ser frío, insensible, pero no me digas lo que sentía, porque sé muy bien lo que sentía. Y sí que te quería. A lo mejor no te lo decía muy a menudo,

—Nunca. —Pero yo creía que lo sabías.

—Es evidente que no.

Él la miró durante unos segundos. Sus facciones parecían esculpidas en piedra. —¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque no te gustaba hablar conmigo. Cada vez que abría la boca para decir algo, tú ponías los ojos en blanco, suspirabas, o dabas media vuelta.

—Eso no es cierto.

—Sí que lo es. Al menos para mí. Y a lo mejor a ti te criaron en una cultura en la que las mujeres están acostumbradas a que nadie las escuche, pero yo soy diferente. Vengo de una familia muy grande. Tengo tres hermanas y un hermano, y estoy acostumbrada a conversar, a reír, Pero lo único que obtenía de ti era sexo, y ni siquiera eso era algo bilateral. Tú eras el jefe. Tenías el control, y me decías lo que tenía que hacer. Desnúdate, arrástrate, ven, —se detuvo y se pasó una mano por los ojos antes de que las lágrimas comenzaran a caer—. Así que no te hagas el sorprendido ahora que te suplico que salves a mi padre. No me digas que es denigrante y humillante. Sé lo que es denigrante porque ya lo he vivido, cuando estaba contigo.

Dio media vuelta y fue hacia la puerta. Sus tacones golpeaban con firmeza el suelo de mármol.

Dos días antes había volado desde Los Ángeles hasta Londres, y esa mañana había aterrizado en Nápoles. Había viajado durante veinticuatro horas para llegar a Villa Angelica, por caminos tortuosos y zigzagueantes que ascendían hasta la mansión, situada en lo alto de un acantilado entre Positano y Ravello. Estaba exhausta, pero no estaba hecha añicos, como aquella vez cuando le había dejado por primera vez.

«Es una victoria,», pensó para sí al tiempo que abría la puerta. La luz la cegó.

Capítulo 2

Drakon la observó hasta que abandonó el salón. Tenía las mejillas pálidas. Su cabello, largo y oscuro, se movía con soltura. Podía oír el repiqueteo de las sandalias de tacón alto, golpeando el suelo una y otra vez. Parecía que corría. La puerta de entrada se abrió y se cerró con estruendo.

Soltó el aliento y escuchó el silencio. Dejó que la quietud y la tranquilidad del momento le invadieran. Buscó la calma.

Iría a buscarla, pero primero tenía que recomponer sus pensamientos, controlar las emociones. No podía ir tras ella furioso. Y lo estaba.

Estaba colérico, lleno de rabia.

Esperaría. Esperaría a haber recuperado el control que le caracterizaba. Estaba orgulloso del control que ejercía sobre sí mismo. Se enorgullecía de no pagarla con otros cuando se sentía frustrado.

Podía permitirse el lujo de concederle unos segundos a Morgan. Además, no iba a ir a ninguna parte. El coche con conductor que había alquilado ya no estaba allí. Le había pagado para que se fuera. Y la villa estaba apartada, alejada de la carretera principal, escondida en un remoto rincón. No había taxis cerca, y ella no era de las que echaban a andar sin rumbo.

Drakon aprovechó el silencio para reflexionar sobre todo lo que le había dicho. Habían sido muchas cosas. La mayor parte eran temas incómodos, pero otras cosas eran sorprendentes, insultantes.

¿Se había sentido humillada durante su matrimonio con él?

Eso no podía ser cierto. ¿Y cómo se atrevía a decirle algo así a la cara después de tantos años? Sus palabras habían despertado cierto instinto violento que resultaba muy preocupante.

Él jamás había abrazado la violencia. Jamás perdía la compostura. Y no era capaz de reconocer el matrimonio que ella describía. Sí la había amado y la había consentido en todo. La había mimado, adorado. ¿Cómo podía ser humillante algo así?

¿Y cómo se atrevía a acusarle de ser un mal marido? Se lo había dado todo. Lo había hecho todo por ella. Estaba decidido a hacerla feliz. Sus sentimientos eran importantes para él. Había sido un marido respetuoso, amable. Tenía demasiados recuerdos de una infancia infeliz como para hacerle pasar algo parecido a su esposa.

Su madre, María, no era una mujer mala. Había intentado ser justa, pero nunca había sido cariñosa. Se había quedado viuda a la edad de treinta y cinco años, tras la muerte de su padre al sufrir un ataque al corazón, y había tenido que criar a cinco niños sola. La familia Xanthis gozaba de una situación económica holgada, pero la enorme responsabilidad de criar a cinco hijos a los que nunca había estado segura de querer era demasiado para ella.

Drakon era el segundo de los mayores, y siempre había intentado tomarse con filosofía toda su rabia y su resentimiento. Había aprendido a guardar silencio en su presencia, a no preguntar nada, a no revelar emoción alguna. Se había convertido en el hijo perfecto, sin sentimientos ni necesidades.

Y esa actitud también le había servido para las relaciones amorosas. Las mujeres que pasaban por su vida no tardaban en entender que no podían esperar sentimiento alguno por su parte. No era que no sintiera nada, pero no era fácil sentir algo. Había emociones en algún rincón de su ser, pero no eran accesibles. Sus novias compartían y disfrutaban de su estilo de vida, y de su enorme habilidad para complacerlas. Le aceptaban tal y como era y comprendían que se expresaba mejor a través de hechos.

Pero con Morgan las cosas habían sido diferentes. Le había dicho que ni siquiera disfrutaba de su compañía, Odiaba que le hiciera el amor. Le odiaba a él.

Drakon sintió que el estómago le daba un vuelco. Tragó con dificultad.

¿Cómo había sido tan estúpido?

Le había abandonado mientras estaba en Londres. Al regresar a Atenas, por la noche, se había encontrado con una casa a oscuras. No había nadie para darle la bienvenida. No había ni rastro de ella.

Casi se había vuelto loco. La había llamado. Le había dejado mil mensajes. Había ido a buscarla, pero no había podido encontrarla.

Parecía haberse esfumado de la faz de la Tierra y durante dos años solo pudo comunicarse con ella a través de sus tres abogados. La lucha por el divorcio había sido larga y amarga, pero él había seguido intentando verla a pesar de todo. Tenía el teléfono desconectado. Su familia le decía que estaba de viaje indefinidamente. Incluso había llegado a contratar a detectives privados para averiguar su paradero, pero todas las pistas le habían llevado a un punto muerto. Morgan había desaparecido.

Dos años y medio, Ese fue el tiempo que tardó en verla de nuevo. En octubre reapareció de nuevo en Nueva York.

Los detectives le enviaron su dirección, un ático de lujo en el Soho que le pagaba su padre. Había empezado un negocio propio como diseñadora de joyas y había abierto una pequeña tienda a tan solo una calle de distancia de su casa.

Voló a Nueva York para verla nada más hacerse con la información. A las once de la mañana de un día cualquiera se presentó en su boutique y, Allí estaba ella, saliendo de la tienda en compañía de su hermana, Jemma.

Era una chica cualquiera de las que frecuentaban esas zonas acomodadas, glamurosa y chic, con la piel dorada, resplandeciente. Sin embargo, Drakon vio su delgadez, extrema, peligrosa. Parecía un esqueleto con su blusa de seda y los vaqueros de cintura baja.

La dejó ir en aquella ocasión, pero fue a la casa de su padre. Daniel Copeland apenas podía esconder la sorpresa al verle en su despacho, pero le recibió con cordialidad. Al fin y al cabo, era uno de los inversores de cuyo dinero debía cuidar.

—Hoy vi a Morgan. ¿Qué le pasa? No tiene buen aspecto.

—No ha estado muy bien.

—¿Qué le sucede?

—Eso es asunto suyo.

—Es mi esposa.

—Porque no quieres darle el divorcio.

—Yo no creo en el divorcio.

—No es feliz contigo, Drakon. Tienes que dejarla ir.

—Entonces será mejor que venga ella a decírmelo —le había dicho antes de marcharse.

Largas semanas de incertidumbre casi le habían hecho perder el juicio. Esperaba una llamada que nunca llegaba. Cada vez que miraba el correo electrónico, esperaba encontrar un mensaje de ella. Esperaba que le dijera que estaba preparada para verle.

Pero ella nunca se puso en contacto y dejó de buscarla hasta que un día, de repente, recibió una llamada.

Drakon se pasó una mano por la mandíbula. La tupida barba que le cubría la piel le arañó las yemas de los dedos. La había dejado crecer desde el día en que ella le había abandonado y había jurado no afeitársela hasta tenerla a su lado de nuevo, hasta haber comprendido lo que había ocurrido.

Y ella había vuelto, para decirle que le odiaba, que le despreciaba.

Soltó el aliento lentamente y se dirigió hacia una pequeña sala de estar contigua al salón. Allí estaba su ordenador portátil y su maletín. Sacó una chequera y escribió su nombre rápidamente en un cheque. Escribió la suma, le puso la fecha y firmó. Contempló el documento durante unos segundos.

Había terminado con ella. Le daría el dinero y la dejaría ir. No iba a malgastar ni un segundo más pensando en ella, o añorándola.

Ella quería su libertad, y estaba a punto de recuperarla.

Morgan estaba en las escaleras de la entrada, contemplando las montañas que se precipitaban hacia el mar azul y frotándose las manos contra la falda de lino. De repente oyó que se abría la puerta a sus espaldas.

Sintió un cosquilleo en la piel y el pelo de la nuca se le puso de punta. No necesitaba darse la vuelta para saber que era Drakon. Podía sentir su calor, esa energía magnética que lo atraía todo.

Bajó los peldaños rápidamente, tratando de poner distancia. No quería mirarle a la cara. Tenía tanta rabia y tanto odio dentro.

—No tenías derecho a despedir a mi conductor —le dijo con frialdad, manteniendo la vista al frente.

Una ola de pánico la invadió. Él estaba tan cerca que apenas podía respirar, y mucho menos pensar.

—No creí que lo necesitarías —le dijo él.

Morgan le miró, sorprendida ante tanta arrogancia.

—¿Pensabas que iba a quedarme?

—Lo esperaba.

Ella respiró profundamente. El odio que sentía por él no hacía más que avivarse.

—¿Realmente creías que me bastaría con verte una sola vez para quedarme a tu lado, y olvidar lo infeliz que fui? ¿Creías que iba a olvidar por qué quiero el divorcio?

—Pensaba que por lo menos te sentarías a hablar conmigo, que tendrías una conversación de verdad conmigo.

—A ti no te gusta conversar, Drakon. Lo único que quieres es que te den un boletín informativo muy resumido en el menor tiempo posible. Breve, conciso, directo al grano.

Él guardó silencio un momento.

—Entonces seré breve. El helicóptero viene a buscarte. Ya debería estar a punto de llegar. Tengo esto para ti —le entregó un pedazo de papel doblado.

Morgan lo tomó entre las manos y lo abrió. Era un cheque por valor de siete millones de dólares.

Levantó la vista hacia él, sorprendida.

—¿Qué es esto?

—El dinero que me has pedido.

—Los piratas solo me piden seis millones.

—Pero tendrás otros gastos. El viaje, la logística del rescate, Querrás contratar a un experto para que te ayude, alguien que tenga habilidades de negociación. Hay muchas empresas buenas que se dedican a ello, como Dunamas Maritime Intelligence,

—Ya las conozco.

—No te va a salir barato.

—Ya conozco cuáles son sus honorarios.

—No trates de hacerlo tú sola. Es mejor pagarle a un experto, con contactos. Ellos saben lo que hacen, y te ayudarán a no caer en una trampa.

Los piratas somalíes parecen criminales improvisados, pero en realidad están financiados por algunas de las personas más poderosas y ricas del planeta.

Morgan asintió, pero no fue capaz de decir nada. No era capaz de hablar. La garganta se le cerraba por momentos. Por primera vez en mucho, mucho tiempo, se sentía agradecida de poder contar con alguien como Drakon Xanthis, alguien con poder, dinero y conocimiento. No había mucha gente como él en el mundo, y de repente se sentía muy feliz de haberle tenido en su vida en algún momento.

—Usa lo que te quede para trasladar a tu padre a casa. Creo que hay suficiente. Y, si no es así, házmelo saber.

—Gracias —susurró Morgan. Drakon apretó la mandíbula.

—Vete a Londres antes de regresar a Nueva York. Cobra el cheque en la sucursal de Londres de mi banco. No habrá ningún problema. Te darán los seis millones de dólares que necesitas para el rescate. Tienes que tenerlo en efectivo, y no pueden ser billetes nuevos. Recuérdalo. Pero estoy seguro de que tu contacto ya te lo dijo.

—Sí.

Drakon bajó la vista.

—Son muy quisquillosos, agapi mou. Sigue las instrucciones al pie de la letra. Si no lo haces, las cosas podrían llegar a complicarse.

—Como si no se hubieran complicado ya bastante cuando abordaron el yate de mi padre en el Cuerno de África y mataron a su capitán —se detuvo.

Se oía el zumbido del helicóptero. Todavía estaba lejos, pero no tardaría en llegar. Ninguno de los dos dijo nada durante un rato.

—¿Por qué has mantenido en secreto lo del secuestro de tu padre? Pensaba que sería algo que querrías airear. Podías usarlo para ganarte la empatía de la gente.

—No creo que pudiera ganarme nada. El pueblo americano le odia, le desprecia. Y, si llegan a descubrir que ha sido secuestrado por unos piratas somalíes, se alegrarán mucho. Se pondrían a bailar en la calle y pondrían toda clase de comentarios desagradables en Internet. Le desearían que se muriera de hambre, o que le mataran, Dirían que se lo merece, que es su karma,

—¿Y no es así?

Morgan decidió ignorar el comentario.

—Pero es mi padre, no el de ellos, y no estoy usando su dinero. No me estoy gastando el dinero de las arcas del estado, ni me han dado ninguna subvención pública, No hemos acudido ni a la policía ni al FBI. No le he pedido ayuda a nadie. Vamos a mantener esto en secreto. Lo vamos a resolver en la familia y, como mis hermanos no tienen los medios necesarios para hacerlo, yo voy a usar mi propio dinero.

—Querrás decir el mío.

Morgan se sonrojó y se mordió el labio inferior.

—Cierto. Tu dinero. Voy a usar tu dinero. Pero te lo devolveré. Hasta el último centavo, aunque me lleve toda la vida.

—No hay necesidad de eso —Drakon hizo una pausa y levantó la vista. El helicóptero estaba encima de ellos—. No tienes que devolverme nada, porque voy a llamar a mi abogado esta tarde y le voy a pedir que prepare los papeles del divorcio. A finales de este mes todo habrá terminado.

Morgan guardó silencio durante unos segundos. Su cerebro era incapaz de procesar lo que acababa de decirle. Se limitó a mirarle. Los ojos le escocían.

Él bajó la cabeza y alzó la voz para hacerse oír. El ruido del helicóptero ya empezaba a ser ensordecedor.

—Tendrás todo lo que te corresponde en cuanto quede disuelto el matrimonio. Tal y como están las cosas ahora mismo, te sugiero que me dejes abrirte una cuenta en Londres o en Génova. Te pondré ahí el dinero, no vaya a ser que el gobierno te congele las cuentas. Sé que han congelado todas las cuentas de tu familia en los Estados Unidos.

—No quiero tu dinero.

—Sí que lo quieres. Has venido a buscar mi dinero, así que toma aquello que has venido a buscar.

—He venido a verte por mi padre, y esa es la única razón por la que estoy aquí hoy.

—Eso ya me lo has dejado muy claro —le sonrió, pero su mirada parecía de hielo—. Te estoy dando lo que querías, libertad y seguridad económica. Con eso terminan mis obligaciones para contigo.

Morgan se estremeció al oír el tono de su voz. Nunca le había oído hablar con tanta frialdad y desprecio.

—Lo siento —susurró. El corazón le latía demasiado deprisa. Le dolía demasiado.

Él no contestó. Su mirada seguía fija en el helicóptero. Pero Morgan le observaba, consciente de que esa podía ser la última vez que le vería. Quería memorizar todos los detalles para poder recordarle después.

—Gracias —dijo, esperando que le mirase a la cara aunque solo fuera un instante.

Pero él no lo hizo.

—Te acompaño a la pista —le dijo, extendiendo la mano, sin tocarla ni mirarla.

Morgan se obligó a andar. Allí estaba de nuevo, abandonándole, dejándole en el pasado, Pero quizás todo era mejor así. Parpadeó para aclararse la vista.

El helicóptero los esperaba en la pista, una cubierta retráctil situada sobre la piscina. El rugido de los motores y las aspas imposibilitaba cualquier intento de conversación.

Uno de los empleados de la casa se encontró con ellos frente al vehículo. Llevaba la bolsa de viaje de Morgan en la mano. Drakon la metió dentro del helicóptero, habló brevemente con el piloto y entonces le tendió una mano para ayudarla a subir.

Ella miró su mano y después le miró a la cara. Aquellos ojos increíbles, del color del ámbar, la habían cautivado desde el primer día.

—Gracias de nuevo, Drakon. Y de verdad espero que seas feliz.

Él esbozó una sonrisa cínica, pero sus ojos brillaron, llenos de furia.

—¿Es una broma? ¿Se supone que tengo que reírme?

Ella retrocedió, sorprendida ante semejante arranque de rabia. Durante una fracción de segundo, no pudo hacer otra cosa que mirarle, atónita. El hombre que tenía delante no tenía nada que ver con la persona con la que se había casado.

—Lo digo en serio. Quiero que seas feliz. Te mereces ser feliz.

—Como dices, no me gustan las conversaciones vacías, así que me voy a ir ahora mismo y así nos ahorraremos un momento muy embarazoso y una despedida incómoda —dijo con brusquedad y entonces la hizo subir al helicóptero—. Con esto no puedes escatimar, Morgan. Ni se te ocurra

lidiar con los piratas tú sola. Busca ayuda. Llama a Dunamas, o a Blue Sea, o a alguna de esas empresas de inteligencia marítima. ¿Me has entendido?

La atravesó con la mirada. Sus ojos parecían casi fieros.

Ella asintió con la cabeza torpemente. Un frío gélido la recorrió por dentro. Si hubiera sabido lo que había hecho, Si lo hubiera sabido,

Durante una fracción de segundo estuvo a punto de decirle la verdad. Había estado negociando con los piratas ella sola, y creía tener el control, pero las cosas habían dado un giro terrible, y era por eso por lo que se había visto obligada a acudir a él. Era por eso por lo que le necesitaba tanto.

Antes de que pudiera decirle nada, él ya había dado media vuelta y se alejaba del helicóptero. Morgan sintió el picor de las lágrimas en los ojos. El piloto le dio unos cascos, pero no fue capaz de entender las instrucciones que le daba. No podía apartar la mirada de Drakon.

Caminaba deprisa. Subió las escaleras que llevaban a la terraza superior y siguió adelante sin darse la vuelta en ningún momento. Atravesó la terraza y entró en la casa sin mirar atrás.

El final había llegado por fin. Todo había terminado. Por fin era libre para buscar la felicidad y el amor en otra parte.

El aparato despegó y se elevó en el aire. Los segundos pasaban, se convertían en minutos y el helicóptero ascendía cada vez más. La casa se hacía cada vez más pequeña y todo a su alrededor se volvía azul y verde. A un lado estaba el mar y al otro las montañas.

Aguantando las lágrimas, reparó en el cheque que aún tenía en las manos. Eran siete millones de dólares, y se los había dado sin pestañear.

Un filo de culpa se clavó en sus entrañas. El miedo y la ansiedad la invadieron sin remedio porque no había conseguido todo lo que se había propuesto. Necesitaba algo más que el dinero de Drakon. No solo necesitaba apoyo económico, sino también su ayuda. Había muy pocos hombres en el mundo que conocieran tan bien el fenómeno de la piratería marítima. Drakon era un experto reconocido en la lucha contra la piratería, y no existía nadie que pudiera ayudarle tan bien como él. Él sabría cuál era la mejor forma de lograr la liberación de su padre. Conocería a la gente adecuada.

Soltó el aliento. El corazón se le salía del pecho. Tenía que regresar. Tenía que ver a Drakon de nuevo. Tenía que convencerle para que la ayudara.

Se agarró del cinturón de seguridad como si fuera un freno de mano.

—Pare. Espere —le dijo al piloto a través del pequeño micrófono sujeto a los cascos—. Tenemos que volver. He olvidado algo.

El piloto era demasiado profesional y su sueldo era demasiado alto como para cuestionar la petición, por muy extraña que resultase. Durante unos segundos, fue como si no ocurriera nada, pero entonces el aparato empezó a descender lentamente.

Drakon no esperó a que el helicóptero se fuera. No tenía sentido. Ella ya se había ido de su vida, y se alegraba de ello. Mientras subía las escaleras que le llevaban a la suite del dormitorio, oyó cómo despegaba el helicóptero. El rugido de las aspas rotatorias hacía vibrar las viejas paredes de piedra.

Ya en el cuarto de baño, se quitó toda la ropa, se dio una ducha y se dispuso a afeitarse. Le llevaría un buen rato. Tenía la barba muy larga.

Agarró unas tijeras pequeñas, buscó la cuchilla y la espuma y lo preparó todo. No quería pensar, pero era imposible. Estaba tan enfadado, tan furioso.

¿Cómo había podido amarla alguna vez? Era una mujer superficial, egoísta. Todo giraba siempre en torno a ella.

Mientras cambiaba la cuchilla, sintió que un pesado letargo se apoderaba de él. Le dolía el pecho, como si le hubieran cortado el corazón,

Cuando terminó, se miró en el espejo. Ya casi había olvidado qué aspecto tenía sin esa tupida barba.

De repente oyó que llamaban a la puerta del dormitorio. Se secó la cara rápidamente, agarró un albornoz y fue a abrir.

Al verla de nuevo, algo fiero y violento creció en su interior. ¿Por qué había regresado? ¿A qué estaba jugando? Se inclinó contra la puerta y la miró de arriba abajo con indiferencia y frialdad.

—¿Necesitas más dinero?

Morgan se ruborizó.

—Te has, afeitado.

—Sí.

—Tenemos que hablar. Él arqueó una ceja.

—Gracias, pero no. Ya sé todo lo que tengo que saber sobre ti. Y, ahora, si me disculpas, Será mejor que vuelvas al helicóptero.

—El helicóptero ya no está. Le dije al piloto que se fuera.

—Pues eso ha sido una locura por tu parte. ¿Cómo vas a volver a casa?

—Ya veremos.

—Querrás decir que ya lo verás tú después. La primera persona del plural ya no tiene ningún sentido en este caso. He terminado contigo, y ya no tengo que ayudarte más. Tienes tu cheque, y dentro de un mes recibirás el dinero del divorcio, pero ya está. Eso es todo lo que hay. No tengo nada más para ti. Y, ahora, si me disculpas, tengo cosas que hacer.

Morgan arqueó las cejas y pasó por su lado. Entró en la habitación y miró a su alrededor. Era la habitación donde habían pasado el primer mes tras la boda.

—Está tal y como la recordaba —le dijo, volviéndose hacia él—. Pero tú no. Has cambiado.

—Sí. Me dejé crecer la barba. Lo sé.

—No se trata solo de la barba y del pelo. Eres tú. Estás distinto.

—A lo mejor no lo sabías. Mi mujer me dejó. No fue fácil. Ella le lanzó una mirada de pocos amigos.

—Podrías haber venido a buscarme.

—Lo hice.

—No.

—Lo hice.

—No hablo de llamadas de teléfono, ni de correos electrónicos, ni de mensajes de texto. Eso no cuenta.

—No. No cuenta. Y tampoco funciona, sobre todo cuando apagas el teléfono. Y es por eso que hice unos cuantos viajes a Nueva York y fui hasta Greenwich,

—¡No lo hiciste!

Drakon apretó los puños.

—Dios, si vuelves a llevarme la contraria, te aseguro que no respondo, Morgan. Ten cuidado. Porque sí que fui a buscarte. Quería que volvieras. Quería que regresaras a casa e hice todo lo que pude para salvar nuestro matrimonio. Fui a ver a tu padre. Me presenté en la casa de tus padres, muchas veces. Hablé con tus hermanos.

—No me lo creo.

—Pues créelo —le dijo él en un tono muy serio, avanzando hacia ella. La miró a los ojos.

—Y, si no me crees, averigua por ahí. Pregúntale a tu hermano, o a tu hermana Lori, o a Logan, o a Jemma. Pregúntales a todos. Pregúntales por qué nadie me decía nada. Pídeles respuestas. Si no son para ti, pídelas para mí. Averigua por qué la familia Copeland al completo me dio la espalda. Todavía no sé por qué, al igual que no sé por qué desapareciste. Incluso contraté a detectives privados, pero no había forma de encontrarte.

Morgan cruzó los brazos y respiró profundamente.

—¿De verdad fuiste a buscarme?

—¡Claro que sí! Eras mi esposa. ¿Crees que iba a dejarte marchar sin más? ¿Crees que iba a dejarte ir sin saber por qué te ibas?

Morgan tragó en seco.

—Sí.

Drakon masculló un juramento y se alejó de ella. Necesitaba poner algo de distancia entre ellos.

—No sé con qué clase de hombre crees que te casaste, pero yo no soy así. De hecho, no sabes nada de mí.

Fue tras él. Sus pasos reverberan en las paredes y en el suelo de mármol.

—A lo mejor es porque nunca me diste la oportunidad de llegar a conocerte mejor, Drakon. Él se volvió bruscamente y le hizo frente.

—O a lo mejor es porque nunca te quedaste el tiempo suficiente para llegar a conocerme, Morgan. Morgan dio un paso atrás, sorprendida de ver tanta cólera. Apretó los puños y el cheque se arrugó entre sus dedos.

El cheque, Ya no lo recordaba.

—Si es ese el caso, lo siento.

—«Si,» —repitió él con amargura—. Me resulta tan irónico que no creas ni una palabra de lo que digo, y sin embargo, cuando necesitas algo, vienes corriendo a buscarme.

—No quería venir a buscarte.

—Oh, seguro que no —dio media vuelta y tocó la mandíbula recién afeitada—. Dios, vaya broma. No me puedo creer que haya esperado cinco años para oír esto.

—¿Qué significa eso?

—Olvídalo. No quiero hacer esto. Se volvió hacia ella.

—Por fin he llegado a la misma conclusión a la que tú llegaste hace cinco años. No funciona. Lo nuestro nunca habría funcionado. No tenemos futuro. Y, como no tenemos futuro, no tengo nada más que decirte. Tienes el dinero. Tienes aquello que venías a buscar.

—No solo vine por el dinero. Necesito tu ayuda.

—Pues entonces es una verdadera pena, pero el cheque es todo lo que vas a conseguir de mí. Morgan respiró profundamente.

—Drakon, por favor. Tú sabes cómo actúan los piratas. Has tenido que enfrentarte a ellos muchas veces.

—No. Lo siento. No trato de ser desagradable, pero sí quiero ser sincero. He terminado. He terminado contigo, y con tu familia, con tu padre. Dios, vaya dolor de cabeza me he quitado de encima. Ya no es mi problema, porque ya no soy su yerno. Nunca creí que diría esto, pero en realidad me alegro de haber terminado con todo. Me alegro de poder cortar por lo sano. Te has encargado de agotar todos mis recursos, y ya no tengo nada más que dar, ni a ti ni a la familia Copeland.

Morgan hizo una mueca de dolor y apartó la mirada.

—Nadie me dijo que habías venido a buscarme. Durante ese primer año, nadie me dijo nada.

—Ahora ya no tiene importancia.

—Seguro que ya no significa nada para ti a estas alturas, pero para mí sí. Me acabo de dar cuenta, y es un alivio,

—¿Un alivio? —repitió él con sarcasmo.

Ella levantó la barbilla. Se puso erguida.

—Sí. Un alivio. Ha sido reconfortante saber que no te olvidaste de mí tan rápido.

—Cosa que sí hiciste tú, ¿no?

—Lo siento.

—No me cabe duda de que lo sientes mucho, ahora que los privilegiados Copeland han caído en desgracia.

Morgan se rio con amargura.

—Estamos arruinados, todos nosotros. Seguimos luchando, pero mi hermano y mis hermanas son listos. Les irá bien. Saldrán de esta. Yo, en cambio, Estoy metida en un buen lío. Soy estúpida,

—Si tratas de ganarte mi compasión, no está funcionando.

—No. Solo te estoy diciendo la verdad. Soy estúpida, muy, muy estúpida. Ya ves. No acudí a ti primero. Traté de lidiar con los piratas yo sola, y ya les he dado dinero.

—¿Qué?

Morgan se mordió el labio inferior.

—No queríamos que nadie supiera lo de mi padre, así que lo mantuvimos todo en secreto. Traté de liberar a mi padre yo sola, y les di dinero. Pero no le soltaron.

Drakon se le quedó mirando, estupefacto. Tenía el rostro contraído, los puños apretados. Era evidente que estaba furioso.

Morgan soltó el aliento lentamente y trató de calmarse un poco, pero no era fácil. La sangre retumbaba en sus oídos.

—No quería molestarte, Drakon. Pensé que podía hacerme cargo yo sola. Él continuó mirándola, tenso como una vara.

—Nunca debiste lidiar con esa gente tú sola —le dijo por fin. Su tono era frío como el hielo—. Deberías haber acudido a Dunamas o a Blue Sea de inmediato.

—No tenía dinero para pagar esa clase de asesoramiento. Ni siquiera tenía suficiente para pagar el rescate de tres millones. Ya ves. Eso fue lo que pidieron en un principio. Tres millones. Pero yo no conseguí reunir el dinero, y me quedé sin tiempo, así que me arriesgué con lo que tenía, pero me equivoqué. Los piratas se enfadaron mucho y me acusaron de estar jugando con ellos. Duplicaron la suma y solo tenía dos semanas de margen. Si no les daba el dinero, iban a matarle.

—¿Cuánto te faltaba?

—Cien mil.

—¿Pero les diste dos millones novecientos? Ella asintió.

—Estaba muy cerca de los tres millones, y para reunir todo ese dinero, vacié todas mis cuentas, vendí mi ático, liquidé todo lo que tenía, pero no pude conseguir más. Intenté conseguir préstamos personales de amigos y familiares, pero nadie pudo reunir cien mil dólares a tiempo.

—No viniste a mí cuando te faltaban cien mil dólares.

—No quería involucrarte.

—Pero ahora lo has hecho.

—Porque no tengo a nadie más. No tengo forma de conseguir seis millones sin hacer pública la situación de mi padre.

—Me hubiera salido mucho más barato si hubieras venido antes.

—Lo sé. Pero ya te he dicho que he sido una estúpida. Tenía miedo de venir. Tenía miedo de enfrentarme a ti.

—Yo jamás te habría hecho daño.

—No, pero tengo mi orgullo. Y después estaban todos esos sentimientos, —se detuvo y respiró profundamente. De repente sentía ganas de vomitar—. Porque yo sentía algo por ti, y todas esas emociones me confundían. Al final me di cuenta de que tenía que venir, no obstante. Tenía que pedirte ayuda, Dinero y ayuda, porque los piratas están jugando conmigo. Están jugando y estoy asustada. No quiero estropearlo. Tengo miedo de no volver a ver a mi padre. Tengo miedo porque ellos tienen mucho poder y yo no.

Abrió el puño, estiró el cheque arrugado y miró la cifra.

—Sé que estás muy enfadado conmigo, y sé que no me debes nada. Sé que soy yo quien te debe mucho, pero necesito tu ayuda, Drakon. Por lo menos, necesito tu consejo. ¿Qué hago ahora? ¿Cómo me puedo asegurar de que liberen a mi padre esta vez? —le miró a los ojos—. ¿Quién me dice que van a soltarle? ¿Quién me puede garantizar que todavía sigue, sigue...?

—Tienes miedo de que ya no esté vivo, ¿no?

Ella asintió. Las lágrimas podían brotar en cualquier momento.

—¿Y si no lo está?

—Esa es una buena pregunta.

—Ya ves por qué te necesito. Ya les he dado casi tres millones. No puedo darles otros seis sin una prueba de vida. Pero no me dejan hablar

con él, y no sé qué hacer. Tengo miedo, Drakon. Estoy desbordada. He tratado de mantener la calma, pero no sé cómo hacer esto.

—De tal palo tal astilla.

—¿Qué quieres decir?

—Siempre que tengo noticias tuyas, o de tu padre, es cuando uno de los Copeland necesita dinero. Pero no soy un banco, ni un cajero automático, y estoy cansado de que me utilicen.

—Nunca he querido utilizarte, Drakon. Y no me casé contigo por el dinero. Me avergüenzo de que mi padre te haya pedido que invirtieras dinero en su empresa. Me avergüenzo de que te haya puesto en esa situación. No estaba de acuerdo con ello entonces, y ahora me siento muy mal sabiendo que perdió una buena parte de tu fortuna personal. Pero es mi padre, y no puedo dejarle en Somalia. Puede que a ti te parezca aceptable, incluso conveniente, desde un punto de vista fiscal, pero yo no puedo cargar con eso sobre mi conciencia. Y es por eso que estoy aquí. Te suplico que me ayudes, porque tú eres el único que puede hacerlo.

Hizo una pausa y buscó su mirada.

—A lo mejor no quieres oír esto ahora, pero harías lo mismo si se tratara de tu familia. Te conozco. Sé quién eres, y sé que lo sacrificarías todo si fuera necesario.

Drakon la miró durante unos instantes. Su expresión era hermética, indescifrable. Fue hacia la ventana y puso una mano sobre el cristal. El silencio se prolongó.

—Lo he sacrificado todo por mi familia. Y eso me enseñó que no hay crimen que se quede sin castigo —le dijo por fin.

—Por favor, ¡dime que no fui yo quien te enseñó eso! —gritó ella, desesperada. El puño de Drakon se cerró sobre el cristal.

Morgan cerró los ojos y contuvo el aliento.

—Necesito pensarlo. Necesito tiempo. Ve abajo y espérame.

Capítulo 3

Drakon esperó a que la puerta se cerrara antes de darse la vuelta. Tenía el estómago revuelto y le dolía el pecho cada vez que tomaba el aire. No iba a hacerlo. No iba a ayudarla a conseguir la libertad de su padre.

Odiaba a Daniel Copeland. Había pasado página y ella ya no formaba parte de su presente. Era hora de seguir adelante.

Regresó al cuarto de baño y se miró en el espejo. Contempló ese rostro serio y frío que le miraba con unos ojos muertos. De repente su imagen se disolvió y fue reemplazada por la de Morgan. Vio su cara ovalada, perfecta, de facciones elegantes, y entonces se fijó en las oscuras bolsas que tenía debajo de los ojos. Su palidez era casi sobrenatural.

Prácticamente temblaba mientras hablaba con él y no podía evitar recordar aquel día, cuando la había visto en Nueva York, junto a su hermana Jemma.

Sacudió la cabeza. Alguien, en alguna parte, debía estar ayudándola. Pero no él. Ya no era asunto suyo cuidar de ella. Ya no era su responsabilidad.

Se apartó del espejo y abandonó el cuarto de baño. Sacó el teléfono móvil.

Haría unas cuantas llamadas, comprobaría unos cuantos datos y trataría de encontrar a alguien que estuviera dispuesto a trabajar con ella en el rescate.

Salió al balcón e hizo las llamadas, y después hizo unas cuantas más. Cada vez que pulsaba el botón de colgar, las cosas parecían haber empeorado un poco más. Morgan Copeland tenía un problema muy serio.

Había perdido su casa, la empresa, su reputación, a sus amigos, Y estaba arruinada.

Colgó por última vez y tiró el móvil encima de la cama.

—Maldita sea, maldita sea, Maldita sea —masculló. Estaba tan furioso con ella.

Era cierto que lo había perdido todo. En eso no le había mentido.

Morgan estaba de pie, en el salón, junto a los enormes ventanales. Drakon entró de repente, casi una hora después de haberle dejado en su dormitorio. Se había vuelto a poner ese suéter de cachemira en color crudo. Sus músculos se hacían notar a través del fino tejido.

—¿Cuánto tiempo te has dejado crecer la barba que tenías?

—Mucho.

—¿Años?

—No estoy aquí para hablar de mi barba —le dijo, parco en palabras. Fue hacia ella.

—He hecho algunas averiguaciones, y también algunas llamadas. Veo que sí que vendiste tu ático, y también la tienda del Soho.

—Tuve que hacerlo. Era la única forma de conseguir dinero.

—Deberías haberme dicho inmediatamente que les habías dado dinero a los piratas y que no habían liberado a tu padre.

—Pensé que no hubieras querido ayudarme si lo hubieras sabido — su voz se apagó cuando vio que Drakon iba hacia ella. El corazón le dio un vuelco.

No debería haber prescindido del helicóptero. Debería haberse marchado cuando todavía podía.

Le miró a la cara y le esperó. Era inevitable. Él era inevitable. Podía correr y correr y correr, Pero una parte de ella sabía que jamás podría escapar de él.

—¿Qué hiciste, Morgan? —le preguntó.

De repente estaba frente a ella, demasiado cerca. Sus ojos parecían más intensos y peligrosos que nunca.

—No te entiendo.

—Lo has vendido todo. No tienes nada y, aunque consigas llevar a tu padre de vuelta a casa, seguirás sin tener nada.

—No es cierto —le dijo ella, sintiéndose mareada de repente. Llevaba dos días sin dormir, y apenas había probado bocado en todo ese tiempo—. Tendré tranquilidad.

—¿Tranquilidad? ¿Cómo vas a tener tranquilidad si no tienes casa?

Morgan guardó silencio un segundo. Podía burlarse de ella todo lo que quisiera, porque no sabía lo que era perder la cabeza. No sabía que después de haberle dejado había terminado en el hospital y que había pasado una larga temporada allí. Aquel había sido el peor momento de toda su vida, el más oscuro. Pero no quería pensar en el hospital McLean en ese momento. Eso era el pasado, y tenía que vivir en el presente. Tenía que concentrarse en lo que importaba de verdad.

—Hice lo que tenía que hacer.

—Sacrificaste tu futuro por el de tu padre, y él no tiene ningún futuro. Tu padre, si está vivo, si le sueltan, pasará el resto de su vida en la cárcel. Pero ¿qué vas a hacer tú mientras él vive como un rey en su celda de mínima seguridad, con tres comidas al día? ¿Dónde vas a dormir? ¿Qué vas a comer?

¿Cómo te las arreglarás?

—Ya veré.

—Eres tan valiente y tan inconsciente al mismo tiempo. ¿Nunca te lo piensas dos veces antes de lanzarte al vacío?

De repente Morgan se acordó de Viena, de la boda, de la luna de miel. Por aquel entonces, odiaba estar lejos de él. Odiaba levantarse y no encontrarle a su lado. Odiaba tener que respirar sin él.

Se había perdido en él. La razón la había abandonado y no había pensado en nada que no fuera el presente a su lado.

—No. Yo salgo sin más, Drakon. Salto y espero poder volar. El rostro de Drakon permaneció inmutable.

—¿Cuánto hace que hablaste con tu padre?

—En realidad nunca he hablado con él. Mi madre sí, pero solo ese primer día, cuando la llamaron para decirle que le tenían. Mamá nos llamó a todos, y nos contó lo que había pasado. Nos dijo cuánto dinero querían.

—¿Durante cuánto tiempo habló con tu padre?

—No mucho. Solo fueron unas pocas palabras.

—¿Y qué le dijo él?

—Le dijo que su yate había sido secuestrado, que habían matado al capitán y que le habían tomado como rehén. Y entonces los piratas volvieron a ponerse al teléfono, le dijeron lo que querían y colgaron.

—¿Ha hablado alguien con tu padre desde entonces?

—No.

—¿Por qué no?

—No nos dejan. Dicen que no nos hemos ganado ese derecho.

—Pero les habéis dado tres millones de dólares. Morgan hizo una mueca y le miró a los ojos.

—No puedo dormir por las noches sabiendo que fui tan estúpida. ¡Tres millones de dólares! Tres millones perdidos para siempre. Hubiera servido de algo si hubiéramos podido salvar a mi padre, pero no lo hicimos. No lo hice. Ahora no tenemos nada, y tengo que empezar de nuevo. Y lo peor de todo es que la suma del rescate es el doble ahora. Con solo pensarlo, me vuelvo loca, sabiendo que cometí un error tan grande. No me importó tener que desprenderme de todo para salvar a mi padre, pero resulta que lo perdí todo para nada.

—Para.

—Tienes razón al despreciarme. Soy estúpida, estúpida, estúpida, Drakon la agarró de los hombros y la sacudió con firmeza.

—Basta. No lo sabías. No entendías cómo operan los piratas. No sabías que son impredecibles, difíciles. No tenías forma de saberlo. No hay ningún manual escrito sobre cómo tratar con piratas, así que deja de torturarte a ti misma.

Con cada palabra que decía le daba una pequeña sacudida. Los ojos de Morgan terminaron llenos de lágrimas. Eran lágrimas absurdas. Se las secó, consciente de que se debían al cansancio, y no a la tristeza.

—Recuperaremos a tu padre.

La estrechó entre sus brazos y la apretó contra su pecho.

Pero Morgan retrocedió. Dio varios pasos atrás para no volver a sentirse tentada. Drakon la observó mientras escapaba de él. Su expresión era pensativa, hermética.

—Recuperaremos a tu padre —dijo, repitiendo la promesa de un momento antes—. Y lo haremos sin darles otro dólar más.

Morgan levantó la mirada, sorprendida.

—¿Cómo?

—Conozco a mucha gente. Ella parpadeó.

—¿Es eso posible?

—Hay empresas, servicios, que existen únicamente para este propósito.

—Ya he buscado a esas empresas. Cuestan millones de dólares, y no me ayudarán. Detestan a mi padre. Él representa todo lo que ellos odian.

—Pero trabajarán conmigo.

—No cuando se sepan quién es el rehén.

—Yo soy dueño de una de las empresas de transporte marítimo más grandes del mundo. No se atreverían a rechazarme.

Una chispa de esperanza creció dentro de Morgan, pero no se fiaba de sus propios sentimientos.

—Pero dijiste, dijiste que no me ayudarías. Me dijiste que como me habías dado el dinero,

—Estaba equivocado. Solo quería desquitarme, pero no puedo hacerlo. Eres mi esposa —ella empezó a decir algo, pero Drakon siguió adelante—. Y es mi deber cuidar de ti y de tu familia. Hice esa promesa, y la mantendré.

—¿Aunque te haya dejado?

—Me dejaste. No fui yo quien te dejó a ti.

—No me debes nada. Lo sé. Y tú también debes de saberlo.

—El matrimonio no es una competición en la que hay que acumular puntos. La vida es impredecible, y a veces muy injusta. No me casé contigo esperando que todo fuera diversión y juego. Esperaba desafíos, y los ha habido, más de los que había anticipado, pero sigues siendo mi esposa hasta que nos divorciemos, y la ley es la ley. Es mi deber ayudarte, protegerte, y veo que no he sido capaz de hacer ninguna de esas cosas.

Ella cerró los ojos. Su sinceridad la destrozaba, y también su sentido de la responsabilidad. Drakon era un buen hombre, un hombre justo, y se merecía una buena esposa, alguien que pudiera vivir y respirar sin él.

Pero ella no era esa mujer. Incluso en ese momento, deseaba estar entre sus brazos de nuevo, sentir sus besos.

Esa era su idea de la vida. Y era una locura, imposible, hermosa y hechizante.

—No es culpa tuya —susurró, abrazándose con ambos brazos—. Es mía. A lo mejor incluso de mi padre. Me consintió bastante, ¿sabes?, y eso ponía furiosa a mi madre.

—Recuerdo que en la boda dijo que eras la niña de papá.

Morgan se mordió el labio inferior.

—Mamá tenía a Tori, a Branson y a Logan y, Sí. Era la niña de papá, pero ellos eran los niños de mamá. Y tendría que haberle dado igual cuando me fui a vivir con papá, ya que todos ellos la eligieron a ella, pero al parecer sí que le importó.

—¿Qué quieres decir? ¿Todos ellos vivían con ella, y tú te fuiste a vivir con Daniel? ¿No vivíais todos juntos?

Morgan sacudió la cabeza.

—Mi padre y mi madre vivían separados la mayor parte del tiempo. De cara a la galería hacían como que estaban juntos. Hacían un frente común y daban fiestas en vacaciones y en ocasiones especiales, Una fiesta de Navidad, la fiesta de Año Nuevo, cumpleaños y aniversarios. Pero en casa apenas se toleraban el uno al otro, y casi nunca estaban en el mismo sitio, a menos que hubiera una sesión de fotos, o un reportero con el que hablar. A mi madre le encantaba aparecer en las columnas de sociedad. Le encantaba que nuestro estilo de vida, privilegiado y exquisito, se viera retratado en las revistas. Le gustaba que la envidiaran. Le gustaba sentirse bajo los focos. Mi padre era distinto. Él no creció con dinero, como ella. Y no se sentía muy cómodo siendo el centro de atención. Vivía de una manera mucho más tranquila, Él y yo, y Jemma, cuando venía a vernos. Solíamos ir a esos pequeños restaurantes de barrio, sin nada de glamour. Nos encantaba la comida mexicana, la griega, la india, y pedíamos comida china a domicilio una vez a la semana. Después de cenar, tras haber hecho los deberes, veíamos la televisión. Teníamos un programa favorito, unas rutinas que nos gustaba seguir. Era genial. Él era genial. Y sencillo —miró a Drakon. Había dolor en sus ojos—. Pero el mundo ya no podrá conocer a ese hombre, ni tampoco le permitirá serlo. A sus ojos, es un hombre deleznable, egoísta y codicioso, pero antes no era así. No lo era de verdad —se detuvo y tomó el aliento—. Mi madre solía decirme que era una niña caprichosa, y odiaba que mi padre me complaciera. Decía que me había mimado mucho llevándome a todas partes con él, y convirtiéndome en su sombra. Por lo visto, fue por eso por lo que me volví tan dependiente de ti.

El apego que sentía por mi padre lo trasladé a ti. Pero qué cosa tan horrible para ti, Tener que cargar con una esposa que no puede ser feliz ella sola.

—Estás diciendo tonterías, Morgan.

—No. Es cierto.

—Bueno. Pues yo no me lo creo. Nunca sentí que tenía una carga sobre mí, y tampoco sentí que me agobiaras. Soy un hombre. Hago lo que quiero y me casé contigo porque te escogí, y permanecí casado contigo porque así lo quise, y eso es todo lo que hay que entender.

Ella apartó la vista.

—Estás exhausta. Veo que no estás comiendo ni durmiendo, y eso tiene que cambiar. No voy a dejar que vuelvas a quedarte en los huesos. Mientras estés aquí, te sentarás a comer como es debido, descansarás, y dejarás que yo me ocupe de todo. Puede que no sea ese marido afectuoso y paciente que buscabas, pero se me da bien manejar el caos, y se me da aún mejor lidiar con piratas.

Drakon no sabía muy bien qué esperaba de ella, pero jamás hubiera esperado una sonrisa como la que esbozó en ese momento. Era la primera vez que sonreía desde su llegada. Era una sonrisa radiante, angelical. Empezaba en sus ojos y le iluminaba el rostro.

De repente recordó aquella noche en Viena, cuando se había vuelto y le había mirado de reojo.

Había un gesto travieso en su boca. Nada más localizarle, le había mirado fijamente y la sonrisa se le había borrado de los labios. Se había vuelto tímida de repente. Se había sonrojado y había dado media vuelta, pero entonces le había mirado por encima del hombro una y otra vez.

Al final de aquel baile, Drakon sabía que aquella joven extraordinaria tenía que ser suya.

—Me alegra que seas tú quien se ocupe de los piratas —dijo ella. Su sonrisa se desvanecía por momentos—. Y puede que seas capaz de manejarles bien, pero, Drakon, no trates de manejarme a mí. Yo no me voy a dejar manejar. Ya he tenido bastante durante estos años.

Drakon frunció el ceño. Sabía que había muchas cosas que ella no le decía, un montón de cosas que no le gustaría oír. Y quería hacerle preguntas, preguntas difíciles, pero no era el momento.

—Me preocupas.

—He estado sometida a mucho estrés últimamente.

—Eso ya lo veo, pero no le servirás de nada a tu padre si te caes por el camino. Haré algunas llamadas. El servicio puede prepararnos una comida rápida.

—¿De verdad necesitamos comer?

—Sí. Lo necesitamos. Y aunque sé que el tiempo es de vital importancia en este caso, no comer nada solo empeorará las cosas. Necesitamos tener la mente clara, y si nos desmayamos de repente, significa que no la tenemos.

Morgan se rio de repente y sacudió la cabeza. Una vez más le mostró a aquella joven con la que se había casado.

—No haces más que hablar en primera persona del plural, pero los dos sabemos que te refieres a mí —hizo una pausa y le miró a los ojos—. Pero me encanta la idea de que te desmayes.

—¿Cómo iba a ser de otra manera? Eres una mujer malvada y te mereces,

Se detuvo de repente y apretó los puños. Había estado a punto de bromear con ella tal y como solía hacer en el pasado, cuando quería seducirla y hacerle el amor.

—No —susurró ella, agarrándole del brazo—. No hagas eso. No. Sé lo que estás pensando, y lo siento.

No debería haber dicho lo que he dicho. No debería haberlo dicho como lo he dicho. Ha estado mal. Yo estaba equivocada. Estaba enfadada.

Drakon se puso tenso nada más sentir el tacto de su mano. La miró a los ojos. De repente volvía a sentirse furioso, con ella, consigo mismo.

—Puedes estar segura de que no pienso aprovecharme de ti mientras estés aquí. Estás segura en esta casa. No tienes nada que temer de mí.

—Drakon.

—Haré que lleven tus cosas a la suite Angelica. Es el segundo dormitorio más grande, en el tercer piso. Todo el techo está lleno de frescos.

—Lo recuerdo.

—Está en el ala opuesta. Así tendrás más privacidad y creo que te encontrarás muy cómoda. Te acompaño.

—No hace falta. Recuerdo dónde está.

—Muy bien. Entonces te dejo. Tengo unas cuantas cosas que hacer. Comeré mientras trabajo y haré que te manden algo ligero para comer a tu habitación. Pero tendremos que vernos luego para que pueda ponerte al tanto de todo.

Morgan se alegró de poder escapar a la habitación por fin. Estaba desesperada por alejarse de Drakon y de esa atracción física que tanto le costaba controlar.

Le había hecho daño. Lo que le había dicho antes, sobre su vida juntos, sobre su matrimonio, había hecho mella en él, y se sentía culpable. Se arrepentía profundamente de haber dicho todas esas cosas porque él jamás hubiera hecho nada para hacerle daño. Siempre había sido tan protector, tan pasional, tan sensual, Le daba un poco de miedo. No lo podía negar. Cuando estaba con él, haciendo el amor, las cosas eran distintas, pero cuando se marchaba, todo se oscurecía. Era entonces cuando analizaba su relación con él, lo que hacían, cómo lo hacían, lo poco que controlaba la situación. Siempre la había asustado pensar que perdía el control cuando estaba con él. La asustaba que tuviera tanto poder sobre ella.

Ya en la suite, abrió las puertas que daban a la terraza y, en ese momento, llamaron a la puerta principal. Era la empleada que se había llevado su bolsa. Le dio las gracias y regresó al enorme balcón, uno de los dos que ostentaba la flamante suite. Nunca se cansaba de esas vistas. Era imposible que alguien se cansara de ellas.

El contraste entre el azul intenso de la costa de Amalfi y el color de las rocas había inspirado su primera colección de joyas. Había trabajado con labradorita pulida, con calcedonia azul, lapislázuli y turquesas chinas, gemas que había adquirido en el Sudeste Asiático.

Había sido un viaje de tres meses que la había llevado desde Hong Kong hasta Bali, pasando por Singapur. Su hermana Tori la había acompañado durante el primer mes. Logan había tomado el relevo durante el segundo y Jemma durante el tercero.

A su regreso a Nueva York, llevaba la maleta cargada de piedras de todo tipo y la carpeta llena de bocetos y diseños. Los primeros pedidos de Neiman Marcus y de Bergdorf Goodman empezaban a llegar por aquel entonces.

La colección Amalfi resultó ser todo un éxito y gracias a ella consiguió mucha atención por parte de los medios. Los diseñadores de

moda también se fijaron en ella y todas las celebridades querían llevar un modelo suyo.

Después llegaría Jasper Ice, su segunda colección, inspirada en las montañas rocosas de Canadá.

Las piezas de la colección eran algo parecido a lo que podría llevar una princesa del hielo en la tundra helada. La gama de colores, siempre resplandecientes, se componía de tonos plateados, blancos, beis y dorado pálido. Todas las revistas de moda le habían dedicado un lugar destacado en sus páginas y las piezas habían aparecido en multitud de fotos de personajes famosos.

La frialdad de Jasper Ice reflejaba el vacío, la ausencia. Era el retrato de ese corazón congelado que había abandonado a Drakon Xanthis. Pero él era la última persona en la que quería pensar por aquel entonces, cuando estaba en la cima del éxito.

Sin embargo, un día cualquiera de octubre, mientras caminaba junto a su hermana Jemma, de camino a un restaurante, había visto a un hombre en una limusina. Tenía una barba muy tupida y llevaba el cabello muy largo, pero sus ojos se parecían tanto a los de Drakon que durante una fracción de segundo había llegado a creer que era él.

Había seguido adelante, no obstante, pero finalmente no había tenido más remedio que detenerse, a una manzana de distancia de la tienda. No podía respirar. Le faltaba el aire.

Había sido como si estuviera teniendo un ataque al corazón. Le dolía mucho el pecho. Los músculos se le contraían, y no podía respirar. No podía tomar el aliento, ni hablar. Abría la boca, miraba a su hermana, pidiendo ayuda, pero no podía emitir sonido alguno.

Y entonces todo se había vuelto negro de repente.

Cuando volvió a despertarse estaba en una ambulancia, y después en una sala de urgencias. Pasó diez días en el hospital, seis en la UCI, controlada por cardiólogos en todo momento. Los especialistas le explicaron que la pérdida de peso tan extrema que había sufrido le había dañado el corazón, y que podía morir de un ataque al corazón en cualquier momento si no comenzaba a seguir una dieta especial que la hiciera ganar peso.

Pero ella no había dejado de comer a propósito. No quería perder peso. Simplemente, le resultaba imposible comer con el corazón roto.

Durante el día le daban batidos y comidas especiales, y durante la noche soñaba con Drakon. Los sueños eran tan vívidos e intensos que cada mañana se despertaba esperando verle. Un día se lo comentó a Logan. Esta acabó diciéndoselo a su madre y los psiquiatras no tardaron en aparecer, con sus pastillas, sus preguntas y sus cuadernillos.

¿Entendía la diferencia entre la realidad y la fantasía? ¿Quería morir?

La situación hubiera sido muy confusa si no la hubiera vivido antes en el hospital McLean de Massachusetts, y también en Wallace Home, un año antes. Pero ya estaba acostumbrada, así que la presencia de esos médicos preguntones con pastillas de muchos colores casi le resultaba divertida.

No quería medicación. Contestó a algunas de sus preguntas; a otras no. Esa vez no estaba loca o enferma. Simplemente se estaba esforzando demasiado, haciendo demasiadas horas extra, sin comer ni dormir lo suficiente.

Les había prometido al equipo médico y a su familia que se lo tomaría todo con más calma y cumplió su palabra durante dos años. Empezó a tomarse vacaciones, se fue a una isla del Caribe con sus hermanas y comenzó a disfrutar más de la vida. Había aprendido la lección. Jamás volvería a pronunciar el nombre de Drakon.

Aquellos diez días en el hospital, no obstante, inspiraron su tercera colección, Black Prince, un conjunto de piezas en colores dramáticos y glamurosos. Aquel fue un pequeño tributo a su efímero matrimonio y a los años que siguieron, años de amor loco, sufrimiento y enajenación. De cara al público, sin embargo, se suponía que la colección había sido inspirada por el rubí del Príncipe Negro, una espinela roja de ciento setenta quilates que había formado parte del casco de batalla de Enrique V.

Empezaron a lloverle los pedidos, pero una semana antes del lanzamiento oficial de la colección, estalló el escándalo de Michael Amery. Los medios se pusieron en su contra y la acusaron de ser insensible ante el padecimiento del pueblo. Una crítica experimentada incluso llegó a compararla con María Antonieta, y dijo que la colección Black Prince era tan «frívola e inútil como su creadora».

Durante las semanas siguientes, todos los pedidos fueron cancelados. Las tiendas que habían vendido las colecciones anteriores devolvieron las piezas en stock y terminaron los negocios con ella. Nadie quería ponerse nada que llevara el nombre Copeland. Nadie quería tener nada que ver con ella.

Afortunadamente, no tuvo tiempo de regodearse en su propia miseria. Esa llamada proveniente del Norte de África la hizo establecer prioridades. El rescate de su padre era lo más importante. Ya tendría tiempo de lamentar la pérdida de su negocio más adelante.

De vuelta al presente, Morgan contempló las hermosas vistas. El sol se reflejaba sobre las aguas color zafiro.

Jamás hubiera llegado a confiar en su capacidad creativa como diseñadora de joyas de no haber sido por aquel mes de ensueño que había pasado en la costa de Amalfi. Jamás hubiera tenido éxito alguno de no haber sido por, Drakon.

Pero eso era evidente.

Capítulo 4

Esa tarde soñó con Drakon. En el sueño aún estaban juntos, felices, y eran padres de una niña preciosa. Al despertar le buscó, pero solo encontró el otro lado de la cama, vacío y frío. Rodó sobre sí misma y fue entonces cuando se dio cuenta de que solo había sido un sueño.

Los ojos le escocían y el corazón se le había partido en dos otra vez. El dolor era tan real como lo había sido cinco años antes. Entonces no la habían dejado volver junto a Drakon. Su familia la había llevado al hospital McLean.

«No estás bien. Esto no es sano. No te encuentras bien. Estás demasiado desesperada. Esto es una locura. Estás perdiendo el juicio,».

Morgan sintió que se le cerraba la garganta. El pecho le dolía. Se mordió los labios para mantener a raya los recuerdos. Si no hubiera dejado a Drakon, a esas alturas ya hubieran tenido hijos, bebés, pequeños y pequeñas. Quería tener familia con él, pero, al llegar a Grecia, Drakon se había convertido en un perfecto extraño, distante y reservado.

No podía hacerlo. No podía ser como sus padres. No criaría a un niño en un ambiente tan malsano e inadecuado.

«Deja de pensar en ello», se dijo y fue a darse una ducha. Al regresar al dormitorio, reparó en el baúl que estaba a los pies de la cama. Se lo había regalado su padre antes de la boda. La vieja falda azul y la blusa que llevaba puestas a su llegada habían desaparecido.

Todo estaba allí; la ropa, las joyas, todas las cosas que había dejado en la mansión de Atenas. Drakon debía de haberlo trasladado todo. Eligió un vestido blanco con corsé de ballenas y mangas ligeramente abullonadas

que la hacían sentir como una gitana. Se puso unos aros dorados y completó el look con un chal de color coral.

El sol empezaba a ponerse cuando bajó las escaleras. Recordaba el camino hasta el comedor, pero uno de los empleados del servicio la esperaba en el rellano para acompañarla. Vio a Drakon antes de cruzar el umbral. Estaba en el patio, hablando por el móvil. Vaciló un instante antes de ir a su encuentro. Le observó.

Vaqueros.

Se había puesto vaqueros y una camisa blanca. La persona que tenía delante no tenía nada que ver con aquel hombre sofisticado y refinado que había conocido tantos años atrás. Ya no tenía barba, ni pelo largo, pero aún seguía sin ser ese hombre que recordaba. Era alguien distinto, alguien nuevo, y no hacía más que sorprenderla.

Se dio la vuelta de repente y la miró directamente a los ojos.

Nerviosa, Morgan se puso erguida y cruzó el comedor para salir al patio.

—Espero no haberte hecho esperar mucho —le dijo.

Con las mejillas ardiendo, Morgan hizo un esfuerzo por apartar la mirada de su abultada bragueta y trató de disimular.

—No —logró decir.

Casi echaba de menos esa barba primitiva. No le hubiera sorprendido en absoluto que la hubiera acorralado contra la pared y le hubiera hecho el amor allí mismo a su llegada. En realidad, una parte de ella lo había deseado.

«Morgan, eso no va a pasar. Él te ha dejado ir y tú sigues adelante. Ya no habrá sexo contra las paredes, ni en el suelo, ni sobre la mesa».

—¿Quieres algo de beber? —le preguntó él, señalando la barra de bar, llena de botellas con etiquetas de todos los colores—. Puedo prepararte un cóctel, o servirte una copa de vino, si quieres.

—Una copa de vino.

En ese momento, la brisa marina le agitó el cabello.

—¿Tinto o blanco?

—Me da igual. Elige tú. Drakon le sirvió la copa.

—¿Pudiste dormir? —le preguntó, dándole la copa.

Sus dedos se rozaron momentáneamente.

Morgan sintió que el pulso se le aceleraba. Tuvo que soltar el aliento lentamente para calmarse un poco.

—Sí —dijo en voz baja.

Drakon podía sentir la tensión que manaba de ella.

—Cuatro horas —añadió ella—. Dormí bien. Siempre he dormido bien aquí.

—Es el aire, creo. Estás preciosa, por cierto.

Sus mejillas se enrojecieron y los ojos le brillaron durante un instante. Parecía sorprendida.

—Gracias por traerme la ropa —le dijo ella, luchando contra ese mechón rebelde que ondeaba en la brisa—. Has sido muy amable.

—No. Solo he sido práctico. Como no vas a volver a Ekali, no tiene sentido dejar tus cosas allí. Y eso me recuerda que tengo otro baúl lleno con tu ropa de invierno y con las cosas de esquiar. Puedes llevártelo cuando regreses a Nueva York. Está en uno de los trasteros de abajo. No me pareció buena idea subirlo todo para tener que bajarlo dentro de unos días.

El rostro de Morgan se oscureció.

—¿Es ese el tiempo que crees que voy a pasar aquí?

—Lo sabremos con más exactitud cuando llegue Rowan. Le espero esta noche, o mañana por la mañana.

—¿Rowan?

—Rowan Argyros, de Dunamas Maritime Intelligence. Es la persona con la que he trabajado cuando han retenido a alguno de mis barcos. Tiene su despacho en Londres, pero cuando le llamé esta tarde, estaba en Los Ángeles. Me ha dicho que esta tarde viene para acá.

—Pero, si eres un experto en piratería marítima, ¿por qué necesitas ayuda externa?

—Lo mío es el transporte y, aunque sé mucho sobre el tema, hace falta algo más que dinero para liberar a un barco capturado. Hace falta un equipo de expertos, información, estrategia, decisión, y en el caso de tu padre, harán falta medidas extremas. Como ya te imaginas, hay que hacer las cosas muy bien. No hay margen de error en algo como esto. Un pequeño error podría costarle la vida.

Morgan se puso pálida.

—A lo mejor es demasiado peligroso.

—Rowan no actuará a menos que esté seguro de obtener un resultado positivo.

Morgan se mordió el labio inferior y Drakon no pudo evitar fijarse en su boca. Durante unos cuantos segundos, no pudo pensar en nada que no fuera su boca. Le encantaba el color, la forma, la suavidad, Siempre había adorado esos labios.

—Ni siquiera sabemos si está vivo —dijo ella unos segundo después, mirándole a los ojos.

—No sabemos en qué estado se encuentra en este momento, pero creo que es importante ser positivo.

—¿Cuándo crees que este tal, Rowan, tendrá noticias?

—Espero que nos pueda decir algo en cuanto llegue.

Morgan buscó sus ojos. El miedo se palpaba en ella. De repente, Drakon sintió ganas de abrazarla.

—Es difícil esperar —dijo ella, tocándose el labio superior con la punta de la lengua—. Es difícil mantener la calma y ser paciente ante tanta incertidumbre.

Ese gesto sutil desencadenó una excitación repentina en Drakon. La deseaba tanto,

No había estado con ninguna mujer desde que le había abandonado y de pronto se sentía hambriento, sediento de ella. La necesitaba. Era suya. Era su esposa, su mujer,

Drakon cortó esos pensamientos de raíz. No podía adentrarse en ese terreno. No podía pensar en ella de esa manera. Legalmente seguían casados, pero la relación había terminado.

—Pero así es la vida —le dijo en un tono serio—. No es nada más que incertidumbre.

Los empleados del servicio salieron al patio en ese momento. Encendieron unas velas y algunos apliques de pared. La mesa estaba preparada, con sus candelabros plateados y un immaculado mantel blanco.

—Parece que la cena está lista. ¿Nos sentamos?

Morgan se dio cuenta de que el sol estaba a punto de ponerse. Su luz cegadora parecía brotar del horizonte, justo por encima del mar, tiñendo de rojo la lejanía.

—Sí, por favor —le dijo, yendo hacia la mesa. Drakon le apartó la silla.

Al sentarse, el chal se le escurrió hasta el codo y sus brazos se rozaron levemente.

—Va a ser una puesta de sol preciosa —dijo ella, ahogando la llamarada de deseo que la recorría por dentro.

Él la miró fijamente, como si supiera lo que ocurría en su interior.

Lo sabía. Sabía lo que sentía en ese momento. Sabía que le deseaba con locura, que estar allí era demasiado para ella.

—Tengo que buscar mi cámara —dijo de repente, poniéndose en pie—. Es una puesta de sol increíble. Corrió hacia su habitación y localizó el teléfono móvil, que también hacía las veces de cámara de fotos, pero no regresó al patio de inmediato. Necesitaba un poco de tiempo para calmarse.

«Siempre te ha hecho lo mismo. Te sedujo con sus ojos mucho antes de haberte tocado siquiera, pero eso no significa nada. Solo es lujuria. Se le da muy bien el sexo, pero eso no quiere decir que tenga que ser tu marido».

Regresó abajo con la cabeza bien alta. El resplandor del sol bañaba de oro todo el patio. La pequeña mesa parecía flotar por encima de los adoquines verdes.

Había tanto color, tanta luz, tantos sonidos y aromas, tantas emociones,

Era maravilloso y terrible al mismo tiempo. Drakon y Villa Angelica la habían devuelto a la vida. Drakon se puso en pie al verla aparecer.

—El sol ya casi se ha puesto —le dijo, apartándole la silla una vez más.

Ella miró hacia el mar. El sol se había convertido en una gran bola roja y parecía sumergirse en el agua.

—Me lo he perdido.

—A lo mejor la próxima vez.

Morgan levantó la vista. Él le seguía la corriente, pero ambos sabían que solo había sido un pretexto para escapar de él durante un rato.

—Tendré que tener el teléfono siempre a mi lado —le dijo, bebiendo un sorbo de agua.

Sus miradas se encontraron.

—Las fotos ayudan a recordar.

—Tengo un interés puramente profesional en el paisaje.

—¿En serio? —exclamó él, arqueando una ceja y esbozando una sonrisa sarcástica.

—Me sirven de inspiración. No quiero fotos a modo de souvenir.

—Qué interesante —añadió en un tono claramente burlón y arrogante. Morgan tuvo ganas de darle una patada por debajo de la mesa.

—Esa inspiración me sirve para mi trabajo —le dijo en un tono desafiante, aunque tampoco supiera muy bien por qué se estaba enfadando tanto—. Pero no creo que tú lo consideres como un trabajo. Seguramente te parece una estupidez. Algo superficial.

—Nunca he dicho eso.

—A lo mejor no lo has dicho, pero lo piensas. Sabes que sí.

—Me parece interesante que sientas la necesidad de poner palabras en mi boca.

—Seguro que te preguntas qué fue lo que te hizo casarte con una mujer tan superficial como yo, una mujer tan interesada en las frivolidades.

—¿Eres superficial?

—Tú debes de pensar que sí. Drakon se inclinó hacia delante.

—No te estoy pidiendo que me digas lo que pienso. Te estoy preguntando si eres superficial. ¿Lo eres?

Ella levantó la barbilla.

—No.

—¿Te preocupan las cosas frívolas?

—No —le dijo Morgan. Las mejillas le escocían.

—Entonces, ¿no eres superficial ni frívola?

—No.

—Y, entonces, ¿por qué crees que yo pienso que lo eres? Morgan tuvo que cerrar los ojos. El dolor era insoportable.

—¿Morgan?

Sacudió la cabeza lentamente y no volvió a abrir los ojos hasta haberse asegurado de que volvían a estar secos.

—Lo siento. Te merecías algo mejor que yo.

—Y a mí me gustaría saber más sobre tu negocio de joyería, a menos que sigas empeñada en aferrarte a esa absurda idea de que no me importas, de que me trae sin cuidado todo lo que pasa por esa cabecita tan preciosa y complicada.

Morgan sintió una rabia repentina. ¿Por qué estaba tan interesado en sus pensamientos de repente?

Cuando vivían juntos, lo único que le interesaba era su cuerpo.

—Me encantaba lo que hacía. Estaba muy orgullosa de mi trabajo, y todavía lo estoy.

Le fulminó con la mirada, retándole a decir algo, pero él se limitó a recostarse contra el respaldo de la silla y la miró a los ojos. El silencio se hizo pesado.

—Era joyería. Sí —dijo Morgan rápidamente, en un intento por aligerar la atmósfera—. Pero también eran pequeñas obras de arte. Cada colección tenía una temática y cada pieza contaba una historia distinta.

—¿Qué historias eran esas?

—La vida y la muerte, el amor y la pérdida, la esperanza y la desesperación, —su voz se apagó y apartó la mirada.

—Me gustaban todas, pero mi colección favorita fue la última, esa a la que llamaste «fracaso». Morgan levantó la cabeza de golpe.

—¿Conoces las colecciones?

—Claro.

—¿Y te gustaron mis diseños?

—Tienes un talento especial. Admiraba tu trabajo. Morgan soltó el aliento, sorprendida, agradecida.

—Gracias.

—Estaba orgulloso de ti, mi esposa. Y todavía lo estoy.

Las lágrimas que tanto había luchado por contener volvieron a llenar sus ojos.

—Mi carrera profesional de dos días —dijo con tristeza.

Drakon interceptó una de las lágrimas antes de que cayera al suelo.

—Creo que no ha terminado. Creo que estás en mitad de un período de transición, y a lo mejor es una odisea, pero solo es un cambio en realidad.

—Bueno, una odisea sin duda es un cambio —dijo ella, esbozando una sonrisa siniestra. De repente él le acarició la mejilla con el pulgar.

—Me gustó verte sonreír hace un momento —la miró con ternura—. Tengo la sensación de que ya no sonríes mucho.

Morgan fue incapaz de hablar durante unos segundos. Su corazón y su pecho estaban llenos de emociones intensas.

—No ha habido muchas cosas que me hagan sonreír en los últimos meses. Todo ha sido muy complicado, triste, abrumador. Pero estar aquí y contar con tu apoyo me da esperanza. Si no hubieras accedido a ayudarme, no sé qué hubiera hecho. Estoy muy agradecida.

—Tu padre todavía no está en casa.

—Pero con tu ayuda lo estará muy pronto.

—Ten cuidado, mi amor. No puedes decir eso. No lo sabes.

Ella apartó la mirada y parpadeó con fuerza. Contempló el horizonte. Las primeras estrellas empezaban a aparecer en el firmamento, pero la luna parecía estar muy lejos. No era más que una pincelada de plata creciente.

—No estoy diciendo que no haya esperanza. Pero todavía hay muchas cosas que no sabemos.

—Lo entiendo. De verdad que sí.

Capítulo 5

Morgan decidió saltarse el café y regresó a su habitación. Era demasiado doloroso sentarse frente a

Drakon y mirarle a los ojos sabiendo que ya no era parte de su vida.

¿Cómo podía seguir deseándole tanto? ¿Cómo podía desearle tanto si sabía que era peligroso para ella?

Necesitaba volver a casa, a Nueva York. Tenía que estar junto a su familia. No tenía por qué quedarse en Amalfi.

Dio media vuelta y echó a andar, decidida a decirle a Drakon que se marchaba esa misma noche. Pero nada más abrir la puerta se dio cuenta de lo absurdo que resultaría su comportamiento si lo hacía.

¿Cómo iba a marcharse si Rowan estaba a punto de llegar?

Se fue a la cama y finalmente logró dormir un poco. Cuando se despertó, la luz de la mañana inundaba el dormitorio, pero aún era temprano.

Después de darse una ducha, se puso unos pantalones blancos y una de sus túnicas favoritas.

Una de las empleadas del servicio le hizo señas para que se dirigiera hacia la sala de desayuno. Todo estaba listo para dos.

—Solo café, por favor —dijo, sacudiendo la cabeza. No podía soportar la idea de compartir otra comida con Drakon—. Un americano con leche —añadió—. Pero nada de comer.

La empleada no la entendió y volvió a señalar la mesa.

—No. No. Solo café. Para llevar —Morgan frunció el ceño, preguntándose por qué no entendía ni una sola palabra de italiano.

Había aprendido un poco en el pasado, pero su mente no parecía funcionar correctamente esa mañana. Estaba en blanco.

La empleada sonrió.

—Café. Americano. Sí. Prego —le señaló la mesa una vez más.

Morgan se rindió y fue a sentarse. Necesitaba un café más que nada en el mundo.

Al final desayunó sola y terminó tomándose unas cuantas pastas y un vaso de zumo.

La luz del sol se colaba por los ventanales. Creaba formas caprichosas sobre la mesa y se refractaba sobre el cristal de las copas para finalmente incidir sobre la pared, descompuesta en una infinidad de colores. De repente tuvo ganas de agarrar un lápiz y empezar a diseñar.

—¿En qué piensas? —le preguntó Drakon desde la puerta. Sorprendida, Morgan le miró.

—En joyas. ¿Por qué?

—Sonreías, como si soñaras despierta.

—Supongo que era eso lo que hacía. Me ayuda a imaginar los diseños. Así me duele menos la pérdida de mi empresa.

—Pronto tendrás otra tienda.

—Sería una temeridad fiscal. Casi me quedé en la ruina con la última colección.

Uno de los empleados de la cocina apareció en ese momento. Llevaba un expreso para Drakon.

—¿Puedo sentarme contigo?

—Claro —le dijo ella, pero estaba a punto de irme.

—Entonces no te entretengo.

—Si no te importa mi compañía, me tomaré otro café.

Los ojos de Drakon emitieron un destello misterioso. Se sentó frente a ella y tocó la campanilla para pedir otro café.

Charlaron sobre trivialidades durante un buen rato y Morgan se alegró de que la conversación no tomara ningún derrotero profundo. A

veces le resultaba difícil concentrarse a veces y lo último que deseaba en ese momento era tener que adentrarse en temas escabrosos.

—Todo va a salir bien —le dijo él de repente, frunciendo el ceño—. Rowan llegará pronto. Pronto, tendremos algo de información sobre tu padre.

—Gracias.

—Anoche, cuando te fuiste a dormir, me quedé pensando en algo que dijiste ayer —se detuvo—. ¿De verdad soy un ogro, Morgan? ¿Por qué crees que te juzgaría, y que lo haría con tanta crueldad?

Su mirada, directa y franca, la inquietaba sobremanera.

—Tu empresa vale miles de millones de dólares y tu trabajo es vital para Grecia y para la economía mundial. Yo, en cambio, no soy nadie. No hago nada. Contribuyo muy poco,

—La vida es algo más que trabajo. También es belleza, y tú das belleza al mundo.

—Pero yo no pienso en cosas importantes. No hablo de temas relevantes.

—¿Relevantes para quién?

—¡Para ti! Te aburro.

—¿De dónde sacas todas esas ideas?

—De ti —Morgan tragó en seco y se obligó a sostenerle la mirada—. Te molestaba mi presencia cuando vivíamos juntos. Y no te culpo. Sé que encuentras irritantes a las personas como yo.

Él arrugó el entrecejo.

—¿Personas como tú? ¿Qué significa eso?

Ella se encogió de hombros, nerviosa. Deseó no haber dicho nada.

Al final había dejado de intentar conversar con él. Después de volver a Grecia, tras la luna de miel, pasaban largas noches sin decir nada. Drakon llegaba a casa del trabajo y se sentaba a comer, pero nadie decía ni una palabra. Consultaba algo en su tablet y se retiraba al salón para continuar leyendo hasta el momento de irse a la cama. Ya en el dormitorio, se convertía en un hombre sensual. Despertaba para hacerle el amor, pero a la mañana siguiente ya no estaba. Volvía a ser ese hombre frío que ni siquiera le daba un beso de despedida antes de marcharse a la oficina.

—La gente como yo, la que no lee la sección de economía del periódico, la gente que no siente una pasión especial por la política, la que no hace dinero, sino que se lo gasta —levantó la barbilla y sonrió.

Era una sonrisa dura, que escondía todo el daño que le hacían esos recuerdos.

—La gente que solo habla de moda y de compras, y de cuáles son los restaurantes de moda. Él dio un golpecito en la mesa con un dedo.

—No entiendo a qué te refieres con la «gente como tú». Nunca he conocido a nadie como tú. Para mí, solo estás tú. No hay nadie más.

Ella se inclinó hacia delante y le miró fijamente.

—¿Por qué te casaste conmigo, Drakon?

—Porque te quería para mí. Estabas hecha para mí. Tenías que ser mía.

—¿Qué te gustaba de mí?

—Todo.

—Eso no es cierto.

—Es cierto. Me gustaba tu inteligencia, tu calor, tu pasión, tu sonrisa, tu risa,

Morgan se dio cuenta de que hablaba en pasado. A lo mejor solo era un error lingüístico, pero era poco probable. Drakon no cometía errores.

—Pero eso ya lo sabes.

—No —dijo ella—. No lo sabía. No sabía por qué te interesabas en mí, o si sentías interés por mí siquiera.

—¿Cómo puedes decir algo así?

—¡Porque nunca hablabas conmigo! Después de la luna de miel, desapareciste.

—Simplemente volví al trabajo, Morgan.

—Sí, pero trabajabas doce y catorce horas al día, y cuando regresabas a casa, no decías ni una palabra.

—Estaba cansado. Trabajo mucho.

—Y yo estaba sola en casa todo el día con empleados que no hablaban ni una sola palabra de inglés.

—Me prometiste que ibas a aprender griego.

—Y lo hice. Di clases en una academia de Atenas, pero cuando llegabas a casa por las noches, insistías en que habláramos en inglés —apretó los labios. El resentimiento y la frustración estaban entrando en ebullición—. Y, después, cuando intentaba hacer amigos, no hacía más que toparme con tus antiguas novias y amantes. Atenas está llena de ellas. ¿Con cuántas mujeres has estado, Drakon?

—Haces que suene como si te hubieras encontrado con decenas de ellas, pero solo te encontraste con tres.

—Tienes razón. Solo fueron tres y, ahora que lo pienso, fueron más agradables que todas esas señoritas de la alta sociedad a las que conocí, y que estaban furiosas porque les había robado al soltero de oro de Grecia —sus ojos brillaron—. ¿Cómo era posible que una americana despreciable como yo se hubiera llevado uno de los tesoros nacionales?

—No fue para tanto.

—¡No fue para tanto! ¡Todo el mundo me odiaba desde antes de mi llegada! —se inclinó por encima de la mesa—. Deberías habérmelo advertido, Drakon. Deberías haberme preparado para mi nueva vida de casada.

—No lo sabía.

—No lo sabía. No me había dado cuenta de que muchas de ellas podían llegar a ser unas verdaderas gatas, pero siempre me tenías a tu lado cada noche.

—No. No te tenía. Ese era el problema.

—¿Qué quieres decir? Morgan se rio con frialdad.

—Venías a casa a cenar, a dormir, y a acostarte conmigo, pero no estabas a mi lado, porque si hubieras estado a mi lado, hubieras hablado conmigo, y hubieras tratado de hablar griego conmigo. Me hubieras ayudado a conocer gente, en vez de enfadarte conmigo porque me importaba lo que las griegas pensaban de mí.

Drakon masculló un violento juramento y se levantó de la mesa. Dio unos pasos y entonces se volvió hacia ella.

—No puedo creerme que este sea el motivo por el que me dejaste. No me puedo creer que me abandonaras de esa forma, porque no era muy hablador. Nunca he tenido mucha conversación, pero regresar a casa y saber que estabas ahí era mi momento favorito del día. Era lo que ansiaba durante todo el día, desde el momento en que salía hacia la oficina.

Morgan tragó con dificultad.

—Y, sin embargo, cuando Bronwyn te llamaba a casa, pasabas horas hablando con ella.

—Horas no.

—Media hora, todas las noches.

—Teníamos que hablar de trabajo.

—¿Y no podía esperar hasta la mañana siguiente? ¿Todo era una emergencia? ¿O es que no podía tomar ni una sola decisión sin ti?

—¿Es por eso por lo que me dejaste? ¿Por Bronwyn?

Morgan quería decir que sí, pero en el fondo sabía que Bronwyn Harper solo era una parte del problema.

La relación tan estrecha que Drakon mantenía con la vicepresidenta de la empresa en Australia no hacía sino acentuar su soledad.

—La presencia constante de Bronwyn en nuestras vidas no ayudaba mucho. Cada vez que me daba la vuelta, allí estaba ella, y sí que hablabas con ella, aunque no hablaras conmigo.

De repente las fuerzas la abandonaron. Ya no quería luchar más. La rabia se esfumó.

—Pero ahora ya no importa. No tiene importancia. ¡Dios mío! —exclamó de repente—. Lo estás haciendo ahora. ¡Estás poniendo los ojos en blanco! Ya veo que estás muy molesto y que te aburres.

—Me siento frustrado, Morgan, y, Sí. Toda esta conversación me resulta exasperante porque estás poniendo palabras en mi boca, me estás diciendo cómo me sentía, y yo te digo que no sentía nada de eso cuando estábamos casados.

—¿No recuerdas haberme dicho muchas veces que las mujeres te hablaban sin parar en la oficina y que lo último que necesitabas era tener a otra mujer que te hablara en casa? ¿No recuerdas haberme dicho que preferías el silencio?

—Recuerdo habértelo dicho una vez, porque llegué a casa muy cansado y necesitaba tranquilidad, y quería que supieras que no era nada personal, y que no estaba enfadado contigo. Había tenido un día duro, con mucha gente a mi alrededor que precisaba mi atención —avanzó hacia ella. Su mirada era intensa, indulgente—. Pero en vez de comprenderme, tú te pusiste histérica. Te pusiste a llorar.

—No estaba histérica.

—No tenías derecho a enfadarte —estaba delante de ella en ese momento—. Acababa de perder a dos miembros de mi equipo en un barco secuestrado y tenía que darles la mala noticia a sus familiares. Había sido un día terrible.

—Entonces la próxima vez que ocurra algo horrible, me lo cuentas, y lo entenderé, pero no te encierres en tu despacho sin dirigirme la palabra.

—No debería tener que hablar si no quiero hablar.

—Yo era tu mujer. Si te pasaba algo importante, me hubiera gustado saberlo.

—No hubieras podido hacer nada.

—Pero sí que me importaba saberlo, Drakon. Y por lo menos hubiera sabido qué pasaba en tu vida, y hubiera podido ayudarte a llevar el peso del dolor que sentías. Te hubiera ofrecido mi consuelo.

—No necesito que me den consuelo.

—Es evidente que no —sacudió la cabeza con energía—. Y también es evidente que no me necesitabas, porque no necesitas nada, Drakon Xanthis. ¡Eres perfecto tal y como estás! ¡No te falta de nada!

Pasó por su lado con indiferencia y se marchó, pero él la alcanzó a la altura de la escalera que estaba al fondo de la casa. En el pasado solo la usaba el personal de servicio.

La agarró del codo.

—Se te da muy bien escapar, Morgan.

Ella se soltó con brusquedad y le hizo frente. Él estaba dos peldaños por debajo, pero sus ojos estaban a la misma altura.

—¡Y a ti se te da muy bien dejar fuera de tu vida a la gente!

—No tengo por qué darte explicaciones de todo, Morgan. Eres mi esposa, no mi socio.

—Curiosamente, yo hubiera preferido ser tu socio antes que tu esposa. ¡Por lo menos en ese caso hubieras hablado conmigo!

—Pero no hubiéramos hecho el amor.

—A lo mejor te sorprende saber que estoy mucho más interesada en lo que tienes en la cabeza que en lo que tienes dentro de los pantalones.

La expresión de Drakon fue de absoluta incredulidad.

Morgan tomó el aliento, estupefacta. Una vez más le horrorizaba saber que su relación se había basado exclusivamente en el sexo y en la química. ¿Cómo había podido casarse con un hombre que solo la deseaba por su cuerpo?

—Es cierto. Hacer el amor no significa nada si no hay una amistad, y nosotros no teníamos amistad alguna, Drakon. Solo teníamos sexo.

—¡No empieces con eso de nuevo!

—Sí, de nuevo.

—Es absurdo.

—Por suerte, muy pronto estaremos libres y podremos encontrar a alguien que nos venga mejor. Tú te buscarás a otra chica guapa y le darás orgasmos una o dos veces al día para sentirte como un hombre de verdad. Y yo buscaré a un hombre que me dé afecto y compasión, un hombre a quien de verdad le interese lo que pienso y lo que siento, un hombre que quiera conocerme. ¡Y que no solo quiera mi cuerpo!

Drakon subió un peldaño y después otro, hasta llegar a su altura. Estaba tan cerca que Morgan sentía la espalda contra la pared del hueco de la escalera. Sentía el calor de su cuerpo por todas partes.

Había un brillo peligroso en sus ojos que ponía los pelos de punta.

—¿Es eso lo único que me interesa de ti? ¿Tu cuerpo? —le preguntó en voz baja. Un músculo sobresalía de su poderosa mandíbula.

Ella se le quedó mirando, fascinada ante semejante despliegue de poder y temperamento. Estaba furioso, algo inédito en Drakon Xanthis.

—Al parecer, sí.

Él se acercó más.

—Me hubiera gustado saberlo antes de casarme contigo. Me hubiera ahorrado millones de dólares, por no hablar de todos esos años de problemas.

—Todos cometemos errores —le dijo ella, provocándole deliberadamente—. Lo mejor que puedes hacer ahora es perdonarte a ti mismo por haber cometido semejante error y seguir adelante.

Una llamarada de fuego hizo resplandecer sus pupilas. Se acercó más. Salvó la distancia que los separaba.

—Esa es una forma muy curiosa de ver las cosas. Verte como un error, —le dijo.

Sus labios estaba muy cerca y un torrente de deseo corría por las venas de Morgan.

Podía sentir su hambre, La boca se le había secado. El corazón se le aceleraba. Iba a besarla, y deseaba que lo hiciera. Anhelaba ese beso, aunque la voz de la razón le hablara a gritos desde un rincón de su mente.

«Para, espera, piensa,».

—Mi carísimo y precioso error —murmuró Drakon, rozándole la oreja con los labios.

—La próxima vez no te cases con la chica.

—¿Hubieras sido más feliz tan solo con ser mi amante? —le preguntó, deslizando la punta de la lengua a lo largo de la curva de su oreja al tiempo que la empujaba con los muslos, metiendo la rodilla entre sus piernas.

Morgan empezaba a respirar con dificultad.

—¿Te hubieras soltado más? ¿Hubieras podido disfrutar del sexo sin culpas? —añadió él, mordisqueándole el lóbulo de la oreja. Metió un muslo entre sus piernas, separándoselas aún más.

—No había culpa —le dijo Morgan, casi sin aire. Cerró los ojos y se dejó llevar por la exquisita sensación que le provocaba la fricción de sus muslos contra el cuerpo.

Empezaba a sentir una humedad repentina entre las piernas. Estaba mal. Sabía que no debía seguir adelante, pero quería más. Sus dientes le hacían cosquillas justo debajo de la oreja.

—Mentirosa —le dijo él, acercándose más.

Se apretó más contra ella, presionándole la entrepierna con el muslo y aplastándole las caderas.

—Te gustaba así. Te gustaba que te hiciera perder la cabeza.

Quería que le quitara la ropa. Deseaba sentir el calor de su piel. Deseaba tenerle dentro, notar todo su poder, saborear el placer de sentirse adorada, el placer de tener dueño,

Morgan abrió los ojos de golpe.

¿Tener dueño?

Debía de estar perdiendo el juicio.

Una lluvia de imágenes del hospital McLean invadió su mente. Tenía que ser lista. No podía destruirse a sí misma. Jamás volvería a ese lugar.

—Apártate —le dijo, jadeando y empujándole con violencia—. No soy un juguete, Drakon. No estoy aquí para entretenerte.

Él la agarró del cabello y retorció un mechón de pelo alrededor de su puño.

—Bien, porque no me estoy entreteniendo.

—No. Solo estás excitado —contestó ella con frialdad, furiosa consigo misma por haber respondido con tanto abandono.

Él le agarró una mano y la deslizó sobre su propio cuerpo, obligándola a palpar su potente erección.

—Sí. Eso también.

Morgan respiró profundamente y rodeó su miembro con los dedos. Tocarle de esa forma era un placer terrible y delicioso. Recordó cómo era tenerle dentro, caliente, pesado,

Le palpó, abarcando toda su longitud, deslizando los dedos con firmeza arriba y abajo hasta llegar a la punta.

—Me deseas —le dijo él—. Quieres que te quite los pantalones y las braguitas y que te haga el amor aquí mismo, encima de estos peldaños. ¿No es así?

Una ola de fuego recorrió el cuerpo de Morgan. Fuego, hambre, vergüenza,

—Sí que te gusta dominar —le dijo, sin aliento.

Él le tiró del pelo, haciéndole un poco de daño. Los pezones se le endurecieron al momento.

—Y a ti te gusta que te dominen —le susurró al oído.

Capítulo 6

Morgan se apartó y esa vez él la dejó ir. Corrió escaleras arriba y se refugió en su habitación.

«Y a ti te gusta que te dominen,».

Esas palabras burlonas retumbaban en su cabeza porque al fin y al cabo tenía algo de razón. Había una parte de ella a la que sí le gustaba. Era sexy, excitante.

Pero no debía gustarle. No era correcto.

Quería que la secuestraran, que la desnudaran, que la ataran, que la saborearan, que la devoraran. Debía de estar loca. Lo estaba. ¿Qué mujer en su sano juicio hubiera querido que la secuestraran?

¿Qué le estaba pasando?

Antes de estar con Drakon jamás había tenido esos pensamientos. Jamás hubiera creído que el sexo pudiera hacerla sentir tan libre, tan salvaje.

Escondió el rostro en la almohada, cerró los puños y gritó. Golpeó la cama con el puño varias veces, enloquecida por el deseo. La sangre palpitaba en sus venas.

Drakon estaba en la puerta de la suite de Morgan. La vio golpear la cama una y otra vez. Su pelo oscuro brillaba en la penumbra.

—Desvístete —le dijo en voz baja.

Morgan se incorporó de inmediato, sonrojada.

—Hazlo.

Ella entreabrió los labios.

—¿Y qué? —le preguntó, humedeciéndose el labio inferior con la punta de la lengua.

—Y deja que te mire. Quiero verte, esposa mía.

—No soy tu esposa.

—Oh, sí que lo eres. Has sido mi esposa y seguirás siéndolo hasta el día en que me concedan el divorcio. Y entonces, Serás la mujer de otro, pero hasta ese momento, eres mía. Y sabes que lo eres. Es por eso que viniste aquí, buscando mi ayuda. Sabías que no te negaría nada.

Los ojos de Morgan emitieron un destello inconfundible.

—Y tú sabías que yo tampoco me negaría a nada —susurró ella.

—Pero yo nunca te he obligado a hacer nada, Morgan.

—No me has obligado, pero sí que me has empujado a hacer cosas. Me has empujado hasta hacerme sentir incómoda.

—¿Y no es excitante eso? Probar cosas nuevas, explorar, arriesgarte, Una emoción fugaz cruzó el rostro de Morgan.

—Pero todo lo que hacíamos me hacía sentir incómoda. Todo era abrumador.

Ya se lo había dicho en otra ocasión, durante la última semana de luna de miel, después de pasar la tarde en una isla privada. Habían hecho el amor en la arena, pero el recuerdo que ella tenía era muy distinto a lo que él había sentido entonces.

Tras regresar a Atenas, intentó ser el marido que ella quería. Dejó de abrazarla, de tocarla como antes. Mantuvo las distancias para no agobiarla con tanta pasión.

Y fue entonces cuando ella se marchó. La miró de arriba abajo lentamente.

—Desvístete —le dijo con dureza—. Quiero ver a mi esposa. No creo que sea mucho pedir, no después de haberte dado siete millones de dólares.

Ella arqueó una ceja.

—Por lo menos no has mencionado los cuatrocientos millones.

—Eso se lo di a tu padre, no a ti.

—Me pregunto qué habré tenido que hacer para conseguir cuatrocientos millones.

—Bueno, te puedo asegurar que no le pedí ningún favor sexual.

—El sexo te gusta mucho.

—Me gusta mucho contigo —de repente se tocó la bragueta y palpó su abultada erección un instante. Morgan siguió su mano con la mirada. Se puso roja y se relamió el labio inferior antes de hablar.

—Eso es obsceno.

—Lo has hecho tú, hace un momento.

—Tú me has obligado.

—Te gustó. Pero me dirás que no fue así. Me dirás que el sexo es asqueroso. Me dirás que soy asqueroso, pero si te tocara ahora mismo estarías húmeda.

—Asqueroso.

—Y yo te lamería, probaría tu sabor y te daría un orgasmo —se metió las manos en los pantalones—.

¿Cuándo fue la última vez que tuviste un orgasmo? ¿Cuánto hace que no tienes uno? ¿Un día? ¿Una semana? ¿Un mes?

—Eso no es asunto tuyo.

—Yo lo hice en la ducha ayer, antes de que llegaras. Me toqué, pensando en ti, imaginando tus pechos, y tus muslos suaves, pensando en lo mucho que me gustaba estar entre ellos.

—¿Esto tiene algún sentido, Drakon? ¿O es que solo quieres humillarme?

—¿Humillarte? ¿Cómo? ¿Diciéndote que aún te deseo? ¿Incluso después de que me abandonaras?

—Tú no me desees. Solo quieres tener sexo conmigo.

—Eso es cierto. Crees que ese cuerpo no es tuyo, que no es parte de ti. Para ti es una entidad aparte. Me recuerdas a un pollo sin cabeza —añadió, perdiendo la paciencia.

—No seas grosero.

—Entonces deja de sacar conclusiones. Que me guste tu cuerpo no significa que no me guste lo demás.

—¡Vaya!

Drakon arqueó las cejas. Su expresión era sarcástica.

—¿No puedes hacer nada mejor?

Ella cruzó los brazos por encima del pecho y levantó la barbilla.

—No voy a ninguna parte discutiendo contigo.

—Chica lista. Es mejor que te quites la ropa y que me dejes tener lo que quiero —hizo una pausa y la miró de arriba abajo—. Y sé que también es lo que tú quieres, pero no vas a admitirlo.

Morgan levantó la barbilla un poco más.

—¿Y qué es lo que yo quiero?

—Quieres saciarte sin llegar demasiado lejos. Las mejillas de Morgan se tiñeron de rojo.

—Sin llegar demasiado lejos —repitió ella.

Los labios de Drakon dibujaron una media sonrisa. Sí quería tener sexo, sexo sencillo y seguro.

Quería practicar el sexo de las niñas buenas, la postura del misionario tal vez,

—Veré qué puedo hacer. Pero primero me gustaría verte. Y ya me está aburriendo toda esta discusión. O lo hacemos o no.

—Tu camisa primero.

—¿Disculpa?

—¿Quieres hacer esto? Pues lo haremos. Pero tú no eres el jefe y no pienso aceptar órdenes de ti —su tono de voz era desafiante y los ojos le brillaban.

Jamás se había enfadado cuando jugaban a esos juegos. Siempre se mostraba tímida y nerviosa, deseosa de satisfacer.

Pero las cosas habían cambiado.

—Ya no tienes todo el poder.

—¿No?

—No. No soy tu esclava ni tu sirvienta.

—Eso es bueno, porque no me acuesto con mis sirvientas, y no tengo esclavas.

—El caso es que se te dará muy bien darle órdenes a Bronwyn, pero a mí no vas a dármelas.

—No sabía que tenías tan presente a Bronwyn —le dijo Drakon. Le gustaba la nueva Morgan. La mujer que tenía delante no tenía nada que ver con aquella joven con la que se había casado.

—Bueno, no sé por qué te extrañas tanto. Estabas colgado de ella.

—¿Eso es lo que piensas?

—Sí.

—Bueno, ¿vamos a hablar de Bronwyn, o vamos a practicar sexo suave y seguro en la postura del misionario?

Morgan apretó los labios.

—Eres terrible. Lo sabes, ¿no?

—Terriblemente bueno, y terriblemente duro, y terriblemente impaciente. Bueno, ¿qué hacemos entonces? —fue hacia ella.

Parecía relajado, pero su pose era engañosa.

Mientras caminaba hacia ella, la vio apretar los puños. Entreabrió los labios y sus ojos se hicieron enormes de repente.

—Estás temblando —le dijo él—. Pero no tienes por qué. No voy a comerte. No a menos que quieras que lo haga.

—Drakon —su voz sonaba ahogada y tenía las mejillas muy rojas.

—Espero que quieras que lo haga. Me encanta tu sabor, y lo suave que resultas en mi boca, tan dulce. ¿Pero es demasiado para ti? ¿Es llegar demasiado lejos?

—Te encanta atormentarme.

—Sí. Me encanta —le dijo él, caminando a su alrededor lentamente, contemplándola—. Pero esto no es nada, Morgan. Ni siquiera he empezado todavía —se detuvo frente a ella, la miró a los ojos.

Parecía tan joven e insegura.

—Bueno, dime. ¿Qué debería hacerte para empezar?

El corazón de Morgan latía con tanta fuerza que apenas podía tomar el aliento. Abrió la boca para poder respirar mejor. Se sentía como si estuviera al borde de un volcán. Un murmullo de voces la instaba a saltar.

Tenía que irse, escapar de aquella casa, llamar al helicóptero y huir muy lejos. Quedarse allí con

Drakon era estúpido y destructivo. Podía arrojarse a ese volcán, pero el resultado iba a ser el mismo.

Y, sin embargo, no podía evitar pensar que ya había caído dentro, en el foso de fuego. Un río de lava parecía correr por sus venas, derritiéndole los huesos y los músculos.

—¿Estás llorando? —le preguntó él. Su tono de voz sonaba más grave que nunca. La agarró de los brazos, sujetándola.

Ella sacudió la cabeza. Era incapaz de mirarle a los ojos.

—¿Qué sucede? —le preguntó.

Ella tragó con dificultad. Trató de hablar, pero no salía sonido alguno de su boca.

—¿Te he asustado?

Morgan sintió lágrimas calientes en los ojos. Se mordió el labio inferior.

—Yo nunca te haría daño, Morgan —murmuró él, atrayéndola hacia sí.

Ella cerró los ojos. El calor de su cuerpo se le colaba en las manos, calentándola por dentro. Él era tan agradable, demasiado agradable, Todo era muy confuso.

No le hizo apartarse, pero tampoco fue capaz de relajarse. Quería tenerle aún más cerca, quería apretar el rostro contra su pecho y aspirar su aroma. Olía a una fragancia especiada, embriagadora. Era un aroma que deleitaba los sentidos, delicioso, cálido. Olía a todo lo que ella quería. Olía a hogar. Lo era todo para ella, pero ese era el problema precisamente. A su lado perdía la cabeza. Con él perdía la razón.

Reprimiendo un gemido, Morgan puso una mano contra su pecho y le empujó hacia atrás, pero una vez le tocó, ya no fue capaz de apartarse. Empezó a acariciar la dura planicie de su pectoral. Aprendió las curvas y los valles de memoria. Era hermoso.

—No puedo hacerlo —susurró, sacudiendo la cabeza—. No podemos. No podemos.

—Sshh —murmuró él, sujetándole las mejillas con las manos—. No va a pasar nada malo.

—Va a pasar todo lo malo —dijo ella, temblando de placer con cada caricia.

Le encantaba la forma en que la tocaba. La hacía sentir hermosa, por dentro y por fuera.

—Eres tan hermosa —murmuró él, enredando las manos en su pelo.

—Y loca, Drakon. Me he vuelto loca.

—No importa.

—¡Drakon, lo digo en serio!

—Y yo también —dijo él, rozándole los labios sutilmente.

Ella tembló. Se apretó contra él un poco más. Sentía el picor de las lágrimas detrás de los ojos. Un beso, ¿Podía ser tan malo?

Él buscó sus labios de nuevo y el beso fue sorprendentemente sutil. La presión de sus labios bastaba para hacerla sucumbir. Flechas de deseo la recorrían de arriba abajo.

Pero no podían hacerlo. No podía ceder. El sexo no era suficiente para ella. Necesitaba más.

Necesitaba una relación, amor, intimidad, compromiso, pero en ese momento también necesitaba sexo.

Le había echado tanto de menos. Añoraba su piel, su aroma, su calor, su fuerza. Sus defensas se vinieron abajo cuando él le sujetó el rostro con las manos y la besó con frenesí.

Podía sentirle, olerle, probar su sabor. No había sensación mejor que esa. Él era su esposo, su hogar, su felicidad, Pero no podía pensar así. No podía perder el sentido de la realidad. La había dejado ir. Después de cinco años de lucha, era libre por fin.

De repente sintió el roce de su lengua sobre los labios. Arqueó la espalda y gimió, entreabriendo la boca. Drakon la besó con más fuerza, lamiéndole la cara interna del labio y haciéndola estremecerse. Deslizó una mano a lo largo de su hombro hasta llegar a la cintura y entonces tiró de ella, apretándola contra su propio cuerpo.

Morgan temblaba de placer. Cada movimiento de su lengua desencadenaba un aluvión de sensaciones que la atravesaban hasta llegar a la punta de sus pechos. Los pezones se le endurecían. Algo se le revolvía en el estómago. Pero no era bastante. Le clavó las uñas en los hombros.

Apretó los pechos contra él y le empujó a la altura de las caderas. Podía notar su erección, rozándole la entrepierna.

La química seguía intacta entre ellos. Cuando entraban en contacto, sus cuerpos ardían. Morgan se veía abrumada por el deseo, enloquecida ante tanto placer. De repente sintió su mano sobre la curva de la cadera y después la sintió en el trasero, agarrándole la nalga.

—Drakon —gimió sobre sus labios.

Él deslizó las manos a lo largo de su cuerpo, desde la cadera hasta los pechos, y entonces volvió a bajar. Sentía sus manos en todas partes, pellizcándole el pezón, acariciándole las nalgas, los muslos. Deseaba tenerle entre las piernas. Quería que la tocara justo ahí, que la llenara por dentro.

«Espera. Espera».

Trató de centrarse, de aclararse un poco la cabeza, pero era imposible hacerlo mientras sentía sus manos por todo el cuerpo. De pronto él le soltó el sujetador y le sujetó ambos pechos. Le frotaba los pezones con las yemas de los pulgares.

Morgan ya no pudo aguantar más. Dejó de pensar y se entregó del todo. Él le quitó la ropa mientras la besaba, sin darle tiempo para pensar o para arrepentirse.

Ya desnuda, la llevó a la cama y la colocó en el medio. Las ventanas y las puertas de la habitación estaban abiertas y la luz del sol se derramaba en el suelo, en las paredes. El aroma a glicinias inundaba la estancia.

Morgan le observó mientras se acercaba. Su cuerpo era poderoso y duro. Su piel parecía de oro. Pero fueron sus ojos los que la cautivaron una vez más. La miraba como si fuera algo extraordinario, único, de un valor incalculable.

Le miró a los ojos y entonces él la besó con fervor. No había nada que no quisiera darle.

Mientras se colocaba entre sus piernas, apretándole las caderas, Morgan tembló de placer. Apoyaba el peso en los antebrazos, pero ella quería más. Arqueó la espalda y le empujó con los pechos. Era delicioso sentir la fricción de sus pezones contra la piel.

—Te deseo —susurró, abriendo más los muslos.

Le rodeó los hombros con los brazos y enredó las manos en su copioso cabello. Olía tan bien. Todo estaba en orden cuando estaba en sus brazos.

—Te quiero dentro de mí. Te necesito dentro.

—Ha pasado mucho tiempo.

—Demasiado tiempo —dijo ella, moviendo las caderas y frotándose contra él. No quería más juegos preliminares. No quería nada que no fuera él.

—Paciencia —le contestó él, besándole la comisura de los labios, la línea de la mandíbula. Le apartó el pelo de la cara—. No hay prisa.

Sí la había. Morgan no quería esperar. Ya estaba cansada de jugar, de esperar, de pensar. En ese momento lo único que deseaba era tenerle dentro. Metió la mano entre sus cuerpos y agarró su pene erecto con firmeza. Deslizó la punta sobre su piel arriba y abajo, frotándose contra toda su longitud. Llevó la punta hasta la entrada de su sexo e hizo salir toda la humedad.

Le oyó gemir de placer. Era un sonido gutural, profundo, de puro placer.

Él le acariciaba la cara interna de los muslos y continuaba bajando hasta hacerla mover las caderas.

—¿Me deseas? —le preguntó con los labios contra su oreja.

—Sí —dijo él. Su voz sonaba tan baja que la hacía estremecerse por dentro—. Sí, siempre.

De repente tomó el control. Apoyó los antebrazos en la cama y le dio un beso profundo al tiempo que la penetraba de una vez. Permaneció quieto durante unos minutos. Sintió cómo la llenaba, cómo la hacía dilatarse por dentro. Su pene palpitaba dentro de ella y la hacía reverberar.

—Todavía no —susurró ella, acariciándole los hombros, la espalda—. No dejes que llegue todavía.

Quiero más. Lo quiero todo.

Drakon empezó a empujar con firmeza, con fuerza. Daba en el lugar apropiado y la hacía sentir todas esas cosas innombrables. Morgan deseaba que durara para siempre, pero eso era imposible. Ya empezaba a sentir cómo se contraían los músculos en su interior, acercándola sin remedio a ese punto sin retorno. La cabeza le daba vueltas. Una tensión exquisita la consumía por dentro y era difícil saber si era dolor o placer. Con una

embestida más, Drakon la hizo caer por el precipicio. Sus sentidos se hicieron uno y su cuerpo tembló.

Él alcanzó el clímax casi al mismo tiempo y gritó su nombre mientras se hundía en ella por última vez. Morgan sintió cómo eyaculaba. Sintió el calor, el líquido que manaba de él y que se derramaba en su interior.

De repente se dio cuenta. No habían usado protección. Durante la luna de miel nunca se habían protegido. Drakon quería hijos y ella quería satisfacerle, pero esa vez todo era diferente. Se estaban divorciando. Muy pronto sería soltera.

—¿Qué hemos hecho? —gritó, tratando de apartarle—. ¿Qué hicimos?

Drakon cambió de postura y le permitió apartarse.

—Creo que ya sabes lo que hemos hecho.

—No deberíamos haberlo hecho. Ha estado mal.

—A mí no me lo parece —le dijo.

Morgan se levantó de la cama y buscó algo para cubrirse. Agarró la camisa de él y se la puso.

—Bueno, pues ha estado mal. No nos hemos protegido, Drakon, y jamás se nos tendría que haber pasado por la cabeza tener sexo sin protección.

—Pero nunca hemos usado preservativos.

—Porque éramos recién casados. Esperábamos tener hijos. Los dos queríamos tener una gran familia, pero ahora las cosas son distintas. Estamos separados. Nos vamos a divorciar. Un bebé sería algo desastroso para nosotros, lo peor que podría pasarnos.

—En realidad, creo que hay muchas cosas peores que tener un bebé —le dijo él, interrumpiéndola. Se levantó de la cama y buscó sus pantalones. Se los puso—. El hambre, las enfermedades, la peste, alguien que roba miles de millones de dólares.

—Evidentemente no quería decir que un bebé es una tragedia —dijo Morgan, cruzando los brazos para disimular el temblor que sentía.

—Bueno, a mí me ha parecido que sí. Siempre se trata de ti, y de lo que es bueno para ti.

—Eso no es cierto.

—Es muy cierto. Estás tan centrada en lo que deseas y necesitas que no hay espacio en esta relación para dos personas. Nunca hubo espacio para mí.

Morgan abrió los ojos, sorprendida.

—No puedes estar hablando en serio, Drakon. Eres la persona más controladora que he conocido jamás. Lo controlabas todo en nuestro matrimonio, incluyéndome a mí.

—¿Te parece que controlo algo?

Respiraba con dificultad. Tenía las mejillas sonrosadas.

Antes de poder decir nada, Morgan oyó el sonido de un helicóptero.

—Rowan —dijo Drakon, yendo hacia el balcón—. Tendrá noticias sobre tu padre.

—Entonces será mejor que me duche y que me vista.

Capítulo 7

Morgan no quería pensar en lo que acababa de pasar. Era incapaz de volver a la habitación. Se dio una ducha rápida y se puso un vestido sencillo de lino blanco con ribetes azules. Se peinó un poco, se hizo una coleta elegante y fue hacia la puerta.

Al llegar al final de la escalera se encontró con una empleada. La estaba esperando.

—Señora Xanthis, el señor Xanthis la espera en las galerías. Morgan le dio las gracias y tomó el último tramo de escaleras.

Las galerías abarcaban toda la longitud de la casa. Eran tan amplias que en el siglo XIX habían albergado un salón de baile. Drakon estaba en medio de la enorme sala, hablando con otro hombre. Ambos se volvieron y la miraron, pero ella solo tenía ojos para Drakon. Le necesitaba, le quería, le amaba, demasiado.

Con el corazón desbocado, atravesó el salón. Las alfombras persas ahogaban el sonido de sus pasos.

—Todo va a salir bien —le susurró él disimuladamente cuando la tuvo a su lado—. Te lo prometo. Al oír esa voz fiera, resolutiva, supo de repente cómo se había enamorado de él.

—Sí —murmuró, consciente de que en otro tiempo él lo había sido todo para ella, su esperanza, su felicidad, su futuro.

Echaba de menos esos días. Echaba de menos sentir que su lugar estaba junto a alguien. Una luz parpadeó en la mirada de Drakon.

—Morgan, este es Rowan Argyros, de Dunamas. Rowan, mi esposa, Morgan Copeland Xanthis. Morgan miró al desconocido y se llevó una

enorme sorpresa. ¿Era ese Rowan Argyros? ¿Era el presidente de Dunamas Maritime Intelligence? Arrugó el entrecejo. No podía esconder la estupefacción. Argyros no era nada de lo que esperaba.

Parecía un modelo, sacado de la portada de una revista, o de una pasarela parisina.

—Señora Xanthis —dijo Rowan, extendiéndole la mano. Morgan se la estrechó con firmeza y le soltó rápidamente.

—Señor Argyros —le dijo—. Me gustaría mucho saber algo sobre mi padre. Drakon dijo que tenía noticias.

—Así es —dijo Rowan, mirándola a los ojos.

Su voz sonaba dura y su expresión resultaba tan fría y hostil como la de ella.

Morgan arqueó las cejas. Ese tono gélido y el aire de superioridad eran reconfortantes. No se hubiera fiado de él si hubiera sido amable y cálido.

—¿Está vivo?

—Sí. Tengo una grabación tomada esta misma mañana.

—¿Cómo la ha conseguido?

—¿Acaso importa?

—No.

Morgan sintió que las rodillas le temblaban. Dio un paso atrás. El corazón le latía con tanta fuerza que apenas podía respirar.

Durante un momento, se hizo el silencio.

—¿Y está bien? ¿Se encuentra bien de salud?

—¿Qué pasa ahora?

—Sacamos a su padre y le llevamos al sitio que nos diga.

—Pero ¿cómo vamos a hacer todo eso?

—Tendremos que llamar a su contacto, el de Somalia, y usted va a decirle que quiere hablar con su padre. Le dirá que necesita pruebas de que está vivo si quieren conseguir los seis millones.

—No me dejarán hablar con él. Ya lo he intentado.

—Lo harán —dijo Drakon de repente—. Si creen que estás dispuesta a darles los seis millones. Ella le miró.

—¿Y si creen que se trata de una mentira? ¿No deberíamos estar preparados para darles el dinero?

—Sí. Y lo estaremos. Les daremos una fecha, una hora, coordenadas para hacer la entrega. También les diremos quién va a hacer la entrega.

—Pero no les vamos a dar más dinero, ¿no?

—No —dijo Rowan—. Estamos preparando a un equipo en este momento para entrar y rescatar a su padre. Pero, si habla con su padre, eso nos dará una información muy valiosa, y también ganaremos algo de tiempo.

Ella asintió. Procesó lo que acababa de decirle.

—¿Y cuánto tiempo pasará hasta que le rescaten?

—Será muy pronto. Setenta y dos horas, o menos. Miró a Rowan, sorprendida.

—Sí que es pronto.

—Una vez pongamos en marcha el plan, es mejor actuar deprisa. El teléfono de Rowan empezó a sonar. Miró el número.

—Tengo que contestar —dijo, apartándose. Morgan soltó el aliento.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Drakon.

—Las cosas pueden salir mal.

—Sí. Y a veces salen mal. Pero Dunamas tiene un historial impecable. Han tenido muchos más éxitos que fracasos. No hubiera acudido a ellos si no pensara que van a conseguirlo.

Morgan titubeó.

—Si el equipo de Rowan fracasara, podría morir gente.

—Morirá gente aunque todo salga bien. Están planeando un ataque por sorpresa. Los piratas llevan muchas armas y el equipo de Dunamas también. No va a ser un intercambio fácil. Será explosivo y violento, pero todos los del equipo son profesionales. Están entrenados para hacer lo que sea necesario para sacarle con vida.

Podía morir gente, Morgan se levantó de la silla. Mucha gente valiosa iba a arriesgar la vida para salvar a un villano.

Salió a la terraza y respiró profundamente. ¿Estaba siendo egoísta al tratar de salvar a su padre?

¿Acaso no debía hacerlo?

Se inclinó contra la balaustrada y cerró los ojos. Drakon la había seguido.

—¿Qué sucede?

Ella no contestó de inmediato. Trataba de encontrar las palabras adecuadas, pero, ¿cuáles eran?

—¿Estoy haciendo algo que no debo? ¿Estoy equivocada? ¿No debería salvarle?

—No puedo responder a esa pregunta en tu lugar. Es tu padre. Es tu familia.

—Sabes que lo intenté todo antes de recurrir a ti. Le pedí ayuda a todo el mundo. Nadie quería ayudarme.

—¿Y a quién recurriste?

—«¿A quién no recurrí?», querrás decir —se rio con tristeza y contempló los jardines. Más allá se veía el mar—. Me fui a Londres a ver a Branson, y después fui a Los Ángeles para ver a Logan. Luego fui a Nueva York a ver a Tori y regresé a Londres, pero nadie quiso ayudarme. Todos tenían problemas económicos y tenían razones que no podían explicarme, pero yo creo que no querían darme dinero para el rescate porque se avergüenzan de mi padre. Creo que piensan que estoy tirando el dinero al querer rescatarlo. Mi madre incluso llegó a decir que está mucho mejor donde está, que a la gente le será más fácil perdonarnos si mi padre no vuelve.

—Querrás decir, si los piratas le matan. Ella asintió.

—Tu madre probablemente tiene razón.

Morgan le miró de reojo y empezó a caminar de un lado a otro de la terraza.

—A lo mejor. A lo mejor mi madre tiene razón, pero me da igual. Me da igual lo que crea la gente. Me da igual si les caigo bien o mal. A mí me importa lo que está bien, y aunque lo que hizo mi padre, confiarle el dinero a Michael ciegamente, estuvo mal, también está mal abandonarlo en Somalia. Y a lo mejor los otros pueden borrarle del mapa, pero yo no —se estremeció—. No puedo olvidar que me enseñó a nadar y a montar en bici, y que iba a todos mis partidos de voleibol en el instituto. Mi padre estuvo ahí para todo, para lo bueno y para lo malo, y a lo mejor fue un asesor financiero terrible, pero fue un padre maravilloso. No podría haber pedido otro mejor —se detuvo y se cubrió la boca para contener un sollozo.

—Creo que ya tienes tu respuesta. Tienes que hacer esto. Tienes que ayudarlo, esté bien o mal.

Ambos se volvieron al oír el ruido de una puerta de hierro oxidada. Rowan se dirigía hacia ellos a través del jardín.

—Si hay alguien que puede traer de vuelta a tu padre, ese es Argyros. Morgan arrugó la nariz.

—Parece un narcotraficante. Drakon esbozó una media sonrisa.

—No es lo que uno espera. Por eso tiene tanto éxito.

—Siempre y cuando confíes en él.

—Confío.

Al llegar junto a ellos, Rowan les dijo que la agencia estaba lista para establecer contacto con el pirata.

—Tenemos una línea especial que nos permitirá grabar la conversación. Y mi equipo está preparado. Van a escuchar la llamada.

—Pero solo puedo usar mi teléfono. Y mi número. Conocen mi número.

—Lo sabemos. Y podemos hacer que parezca que es su número. Hoy en día la tecnología nos permite hacer casi cualquier cosa.

Ya en la biblioteca de la casa, intentaron hacer la llamada, pero nadie contestó. Morgan dejó un mensaje en el que exigía hablar con su padre a cambio de los seis millones.

—Necesito saber que está vivo. Y entonces tendrán el dinero.

Colgó y miró a Rowan y a Drakon.

—¿Y ahora qué?

—Esperaremos —dijo Rowan.

Tomaron una comida ligera en la biblioteca mientras esperaban, pero nadie llamó. Morgan quería contactar de nuevo, pero Rowan le dijo que no era una buena idea.

—Estamos jugando a un juego. Es su juego y vamos a ganarles, pero no lo saben todavía.

La tarde se hacía interminable.

Después de un par de horas, ya no aguantaba más tiempo sentada. Se levantó y empezó a caminar en círculos.

Drakon y Rowan intercambiaron miradas.

—¿Qué? ¿No puedo levantarme de la silla? Drakon sonrió levemente.

—Vamos. Tomemos un poco el aire.

—¿Y si llaman los piratas?

—Dejarán un mensaje —dijo Drakon.

—¿No se enfadarán?

Rowan se encogió de hombros.

—Quieren su dinero. Llamarán.

Eran casi las cuatro cuando Morgan y Drakon salieron a dar un paseo. Hacía mucho calor, pero el sol ya empezaba a ponerse.

—Gracias por sacarme de ahí —le dijo a Drakon mientras cruzaban el césped.

Se dirigían hacia la escalera de piedra que rodeaba el acantilado y que conducía al embarcadero. Allí estaba la lancha en la que solían navegar cerca de la costa.

—Te estabas poniendo muy pálida —le dijo Drakon, caminando a su lado—. Pero tu padre va a estar bien.

—Si estaba pálida, es porque estaba pensando en lo que hicimos esta tarde —cerró los puños—. O en lo que no deberíamos haber hecho —le miró.

—¿Y qué ha sido eso? —le preguntó él, haciéndose el inocente. Ella le lanzó una mirada incrédula.

—No puede volver a ocurrir —le dijo en un susurro, mirándole a los ojos.

—¿No? —apartándole un mechón de pelo de la mejilla.

—Me confunde.

—¿Te confunde? ¿Cómo?

La temperatura subía por momentos y Morgan empezaba a sentirse mareada. De repente se tambaleó un poco, pero él dio un paso adelante y la acorraló contra la pared.

—No puedo pensar cuando te tengo cerca —susurró ella.

—Lo de pensar está muy sobrevalorado —murmuró él, acercándose más y rozándole la frente con los labios.

Ella cerró los ojos y aspiró su fragancia fresca.

—¿Lo está?

—Umm, Umm.

—¿Eso significa que tú tampoco vas a pensar? Morgan sintió su sonrisa contra la piel de la frente.

—Uno de nosotros debería mantener la cordura —le dijo él, sujetándole las mejillas—. Así será todo menos frenético.

—Y supongo que crees que ese debes ser tú, ¿no?

—Claro —le dijo, deslizando los labios sobre su frente y sus mejillas hasta llegar a sus labios.

—¿Por qué?

—Porque nadie te ha amado nunca como yo te amé. Ella abrió los ojos y le miró fijamente.

—No digas eso.

—Es cierto. Ya sabes lo que siento por ti. Sabes que no puedo negarte nada.

—No es cierto. Durante cinco años me negaste el divorcio.

—Porque no quería perderte.

—Cinco años es mucho tiempo para esperar a una persona.

—Yo hubiera esperado para siempre por ti, Morgan. El corazón de Morgan latía cada vez más rápido.

—Eso no tiene sentido, Drakon. No hay nada de esto que tenga sentido.

—¿Y quién ha dicho que el amor tenga que tener sentido? Morgan soltó el aliento.

—¿De verdad me quieres? —frunció el ceño, pensativa.

¿Por qué había dudado? ¿Por qué no se había sentido amada? ¿Cómo pasó de ser una novia enamorada a ser una esposa fugada?

Él la agarró de la barbilla.

—Morgan, dime. ¿Cómo pudiste dudar de mí?

—Porque después de nuestra luna de miel, después de que nos fuéramos de aquí, empecé a sentir que no me amabas —su voz se apagó un momento—. Pero entonces, después de un tiempo, dejé de sentir —se mordió el labio con saña—. No. No es cierto. Sí que sentía algo. Sentía que estaba loca, Drakon, loca por vivir contigo.

—No digas eso.

—Es cierto.

Él se apartó y se volvió hacia el mar. Morgan le observó unos segundos y se dio cuenta de que le había hecho daño, de nuevo.

Odiándose a sí misma, pasó por su lado y siguió adelante, hasta la orilla del agua. Tenía que salir de allí, y tenía que hacerlo pronto.

Capítulo 8

Drakon masculló un juramento y sacudió la cabeza.

Al principio las cosas no habían sido difíciles. Ella era encantadora y se adaptaba a todo con facilidad. Pero una vez en Ekali, el barrio elitista de Atenas al que se habían ido a vivir, su comportamiento había cambiado radicalmente.

Comenzó a preocuparse, a dudar, y sus necesidades más bien parecían exigencias.

«Ven pronto a casa del trabajo. No trabajes hasta tan tarde. ¿Por qué tienes que estar fuera siempre?».

Era cierto que trabajaba hasta muy tarde, y cuanto más presionado se sentía, más quería estar en la oficina. Trataba de convencerse de que trabajaba hasta tarde por ella, para darle todo lo que necesitaba, pero en el fondo sabía que realmente no quería estar en casa.

Aquella sonrisa diáfana y encantadora había dado paso a una mirada triste y taciturna. Y eso solía ponerle furioso. ¿Por qué no podía ser como las otras mujeres? ¿Por qué no tenía bastante con ir al salón de belleza y al spa? ¿Qué era lo que quería de él?

Un buen día, sin previo aviso, desapareció. Regresó a los Estados Unidos y todo estalló en mil pedazos.

¿Cómo había podido abandonarle así? ¿Cómo se rendía de esa manera? ¿Cómo se había atrevido a dejarle? Él no había sido feliz durante todos esos años, pero tampoco la había abandonado.

O quizás sí, A lo mejor no se había marchado, pero sí la había dejado emocionalmente. De repente, se daba cuenta de que sus exigencias no eran

tan grandes. No le había pedido tanto al fin y al cabo, pero sus peticiones habían sacado lo peor de él y le habían hecho comportarse como el niño que una vez había sido.

Le había dado dinero, pero no afecto. Le había dado regalos, pero no le había entregado su corazón. Drakon Xanthis era un hombre egoísta y superficial. Le había hecho daño, con crueldad. Se había llevado de su casa a una joven de veintidós años de edad y la había encerrado en un blanco palacio de mármol en el que no podía sentir ni hablar.

Le había hecho lo que su madre le había hecho a él.

«Debes estar ahí, Drakon, pero no puedes necesitar nada. Tienes que estar presente, pero no puedes sentir,».

Desde lo alto de las escaleras, la vio bajar a la plataforma del embarcadero. Su cabello oscuro resplandecía a la luz del sol. El corazón se le encogió de dolor.

Morgan, su esposa,

Estaba de pie en la plataforma, tapándose los ojos con la mano. Había un bote amarrado junto a ella. De pronto se quitó los zapatos y se sentó en el borde.

Mientras la observaba, sintió una presión en el pecho. Cinco años antes había jurado que lo arreglaría todo, pero aún no lo había conseguido. Darle un cheque y un divorcio no era lo correcto. Era fácil. Era más sencillo dejarla ir que luchar por ella. Pero no quería que las cosas fueran fáciles. Quería a Morgan a su lado y merecía la pena luchar por ella porque lo era todo para él, porque la amaba.

—Fue un error hacer el amor sin protección —dijo Drakon—. Y asumo toda la responsabilidad si te quedas embarazada.

Morgan se puso tensa. No le había oído acercarse.

—¿Y eso qué significa? —le preguntó, manteniendo la vista al frente—. ¿Significa que te encargarás de todo si me quedo embarazada?

—Asumiré toda la responsabilidad económica, por ti y por el niño, y una vez nazca, asumiré la custodia.

—¿Qué? —Morgan casi se atragantó con la palabra.

Se volvió hacia él y le miró fijamente. Estaba parado en el estrecho rellano de la escalera, apoyado contra una pared de piedra.

—¿Te llevarás a mi bebé?

—Nuestro bebé. Y soy perfectamente capaz de criar a un hijo solo, Morgan. Buscaré ayuda. Por supuesto. Pero seré un buen padre.

—¿Me quitarás a mi hijo?

—Si eso te hace sentir mejor,

—No me haría sentir mejor.

—Antes dijiste que no querías ser una madre soltera.

—Y es cierto. No estaría bien para el niño. Pero eso no significa que quiera que tú lo tengas. Drakon avanzó hacia ella.

—Pero yo estoy listo para ser padre, y tú no quieres ser madre ahora mismo.

—No puedes decir eso. No lo sabes. ¡Dios, Drakon! ¿De dónde has sacado esa idea?

—Primero, aún no sabemos si hay bebé o no. Y, segundo, si estuvieras embarazada, me gustaría hacerme cargo de mi hijo, a nivel económico, emocional y afectivo. No quiero ser un padre ausente.

—No. No quiero estar embarazada ahora mismo. No está entre mis prioridades, teniendo a mi padre secuestrado y a mi familia sumida en la ruina económica, pero, si estuviera embarazada, me las arreglaría bien.

—Eso no es bueno. Mi hijo se merece algo mejor. Si estás embarazada, tendremos que hacer lo correcto por nuestro hijo, y eso significa que tendremos que criarlo en un hogar tranquilo y estable, sin todo este caos.

—Entonces no tendrías más remedio que quedarte conmigo, Drakon, porque no pienso renunciar a mi hijo.

—Nuestro hijo.

—El cual seguramente no existe.

—El cual seguramente no existe, porque cuando nos casamos hacíamos el amor sin protección dos veces al día, y nunca te quedaste embarazada.

Morgan se mordió el labio.

—¿Quieres decir que, si estoy embarazada, querrías que el niño y yo viviéramos contigo?

—Sí.

—¿Y nos divorciaríamos?

—No.

—¿No?

Él sacudió la cabeza.

—Desde luego que no. Si estás embarazada, nos quedaremos juntos. Si no lo estás, haré que mi abogado prepare los papeles del divorcio. Pero como no vamos a saberlo al menos hasta dentro de dos semanas, no le diré nada a mi abogado hasta que lo sepamos con certeza.

—Muy conveniente —masculló Morgan entre dientes.

—Muy afortunado —dijo Drakon, que no quería morder el anzuelo—. Así todo será más fácil para el niño. Todavía estamos casados legalmente. El bebé sería el resultado de una reconciliación.

—¿Y si no estoy embarazada?

—Serás libre, soltera, dentro de un par de meses.

Morgan no habló de inmediato. Miró hacia el horizonte y escuchó el ruido de las olas al romper en la orilla.

—Y, si pasa lo peor, que me quede embarazada, ¿viviremos todos juntos, como una familia?

—Sí.

Se volvió hacia él.

—¿Y dónde vamos a criar al bebé?

—En Grecia —le dijo él con firmeza.

Morgan se sujetó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Preferiría criar a mi hijo en otro lugar.

—¿Por qué?

—Porque no me gusta este lugar.

—¿Cómo puedes decir eso? Es un lugar hermoso, cálido y lleno de vida.

—Pues yo me he sentido muy aislada. Me he aburrido mucho.

—Pues no tenías motivos para aburrirte. Tenías dinero, chófer. Podrías haberte ido de compras. A los empleados de las tiendas les hubieras caído muy bien. Te hubieran atendido muy bien.

Batallando contra su propio temperamento, Morgan sacó los pies del agua.

—No todas las mujeres viven para comprar.

—La mayor parte de ellas, sí.

—No puedes generalizar así. No es cierto —él intentó decir algo, pero ella no le dejó—. Es evidente que algunas de tus ex lograron convencerte de que las compras eran la mejor terapia para todos los problemas, pero yo no soy una de ellas —se puso en pie—. Comprar cuando me siento sola me hace sentir peor, vagar de tienda en tienda, buscando algo que comprar, Es algo patético.

—Bueno, hubiera sido mejor que quedarse en casa, alimentando pensamientos nocivos. Morgan sintió un vapor repentino que le subía por el cuerpo.

—¿Ir de compras? ¿Alimentar pensamientos nocivos? ¿Por qué te casaste con alguien tan superficial y materialista como yo?

—Eras joven. Pensaba que cambiarías.

—¡No me puedo creer que hayas dicho eso! No me puedo creer que te creas tan perfecto como para pensar que, no tuviste nada que ver con el fracaso de nuestro matrimonio.

—¿Qué es lo que hice mal entonces?

—No hablabas conmigo. Él se rio.

—¿Ese fue mi error?

Los ojos de Morgan echaron chispas.

—Muy bien. Ríete, pero es cierto. Nuestro matrimonio terminó porque no hablábamos. Terminó porque nos lo guardábamos todo y creo que ya es hora de empezar a hablar. Ya es hora de decir todas esas cosas con las que no nos sentimos cómodos pero que son ciertas,

—Eso no va a cambiar nada.

—No, pero por lo menos aliviará un poco el ambiente. A lo mejor nos da una idea mejor de lo que pasó. Puede que me ayude a entenderte.

—¿A mí? —le preguntó él con incredulidad—. ¿Qué hay que entender de mí?

—¡Todo! Me casé con una persona y terminé con otra. Drakon retrocedió.

—Yo no cambié, Morgan. Fuiste tú. Te convertiste en una mujer furiosa, silenciosa, y solo respondías cuando te tocaba, así que te tocaba, todo lo que podía. Intentaba recuperarte.

—Las palabras hubieran funcionado. Las palabras y la conversación.

—No me fío de las palabras. A veces conversar no sirve de nada.

—Claro. Pero era demasiado para ti preguntarme cómo me había ido el día, o contarme cómo te había ido a ti —se detuvo y esquivó su mirada—. Esperemos que no esté embarazada, porque no quiero pasarme toda la vida así, tratando de explicarme, esforzándome por ser aceptada, y todo para que te burles de mí.

Drakon sacudió la cabeza. Masculló algo entre dientes.

—¿Qué has dicho?

—No tiene importancia.

—No. Sí que la tiene. Quiero oír todo lo que no me has dicho antes.

—Tú te rendiste muy pronto, Morgan. No te diste tiempo para adaptarte a la vida de casados, y tampoco intentaste hacer amigos.

—A lo mejor me rendí muy rápido, pero tú podrías haberme ayudado a adaptarme a la vida de

Atenas. Sin embargo, me dejaste en aquella casa como un fardo.

—Tenía un trabajo que hacer, Podías leer, apuntarte a un curso de idiomas, aprender a cocinar, —se encogió de hombros y suspiró—. Al final, hubiéramos tenido hijos. Y además tenías la casa.

—¡Esa casa era una cubitera de hielo desorbitadamente cara! Los ojos de Drakon brillaron.

—Me decepcionas.

—Sí. Me doy cuenta. Tú trabajabas doce horas al día y yo me quedaba en casa, estudiando griego, aprendiendo a cocinar y, con un poco de suerte, iba a quedarme embarazada —se estremeció—. ¡Qué vida tan horrible hubiera sido! ¡Menos mal que escapé en cuanto pude!

Él la agarró del brazo.

—¿Sabes cuántas mujeres hubieran estado encantadas de llevar esa vida?

—No tengo ni idea, pero estoy segura de que a Bronwyn le hubiera encantado. ¿Cómo está, por cierto? ¿Le va bien?

—Está bien.

—Desde luego.

—¿Qué significa eso?

—¿Qué crees que significa, Drakon?

—Creo que significa que eres caprichosa e irracional cuando se trata de Bron. Siempre ha sido muy amable contigo,

—¡Ya lo creo!

—Te pedía flores, te encargó la tarta de cumpleaños, —Drakon siguió adelante, como si no le hubiera interrumpido.

Morgan sacudió la cabeza.

—Me estaba haciendo un favor —añadió Drakon.

—Ah. Lo sabía. Se trataba de ti.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que el favor que te hizo era innecesario y que me hizo mucho daño.

—Eso es absurdo.

Ese era el motivo por el que no estaban juntos. Era por eso que le había dejado.

Aunque siempre le hubiera amado, en el fondo no se entendían si no era en la cama. Levantó la mirada.

—Permíteme que te dé un pequeño consejo. A lo mejor puedo hacer algo por la próxima señora

Xanthis. No dejes que Bronwyn o cualquier otra mujer se meta tanto en tu vida privada.

—¿Algo más, Morgan? —le preguntó Drakon. La paciencia se le estaba agotando.

—Sí. La próxima vez que te cases, pregúntale a tu esposa dónde quiere vivir. O mejor, Llévatela contigo cuando vayas a buscar casa. Así por lo menos te asegurarás de que a tu pobre esposa le guste la jaula donde va a vivir.

—¿Jaula?

Ella se encogió de hombros.

—Así me sentía yo —pasó por su lado y empezó a subir las escaleras que llevaban a la casa. Se detuvo a medio camino.

—No soy tu mascota, Drakon. ¡Y a mí no me vas a poder encerrar!

Capítulo 9

Los piratas no volvieron a llamar, así que Morgan pasó el resto de la tarde en su dormitorio. No tenía por qué quedarse en su habitación, pero no quería encontrarse con Drakon.

Trató de dormir un poco, pero su madre la llamó. Fue una conversación banal acerca de eventos sociales, pero Morgan terminó enojándose cuando su madre le pidió que lo dejara todo para asistir a una fiesta benéfica.

—Estoy en Italia, intentando traer de vuelta a papá.

—Nadie te va a dar el dinero, Morgan. Y, si lo hacen, están locos.

Después de colgar trató de quedarse dormida por segunda vez, pero no fue capaz. La llamada la había afectado demasiado. Se dio un buen baño y trató de olvidar las cosas que le había dicho su madre.

Fue la primera en llegar al salón para tomar el aperitivo nocturno. Había toda clase de bebidas sobre la mesa que hacía las veces de bar, pero ella fue directamente hacia la jarra de Campari. Esa noche tocaba Campari con granadina. Al día siguiente podría ser Campari con naranja. El cóctel cambiaba cada noche y era agradable probar todas las variedades.

Tras servirse la bebida, fue hacia la ventana para ver la puesta de sol, siempre espectacular. Era como un sueño, uno de esos sueños que había tenido mientras estaba en el hospital McLean, cuando soñaba con él todas las noches. En esos sueños siempre estaban juntos y eran felices.

De repente, oyó pasos a sus espaldas en el hueco de la escalera. Se volvió y, allí estaba Drakon, descendiendo el último tramo de peldaños.

—Hola —le dijo, esperando que no notara el rubor de sus mejillas.

—Hola —contestó él, haciendo un gesto que casi parecía una sonrisa.

—¿Pudiste dormir? —le preguntó, sirviéndose una bebida.

También escogió el cóctel de Campari y, por alguna razón, eso la hizo sentirse feliz.

—Me tumbé un poco, pero cuando me quedé dormida me llamó mi madre.

—¿Llamaba para tener noticias de tu padre?

—No. Solo quería saber si llegaría a tiempo a casa para asistir a una fiesta benéfica en Greenwich este fin de semana —sacudió la cabeza—. ¡Una fiesta de etiqueta! ¿Te lo puedes creer?

—Solías asistir a esa clase de eventos todo el tiempo.

—Sí, cuando pertenecíamos a la alta sociedad, pero ya no es así. Nos odian. Nos desprecian, pero mi madre no lo entiende. Intenta seguir como si no hubiera pasado nada, pero ya nada es lo mismo. Mi padre está secuestrado en Somalia y mi madre quiere ir a una fiesta de ricachones. ¡Vaya familia en la que te metiste, Drakon!

—No me casé con ellos. Me casé contigo.

—¡Y yo soy la que está más loca de todos!

Drakon guardó silencio durante un momento y entonces esbozó una sonrisa traviesa.

—¿Es por eso que el sexo era siempre tan divertido?

Ella se sonrojó, pero se libró de tener que contestar porque en ese momento apareció Rowan.

—Acaba de llamar el contacto de Somalia. Dejó un mensaje. No la van a dejar hablar con su padre, pero como tiene el dinero preparado, quieren organizar una entrega y darle instrucciones para que pueda encontrar al rehén.

La sonrisa de Morgan se borró en un segundo.

—¿Lo dijeron así? Rowan asintió.

—Hacen que parezca que mi padre es un fardo cualquiera.

—No estamos tratando con gente sensible precisamente.

—Pero no tenga miedo. Seguro que está vivo. Morgan respiró hondo y levantó la barbilla.

—Quiero sacarle de allí.

—Lo haremos.

Rowan asintió con la cabeza.

—Muy pronto.

Un rato más tarde fueron al comedor para cenar. Comieron en silencio y nadie dijo nada hasta que sirvieron el café.

—Les odio —dijo Morgan. Ya no aguantaba más el silencio—. Odio que le hayan secuestrado así y que le traten como si no fuera nada, como si no fuera nadie, como si fuera mercancía para el regateo.

—Es horrible.

—Pero ahora es muy frecuente, ¿no? —le miró a los ojos al tiempo que se echaba otra cucharadita de azúcar en el café—. Según lo que he oído, los ataques se han incrementado en los últimos años.

—El año pasado hubo más secuestros que en todos los años anteriores juntos.

—Unos mil doscientos —murmuró Morgan. Había investigado mucho por su cuenta para tratar de entender lo que le había pasado a su padre—. Algunos barcos han estado retenidos durante nueve meses o más—. Es increíble, pero es real. Está pasando.

—Por lo menos su padre va a ser liberado —dijo Rowan con brusquedad—. Hay muchísimos rehenes que no han sido rescatados, y que no van a ser liberados jamás.

—¿Porque se niegan a pagar el rescate?

—O porque no pueden pagarlo. No todas las empresas tienen seguros que paguen sumas tan altas. Y la mayor parte de la gente no logra reunir millones de dólares, ni siquiera para salvar a un ser querido.

—La única forma de pararlos es poner un gobierno fuerte y efectivo, cambiar la estructura económica, disolver el grupo que está proveyendo de armas a los piratas, —Rowan se detuvo de repente.

Se oía el repiqueteo de unos tacones por el pasillo, cada vez más cerca. Morgan se puso tensa sin saber por qué. Todos escuchaban los pasos.

Bronwyn.

Un sudor frío le recorrió la espalda. No podía ser cierto. ¿Qué podía hacer allí? Ese paso firme y contundente era inconfundible, no obstante.

Tras unos segundos de incertidumbre, la joven apareció en el umbral, tan alta, rubia y escultural como siempre, tan dueña de sí misma como si Villa Angelica fuera de su propiedad.

—Espero no haberos hecho esperar mucho —dijo, sonriente. Su mirada recorrió el comedor y finalmente se posó en Drakon.

—No nos has hecho esperar —le dijo él, incorporándose y señalando una silla adyacente—. Ven a sentarte. ¿Has comido? ¿Quieres un café? ¿Algo dulce?

Bronwyn le dedicó una sonrisa de agradecimiento y fue a sentarse.

—Una copa de vino, gracias. Ya sabes lo que me gusta. Morgan apretó los dientes.

La joven vicepresidenta cruzó las piernas con elegancia al sentarse y dio un sutil golpe de melena.

—Drakon, la próxima vez mándame el helicóptero, y no el coche. He tenido náuseas desde que pasamos Sorrento. Vaya caminos. Hay tantas curvas cerradas.

Drakon no contestó. Estaba ocupado hablando con uno de los empleados de la cocina para pedir el vino.

Bronwyn se volvió hacia Rowan.

—Hace tiempo que no te veo. ¿Qué tal?

—Muy ocupado —le dijo él, con su expresión de siempre, seria y dura.

—Pero debe de estar bien tener un trabajo en un negocio floreciente.

—No cuando hay vidas en juego —dijo Morgan. Ya no podía quedarse callada. Bronwyn hizo un gesto con la mano, restándole importancia.

—La tripulación de los barcos secuestrados casi nunca resulta herida. Casi todos son liberados cuando se paga el rescate.

—Casi todos. Pero no son todos, y eso no es motivo para celebrar.

Bronwyn sonrió. Sus largas pestañas le cayeron sobre los ojos, pero Morgan tuvo tiempo de ver la animosidad que brillaba en ellos.

—¿Yo estaba celebrando? Espero que no. Sería un gesto muy insensible por mi parte, teniendo en cuenta que tu padre está secuestrado en este momento.

Morgan no pudo respirar durante una fracción de segundo. Apretó los puños.

—Pronto le tendremos en casa —dijo finalmente, haciendo un esfuerzo por mantener la compostura—. Drakon ha traído a los mejores para liberarle.

Bronwyn le lanzó una mirada burlona a Rowan.

—Los mejores, sí, y también los más caros. ¿Cuánto le va a costar a Drakon esta vez? ¿Siete millones? ¿Diez? ¿Más?

—Eso no es asunto tuyo —dijo Drakon. La australiana se volvió hacia él.

—Me encomendaste la tarea de recortar gastos en la empresa,

—Y sabes muy bien que voy a pagarle a Dunamas con dinero privado, no de la empresa, así que ya es suficiente —el tono de Drakon eran contundente, pero no lo bastante para Morgan.

¿Por qué toleraba las impertinencias de Bronwyn? ¿Por qué dejaba que le hablara así?

—Sí, señor —dijo Bronwyn. Puso los ojos en blanco y luego miró a Morgan.

Morgan sabía que nunca le había caído bien. Cinco años antes se lo había dicho a Drakon, pero él le había quitado importancia alegando que la rubia era demasiado profesional como para guardarle rencor a la esposa del jefe.

Casi había llegado a sentir vergüenza de sus propias sospechas, pero era imposible ignorar las intromisiones constantes de la vicepresidenta. Llamaba con demasiada frecuencia y se presentaba en la casa a horas extrañas para hablar de negocios con Drakon. Se lo llevaba al estudio y allí tenía largas conversaciones con él.

Era evidente.

Quería tener algo con él. Siempre le había interesado. Le deseaba cinco años antes y seguía loca por él.

Morgan se puso en pie de golpe. No podía permanecer ni un minuto más en la misma habitación que esa mujer.

—Es tarde y todavía no me he acostumbrado al horario de aquí —dijo. Su voz sonaba más tensa que de costumbre—. Si me disculpáis, creo que me voy a la cama.

Capítulo 10

A la mañana siguiente, Morgan pidió que le llevaran el café a la habitación y se sentó a desayunar en el balcón. ¿Cómo iba a evitar tener que bajar ese día? Había dormido muy mal. No había hecho más que soñar con Bronwyn y la exuberante rubia era la última persona a la que quería ver ese día.

Ya estaba despierta. Podía oír su voz desde el balcón.

Clavó la mirada en el café. La risa de Bronwyn subía desde la planta inferior. ¿Por qué estaba allí?

¿En qué pensaba Drakon?

—¿Más café? ¿Pastas? —le preguntó una voz masculina que provenía del dormitorio. Morgan miró por encima del hombro. Drakon estaba en el umbral.

—Deberías llamar antes de entrar.

—Llamé. Pero no contestaste.

—Entonces a lo mejor no deberías haber entrado.

—Necesitaba hablar contigo.

—Pero no es de muy buena educación irrumpir en la habitación de una señorita a primera hora de la mañana.

—¿Ni siquiera si voy a invitarla a salir? Morgan le miró con ojos de sospecha.

—¿Cómo vamos a irnos ahora? ¿Y si los piratas quieren hablar conmigo? ¿Y si piden otra cosa?

—No van a pedir otra cosa. Están pensando en esos seis millones de dólares que van a darles cualquier día de estos.

Probablemente tenía razón, pero Morgan no podía salir a pasear sabiendo que su padre se encontraba en una situación tan difícil.

—Ojalá pudiera saber si se ha tomado su medicina para el corazón. Ojalá supiera si se encuentra bien, de salud, si se encuentra con fuerzas. Así me sentiría mucho mejor. Pero, No sé nada. Y esta incertidumbre es insoportable.

—Esa es la parte más difícil siempre, pero preocuparse no cambia nada. Simplemente te hace sentir más angustia, y hace que sea imposible lidiar con el estrés. Y es por eso que quiero sacarte de aquí durante un par de horas. Un poco de aire fresco y un cambio de paisaje no te vendrán nada mal.

—¿Y podrán contactar con nosotros si pasa algo?

—Claro.

Morgan vaciló.

—¿Y quién va?

—Solo tú y yo, si te parece bien.

Morgan contempló su rostro unos segundos. Se fijó en esos pómulos altos, en la nariz recta, en sus labios firmes, sensuales, Se sonrojó.

—Sí. Muy bien.

—Me alegro.

Se preguntó qué se traía entre manos. ¿Por qué había decidido mostrarse cariñoso ese día?

—¿Cuándo nos vamos?

—¿Cuándo estás lista?

Viajaron hasta Nápoles en helicóptero, sobrevolando la costa en todo momento.

—Es tan hermoso —dijo Morgan—. Y engañosamente sereno.

—¿Porque el Vesubio todavía está activo?

—¿No está considerado como uno de los volcanes más peligrosos del planeta?

—Desafortunadamente, sí. Las erupciones plinianas no traen nada bueno para la gente que vive en la base y en las faldas de la montaña.

—Yo tendría miedo de vivir ahí.

—Los científicos creen que pueden predecir una erupción antes de que pase, y tienen un plan de evacuación.

—Tengo entendido que la antigua Pompeya era un sitio precioso.

—Los pueblos de las afueras de la ciudad no tenían nada que envidiarle a los pueblos más hermosos de nuestros días.

—Me encantaría verlos.

—Bien. Porque vamos hacia allí ahora mismo. Morgan le agarró del brazo, encantada.

—¿En serio?

—Sí.

—¡Estupendo! —dijo, repentinamente feliz.

Drakon miró la mano que había apoyado sobre su brazo. Respiró profundamente y soltó el aliento.

—Espero que lo pases bien. Espero que encuentres algo en Pompeya que te inspire, para tu nueva colección de joyas.

—No creo que haya otra.

—Sí que la habrá.

—He cometido errores insalvables.

—Todo el mundo comete errores, pero eso no significa que tengas que rendirte. Tienes un don. Eres artista. Yo creo en tu talento.

Ella le miró a los ojos. Había miedo y esperanza en sus pupilas.

—¿Lo dices de verdad?

—Claro. Habrá más colecciones, y tendrás mucho éxito.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque he visto lo que sabes hacer, y te conozco. Tienes un talento natural, Morgan. No hay nadie como tú.

El coche de Drakon estaba aparcado junto al helipuerto, a las afueras de Pompeya. El conductor les llevó hasta el centro de la mítica ciudad, donde les esperaba un guía privado para llevarles a visitar las ruinas de la ciudad.

Morgan se alegró de haberse puesto sandalias planas, ya que atravesaron la ciudad andando.

Escuchó con atención todo lo que decía el guía y se dejó cautivar por todas esas historias de la

Pompeya del siglo I.

—Es un lugar fascinante —dijo, mientras caminaban por la Casa del Fauno—. Pero también me rompe el corazón. Era una ciudad tan hermosa, tan llena de vida, de gente, de pasión. Pero todo desapareció de un plumazo. Se desvaneció en cuestión de horas.

—¿Te arrepientes de haber venido hoy?

—No. Todo es maravilloso. Todo. Las casas, las calles, los restaurantes, las estatuas, los artefactos, Pero también me duele. La vida es tan frágil, tan impredecible. No hay garantías, para nadie.

—La vida te cambió de la noche a la mañana, ¿no?

—¿Te refieres al momento en que descubrí el engaño de Michael Ponzi? Drakon asintió con la cabeza.

—Sí. Todavía me cuesta creer todo lo que ha pasado en casa. ¿Quién lo hubiera dicho, hace un año? Incluso hace tres meses, ¿Quién iba a decir que mi padre se convertiría en uno de los hombres más odiados de toda Norteamérica? ¿Quién hubiera dicho que íbamos a perderlo todo, que tanta gente iba a perderlo todo también, por culpa de Michael?

Habían llegado a una zona acordonada en la que se encontraba la fuente, con su estatua de bronce del fauno danzarín. Eso era todo lo que quedaba del glorioso jardín de antaño.

Morgan contuvo el aliento y se apretó el pecho con el puño.

—Mi padre se horrorizó cuando descubrió que todos sus clientes, sus inversores, habían perdido todo su dinero. Se enteró cuando iba de camino a una fiesta de San Valentín, otro de esos eventos de etiqueta que tanto le gustan a mi madre. Fue entonces cuando recibió el mensaje de Michael, en el que le decía que todo había acabado. Le decía que los agentes del gobierno federal acababan de salir de su casa y que se iban a efectuar arrestos. Le aconsejaba que huyera, para que no pudieran imputarle —su voz se apagó. No era capaz de seguir—. Al principio mi padre no fue capaz de creerlo. Ninguno de nosotros lo creía. Y entonces, cuando se nos pasó la conmoción, solo quedó la rabia y la vergüenza.

Morgan se mordió el labio hasta hacerse sangre.

—Mi padre quiso suicidarse. Mi hermano logró convencerle para que no lo hiciera, diciéndole que, si era inocente, entonces debía seguir vivo para demostrarles a todos su inocencia y para recuperar las inversiones perdidas en la medida de lo posible. Pero entonces mi padre desapareció, y mi madre dijo que hubiera hecho mejor matándose. Decía que nos había dejado en una situación peor al desaparecer. A lo mejor tenía razón. A lo mejor debió morirse,

—No crees eso de verdad —dijo Drakon de repente—. Si lo creyeras, no tratarías de salvarle con tanto ahínco.

—Supongo que una parte de mí sigue albergando la esperanza de que todo se aclare cuando regrese. Branson está empeñado en conseguir que les devuelvan el dinero a todos los inversores.

—Eso es imposible.

—Lo sé, pero Branson no puede escapar de su apellido. Las mujeres se casan y adoptan un nuevo apellido, pero Branson es un hombre y llevará el estigma de ser un Copeland para siempre.

—La gente terminará olvidando. Habrá otras noticias más urgentes y llamativas. Habrá desastres y tragedias que acabarán con todo este revuelo.

«al igual que el volcán acabó con Pompeya». Morgan miró a su alrededor.

—Vamos —le dijo Drakon, agarrándola del brazo—. Sigamos andando. Este lugar te está poniendo triste, y no te he traído aquí para que te sientas triste. Te traje para inspirarte.

—Me siento inspirada, conmovida. Esto te da una perspectiva, y me hace darme cuenta de que tengo muchas cosas por las que estar agradecida —le dedicó una débil sonrisa y dejó que la guiara de vuelta a la calle—. Como la vida. Y el aire. Y la luz del sol.

—Buena chica. Es de bien nacidos ser agradecidos. Porque tienes muchas cosas que agradecer. Tienes salud, creatividad. Tienes a tus hermanos y hermanas.

—Y a ti —añadió ella, agarrándole la mano—. Has estado ahí para mí, y contrataste a Rowan para salvar a mi padre. Te lo agradezco mucho.

—No me des las gracias.

—Entonces, por lo menos, deja que me disculpe, porque lo siento mucho, Drakon. Siento mucho lo que hizo mi padre, y me da mucha vergüenza también.

—Tú no hiciste nada. No eres responsable.

—Pero es mi padre.

—Y a lo mejor no sabía que Amery estaba metiendo todo ese dinero en su cuenta. A lo mejor no sabía nada. Quizás tengas razón. Quizás deberíamos esperar a que vuelva antes de juzgarle.

El corazón de Morgan se llenó de esperanza.

—¿De verdad crees que podría ser inocente? ¿Crees que...? — se detuvo al ver la expresión de Drakon,

Él no creía que lo fuera. Todavía seguía odiándole. Apartó la mirada rápidamente. Los ojos le escocían.

—No tienes que hacer eso —susurró—. No tienes por qué decir cosas para hacerme sentir mejor. Prefiero oír la verdad.

No iba a llorar. No podía llorar.

—¿Qué es lo próximo que vamos a ver? —le preguntó, haciendo un esfuerzo por sonreír.

—La comida —dijo Drakon, devolviéndole la sonrisa—. Tengo un restaurante en mente. Está de camino a casa, en Sorrento.

En realidad no comieron en Sorrento, sino en un restaurante situado a las afueras de la ciudad, de camino a Positano. Normalmente el establecimiento solo daba cenas, pero ese día abrieron exclusivamente para darles el almuerzo.

Después de disfrutar del mejor marisco y de la mejor pasta de la zona, Morgan empezó a sentir cómo se aliviaba la tensión que le agarrotaba los hombros. Después de terminar el café, se recostó en la silla.

—Ha sido estupendo, Drakon. Ya casi vuelvo a sentirme optimista.

—No he hecho nada, Morgan.

—Lo has hecho todo. Has traído a Rowan y a su equipo. Me has enseñado cosas maravillosas hoy y me has dado ideas para diseños futuros. Pero, sobre todo, me has dado paz. Eres mi héroe, mucho mejor que un Príncipe Azul.

—Y mejor que un marido.

—Los maridos están sobrevalorados.

—Por lo visto, sí.

De repente la realidad se impuso. La sonrisa de Morgan se desvaneció.

—Te he costado una fortuna, ¿no?

—No pienso en el dinero cuando te miro.

—¿Y en qué piensas?

—En ti.

—Quiero pagarte lo de Dunamas.

—Es mucha cantidad.

—Pero mi padre no es tu responsabilidad. No puedo permitir que te veas enredado en esto conmigo.

—¿Enredado? Estás casada conmigo. No me he visto enredado en nada. Morgan guardó silencio, avergonzada.

Drakon miró sus manos, entrelazadas sobre la mesa.

—Sí. He perdido una fortuna, pero perderte hace cinco años fue mucho peor.

—No.

—Sí. Siempre puedo ganar más dinero, pero tú eres una sola.

El conductor se detuvo ante el portón de hierro y esperó a que les dieran acceso a la finca privada. Pero Morgan no estaba preparada para regresar junto a Bronwyn y Rowan.

—Pronto sabremos si Rowan ha tenido noticias —dijo Drakon, mirando por la ventanilla.

—Espero que sí —dijo Morgan, sintiéndose repentinamente culpable por llevar mucho tiempo sin pensar en su padre.

—Y yo espero que hayas tenido un buen día. Pensé que Pompeya te inspiraría, pero sé que puede resultar abrumadora.

—Me encantó.

—Yo también lo he pasado muy bien.

—Espero que podamos repetir.

—¿La visita a Pompeya?

—No tiene que ser Pompeya necesariamente. Podemos ir a ver otro sitio, Tener otra aventura. Fue divertido.

De repente Drakon le acarició la mejilla.

—Lo fue. Y fue divertido alejarse de todo esto. Le agarró la mano y se la llevó a la mejilla.

—Prométeme que lo haremos de nuevo, por favor.

—Te lo prometo —le dijo él, sosteniéndole la mirada al tiempo que el conductor abría la puerta de atrás.

Drakon bajó y justo en ese momento apareció Rowan.

—¿Dónde habéis estado? Llevo una hora intentando localizaros.

—Mi móvil no sonó —dijo Drakon.

—Llamé. Varias veces —se volvió hacia Morgan. Su expresión era poco alentadora—. Su padre ha sido trasladado esta mañana y no sabemos dónde está. Pero la agencia está reuniendo información que nos servirá para averiguar qué ha pasado, por qué, y dónde lo tienen ahora.

Capítulo 11

Morgan caminaba de un lado a otro del salón, incapaz de quedarse quieta. Drakon estaba al otro lado, observándola, haciéndole compañía.

—¿Adónde le han llevado? ¿Por qué le trasladaron? Ya le había preguntado lo mismo varias veces.

—Tal y como dijo Rowan, los rehenes importantes son trasladados con frecuencia para evitar rescates por sorpresa.

—¿Crees que sabían que planeábamos algo?

—Lo dudo. Rowan no lo cree tampoco, pero no lo sabemos con certeza. Afortunadamente, su agencia está recopilando información ahora mismo y muy pronto sabremos más cosas. Créeme. Tu padre es la prioridad número uno de Dunamas en estos momentos.

—Está bien —dijo Bronwyn, entrando en el salón en ese momento con paso firme.

Su vestido de punto era engañosamente sencillo y realzaba toda la voluptuosidad de su figura.

—Dunamas está haciendo uso de todos sus recursos para reunir información sobre tu padre. De hecho, está dejando a su suerte a decenas de barcos y a cientos de marineros, y está descuidando mercancías por valor de miles de millones de dólares.

—Eso no es necesario, Bron —dijo Drakon.

—Pero es cierto —la joven se apoyó sobre el respaldo de una silla. Su pelo rubio y largo caía hacia delante en cascada. La expresión de su rostro era burlona y sus ojos le lanzaban un desafío a Drakon—. Sé que no

te gusta hablar de negocios delante de tu esposa, pero, ¿No crees que debería saber la verdad? ¿No crees que debería saber que Dunamas está dejándolo todo, y a todos, porque han trasladado al criminal de su padre?

—¿Es eso cierto? ¿Dunamas ha retirado la vigilancia y la protección que les daba a otros clientes?

—No —dijo Drakon con contundencia—. No es cierto. Tu padre es una prioridad, pero Dunamas sigue dando servicio a aquellos que han contratado su protección.

—Pero a un coste personal enorme —objetó Bronwyn.

—Eso no es asunto tuyo —dijo Drakon, lanzándole una mirada demoledora. Pero Bronwyn no se dejaba amedrentar tan fácilmente.

—Es curioso cómo cambias cuando ella está presente —le dijo, mirándole a los ojos.

—Soy el mismo de siempre.

—No. No lo eres. Normalmente Drakon Xanthis dirige su empresa con la cabeza fría, con buen ojo y criterio, siempre es conservador y precavido cuando se trata de hacer una gran inversión —arrugó los labios—. Pero en cuanto Morgan Copeland aparece en escena, el Drakon listo y perspicaz que conocemos pierde la cabeza. De repente el dinero no es problema, y el sentido común deja de existir.

—Bronwyn.

La australiana levantó la barbilla. Su mirada era una extraña mezcla de rabia y dolor.

—Eres un loco enamorado, ¿no?

Drakon esquivó su mirada. Morgan miró a uno y a otro. La tensión se palpaba en el ambiente. De repente Bronwyn echó a andar hacia la puerta, pero se detuvo en el umbral un instante.

—No te dejes mangonear, Drakon. Ya sabes lo que pasa —dijo y salió.

Morgan pensó que iba a sentir un gran alivio al verla marchar, pero no fue así. Drakon tenía el rostro contraído y su gesto era ominoso, sombrío.

—¿Qué ha sido eso?

Él no contestó. Ni siquiera era capaz de mirarla a los ojos.

—¿De qué estaba hablando, Drakon? Él continuó sin decir nada.

Morgan apretó los puños. ¿Qué poder tenía Bronwyn sobre él?

Estaba claro que ejercía una gran influencia sobre él, Algo debía de haber pasado entre ellos, algo grande, grave,

Morgan se puso en pie y abandonó la habitación. La cabeza le retumbaba. Bajó las escaleras y se dirigió a la terraza. Pero la terraza no era suficiente, así que siguió adelante. Bajó otro tramo de escaleras y tomó el estrecho camino empedrado que atravesaba el jardín. Muy pronto se encontró con el sendero zigzagueante que bordeaba el acantilado. Estaba lleno de bancos de mármol. Se sentó en uno de ellos, de cara al mar. De repente oyó unas voces cercanas.

Era Rowan. Bajaba por el camino, hablando por el móvil en inglés. Su tono de voz era seco, serio, y sus palabras bruscas hacían un gran contraste con su aspecto sensual. Parecía un dios del sexo, pero hablaba como un soldado.

—¿Alguna noticia de mi padre?

—Todavía no. Pero no hay que desesperarse.

—Estoy intentándolo.

—Bien.

El sol ya empezaba a ponerse y el firmamento se teñía de mil colores.

—Vamos a tener otra puesta de sol maravillosa. Me encanta el cielo de aquí, las puestas de sol de muchos colores, rojo, naranja, dorado,

—Es la contaminación. Ceniza y humo que refracta la parte de longitud de onda más corta del espectro.

Morgan hizo una mueca.

—Eso ya no es tan romántico.

—Como dice Logan, no soy un tipo romántico. Sorprendida, Morgan se volvió hacia él.

—¿Conoces a mi hermana? —le preguntó, tuteándole de repente.

—¿Drakon no te dijo nada?

—No.

—Pensaba que sí.

—¿Cómo es que la conoces?

—Vivo en Los Ángeles. En Malibú.

—¿Y sois amigos?

Él titubeó un momento y Morgan se dio cuenta de que habían sido algo más que amigos.

—¿Estuvisteis saliendo?

—Fue solo una cita. Nos conocimos en una fiesta benéfica para recaudar fondos.

—¿Cuál? —le preguntó. Le resultaba imposible imaginarse a Rowan Argyros en un evento de ese tipo.

—No tiene importancia.

Morgan contuvo la sonrisa. Era evidente que Rowan tenía una buena historia que contar. Su hermana Logan era una persona extrovertida y segura de sí misma y, a diferencia de ella, no creía en el amor.

—¿Y qué tal os lleváis ahora?

—Muy bien.

—Lo dudo.

Rowan la miró con una sonrisa en los labios.

—¿Por qué dices eso?

—Porque conozco a Logan. Es mi hermana.

—Lo que haya pasado es asunto nuestro, pero sí te diré que me habló de ti la noche que salimos juntos. Me contó cosas sobre ti, sobre tu pasado, sin saber que yo conocía a Drakon.

—¿Le dijiste que conocías a Drakon?

—No.

Rowan la miró a los ojos. Parecía que quería decirle algo, pero no iba a hacerlo. Morgan suspiró.

—¿Qué pasa? ¿En qué piensas?

—¿Le has contado algo a Drakon sobre lo que pasó después de vuestra separación? ¿Sabe lo que pasó?

Morgan le miró con ojos serios.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a, tu enfermedad.

Morgan abrió la boca y la cerró de inmediato. Sacudió la cabeza.

—A lo mejor deberías decirle algo. Quizás sea el momento. Morgan se volvió hacia el mar.

—Creo que no cambiaría nada, si lo supiera.

—Yo creo que cambiaría muchas cosas. A lo mejor no para ti, pero sí para él. Morgan le lanzó una mirada cínica.

—¿Cómo?

—No fuiste la única que sufrió mucho cuando os separasteis. Drakon también se quedó destrozado.

Alguien llamó a la puerta de repente. Drakon estaba en su habitación, saliendo de la ducha. Se secó rápidamente, se puso una toalla alrededor de las caderas y fue hacia la puerta.

Era Morgan.

—¿Estás bien? —le preguntó ella, mirándole con ojos de preocupación. Él asintió.

—Iba a vestirme para ir a buscarte.

—¿Te importa si entro un momento?

Él abrió la puerta del todo y la dejó entrar.

—Tienes buen aspecto.

—¿Casi desnudo? Morgan se puso roja.

—Siempre me has gustado mucho desnudo. Tienes un cuerpo perfecto.

Él cruzó los brazos y la miró a los ojos.

—No me puedo creer que hayas venido hasta aquí para decirme que tengo un cuerpo perfecto.

—No, No. Pero, de alguna manera..., está relacionado, con lo que tengo que decir. Drakon trató de no sentir nada, aunque sabía que era imposible.

—¿Puedo besarte? —le preguntó ella de repente.

Él frunció el ceño, sorprendido.

—Solo un beso, para reunir el valor —le dijo ella, entrelazando las manos con nerviosismo—. Porque no sé cómo decirte esto, y no sé qué me

vas a decir, pero creo que debería decírtelo, porque no creo que nadie te lo haya dicho.

Drakon la estrechó entre sus brazos y silenció esa verborrea incontenible con un beso apasionado. Ella se lo devolvió con desesperación.

Le sujetó la cabeza con una mano y deslizó la otra a lo largo de su espalda, apretándola contra su propio cuerpo. Pero entonces ella se apartó.

—No estoy bien de la cabeza —trató de sonreír, pero las lágrimas brillaban en sus ojos—. Estoy loca.

—No estás loca.

—Es por eso que no pudiste encontrarme cuando te dejé. Sufrí una crisis nerviosa. Mi familia tuvo que meterme en el hospital.

Drakon dio un paso atrás.

—¿Por qué me estás diciendo esto?

—Es lo que pasó. Te dejé y mi cabeza se rompió en mil pedazos. No dejaba de llorar, no comía, no podía dormir. Todo el mundo decía que era esto o aquello, pero yo sabía que solo te echaba de menos. Te necesitaba.

—¿Y por qué no volviste?

—No me dejaron.

Drakon apretó los puños involuntariamente.

—¿Quién no te dejaba?

—Los médicos. El hospital. Mi familia. Me hicieron quedarme en el hospital McLean. Es un hospital, para enfermos mentales.

—Ya sé lo que es —Drakon la miró con ojos de horror—. No lo entiendo, Morgan. Estabas allí, ¿Por qué?

—Porque estaba loca. —¿No estabas loca!

—Ellos decían que lo estaba —se apartó de él y echó a andar por la habitación—. Y sí que me sentía como si estuviera loca, pero no hacía más que pensar que me iba a sentir mejor si volvía contigo.

—¿Y por qué no volviste a casa conmigo?

—No podía. No podía contactar contigo. No podía llamar ni escribirte. No me dejaban hacer nada hasta que me calmaba y hacía todas las sesiones de terapia,

—¿Qué quieres decir con eso de que no te dejaban salir? ¿No entraste por tu propio pie?

Ella sacudió la cabeza y tomó asiento.

—No. Mis padres me internaron. Mi padre estaba de acuerdo, pero fue mi madre quien insistió. Decía que jamás volverías conmigo si seguía en ese estado —le miró—. Así que me sometí al tratamiento, pero no fue de mucha ayuda. No funcionó. Querían que dijera que podía vivir sin ti, pero no podía.

—¿Por qué no?

—Porque no podía —le dijo ella, encogiéndose de hombros.

—Entonces ¿por qué me dejaste?

—Las cosas empezaron a ir mal en Ekali. Estaba bien cuando llegamos, pero después del primer mes, me pasó algo. Empecé a llorar cuando estabas en el trabajo y trataba de disimular cuando volvías a casa, pero tú debiste de darte cuenta, porque también cambiaste. Empezaste a ser más frío y distante, y a lo mejor no eras tú, a lo mejor se trataba de mí solamente, porque necesitaba demasiado de ti, y Dios sabe que mis necesidades no eran muy sanas.

—¿Quién te dijo eso? ¿Tus padres?

—Y los médicos. Y los terapeutas.

—Dios —murmuró Drakon, mesándose el cabello—. Eso no es cierto. Lo sabes. Eras muy joven. Estabas sola. Y yo no estaba ahí para ti. Ahora lo sé. Sé que no fui justo contigo. Trabajaba hasta muy tarde, y esperaba que fueras capaz de entretenerte sola. Te debo una disculpa. En realidad, te debo muchas, muchas disculpas.

Morgan logró esbozar una pequeña sonrisa.

—Es difícil recordar, Es difícil hacer memoria, Porque lo que teníamos era bueno, muy bueno, pero entonces todo fue a peor —suspiró y se frotó la cabeza—. Ojalá pudiéramos volver atrás, empezar de nuevo.

—No se puede volver atrás. Solo se puede seguir adelante.

—Lo sé, y lo estoy intentando. Y visitar Pompeya contigo esta tarde me ha hecho darme cuenta de que necesitamos pasar página. Hay que tener esperanza y coraje, y empezar una nueva vida.

Drakon se agachó delante de ella y la miró fijamente.

—Sé que te he fallado.

—No más de lo que yo te fallé a ti, Drakon.

—Tú no me fallaste. Eras perfecta, Eras afectuosa, cálida, sensible. Estabas llena de esperanza.

—¿Y entonces por qué te alejaste de mí? ¿Por qué me dejaste fuera de tu vida? Eso fue lo que sentí yo, por lo menos.

—Lo hice. Definitivamente te dejé fuera. No fue producto de tu imaginación.

—¿Por qué?

Él vaciló un momento y entonces tomó el aliento.

—Porque te quería demasiado, y sin embargo me sentía muy inquieto, Pensaba que no era adecuado para ti, que no podría hacerte feliz, que no sería capaz de satisfacer tus necesidades, que no podía ser la persona que tú querías que fuera, Y me alejé.

—¿No fue mi imaginación?

—No.

—¿Crees que no estaba loca cuando te dejé?

—No.

—Entonces me volví loca después de dejarte.

—Nunca has estado loca, Morgan. Ella sonrió con tristeza.

—Sí que lo estaba. Dejarte me partió el alma. Sentí que el corazón se me rompía cuando te dejé. Todo el mundo me decía que tenía este trastorno o el otro, pero no entendían nada. Yo solo te necesitaba. Te quería a mi lado. Y no me dejaban tenerte —sus ojos se llenaron de lágrimas—. Nadie creía que fuera capaz de quererte hasta ese extremo. Pero ¿por qué estaba tan mal quererte tanto? ¿Por qué me hacía sentir tan mal?

Drakon le secó la mejilla con el dedo pulgar.

—Dime que no he esperado en vano, mi amor. Dime que hay un lugar en tu vida para mí. Dame esperanza, Morgan.

Ella se limitó a mirarle fijamente y entonces se inclinó hacia delante. Le dio un beso.

—Sí —susurró contra sus labios—. Hay un lugar para ti en mi vida. Siempre habrá un lugar para ti. Te necesito, Drakon. No puedo vivir sin ti.

Drakon la besó con fervor, pero Morgan no tenía bastante. Necesitaba más. Le rodeó el cuello con ambos brazos y abrió las rodillas para que pudiera ponerse entre ellas. Sin dejar de besarla, él se tumbó sobre ella y le agarró los pechos. La toalla se le soltó.

Morgan jadeó al sentir sus dedos sobre los pezones. Se le endurecían y se le ponían de punta con el roce. Drakon deslizó la otra mano a lo largo de su torso y empezó a tirarle del dobladillo de la falda. Buscó la cara interna de sus muslos.

De pronto sonó el teléfono que estaba sobre la mesita de noche. Era el de Drakon.

—Maldita sea.

—¿Qué?

Él sacudió la cabeza y se apartó de ella.

—Maldita sea —repitió, leyendo el mensaje de texto—. Tiene que hablar conmigo antes de regresar a Atenas.

Morgan no tuvo que preguntarle a quién se refería.

—¿Ahora?

—Se va pronto. Esta noche.

—Seguro que puede esperar media hora, ¿no?

Él no contestó de inmediato. Simplemente rodó sobre sí mismo y se apartó de ella.

—No tardaré mucho.

—¿De verdad tienes que irte ahora?

—Volveré en menos de quince minutos.

Morgan le vio caminar desnudo hasta el vestidor. Unos minutos más tarde, salió perfectamente vestido, abrochándose el cinturón.

De repente se sentía igual que cinco años antes. Había vuelto a ser aquella joven novia, insegura, tímida, La novia americana de Drakon Xanthis,

—No tienes por qué sentirte amenazada por Bronwyn. Trabaja para mí, pero tú eres mi esposa. Morgan guardó silencio un momento.

—He venido para quedarme, Drakon. Voy en serio. Él la atravesó con la mirada.

—Vas en serio.

—Sí —dijo ella, lamiéndose los labios.

—¿Eso es una amenaza o una promesa?

—Es lo que quieras que sea.

Él se rio y se marchó sin más, dejando la puerta abierta.

No tardó quince minutos en volver. Estuvo fuera más de una hora. Morgan regresó a su habitación. Se preguntaba si debía vestirse para la cena, o si la servirían esa noche. Ya era un poco tarde.

Finalmente, se cambió y bajó. Rowan estaba en el salón, tomando una copa.

—¿Te pongo algo de beber?

—Un Campari —dijo, tratando de escuchar los ruidos que se oían en la casa para saber dónde se encontraban Drakon y Bronwyn.

—Están fuera —dijo Rowan, dándole el cóctel—. O estaban.

—¿Por qué dices «estaban»?

—Hace media hora llegó un coche y acaba de irse —Rowan se volvió y señaló el vestíbulo—. Y aquí viene. Drakon Xanthis en carne y hueso —Rowan levantó su copa—. Tengo algunas llamadas que hacer. Salud —abandonó el salón y los dejó solos.

Drakon pasó por delante de Morgan sin decir ni una palabra. Fue directamente hacia el bar y se sirvió una copa.

Morgan le observaba, preguntándose qué había pasado. Él fue hasta la ventana y contempló el cielo oscuro.

—Se ha ido —dijo por fin—. Ha vuelto a Atenas.

—¿Ha pasado algo?

—La despedí.

—¿Qué?

—La despedí. La eché de la empresa. Rescindí su contrato. Llámalo como quieras.

—¿Por qué?

—Vi lo que hizo, cómo se comportaba contigo, y no me gustó. Ha trabajado para mí durante mucho tiempo, ocho años, y era buena en lo que hacía, pero no voy a consentir que nadie te trate así. No pienso mirar hacia

otro lado, sobre todo si es un empleado mío, o un amigo. Es inaceptable, y no tienes por qué aguantarlo, de nadie.

Morgan le agradeció sus palabras, pero sabía que ocurría algo más.

—No tenías que echarla por mí. Lo decía de verdad cuando te dije que iba a quedarme. No voy a dejar que nadie me eche de aquí con groserías. Ya tengo veintisiete años y sé mucho más del mundo y de mí misma que hace cinco años.

—Estoy de acuerdo en que has cambiado, pero yo también he cambiado, y Bronwyn. Hubo un tiempo en que la necesitaba, y ella me salvó. Le debo mucho, quizás todo, pero eso fue hace cuatro años, y las cosas son distintas ahora. Es hora de que siga adelante. Será mejor para ella.

Morgan empezó a sentir una inquietud.

—¿Cómo te salvó?

Drakon bebió un buen sorbo de su copa y la miró por encima del hombro.

—Si no fuera por ella, ya no tendría la empresa. No tendría esta casa. No tendría nada.

—No entiendo.

—Ya sé que no —suspiró y bebió otro sorbo—. Preferiría que no lo supieras, y le prometí a Bron hace años que no te lo diría. Ella no quería que te lo dijera. Me dijo que a ti no te gustaría, que dejarías de respetarme, pero ese va a ser un riesgo que tengo que correr.

Morgan se sentó.

—Por favor, dímelo.

Drakon echó a caminar por la habitación y finalmente se sentó en otra silla cercana.

—Hace unos años cometí un error. En otras circunstancias no hubiera sido para tanto, pero resultó ser algo muy serio. Casi me quedé en la ruina.

Cerró los ojos y sacudió la cabeza.

—Estuve a punto de perderlo todo. Y cuando digo «todo», es todo. La empresa. Los barcos. Los contratos. Nuestras oficinas, Todo. Y lo peor de todo es que me daba igual, Me daba igual —Drakon seguía mirándola, pero tenía la mirada perdida—. No era capaz de tomar las decisiones

adecuadas, y no hice lo que tenía que haber hecho para proteger mi empresa, mi futuro. Estaba dispuesto a perderlo todo. Pero Bronwyn se negó a quedarse de brazos cruzados, viendo cómo se hundía el negocio. Se hizo cargo de todo. Se convirtió en mí. Se puso al mando y nadie supo que era Bronwyn Harper quien firmaba por mí, quien administraba el capital, —la miró a los ojos—. No todas sus decisiones fueron correctas. Algunas tuvieron consecuencias muy malas, pero, si ella no se hubiera hecho cargo de todo cuando lo hizo, no quedaría nada hoy.

—Me alegro de que te haya ayudado. Me alegro de que haya podido hacerlo, porque yo no hubiera podido ayudarte, aunque hubiera querido.

Él la miró, traspasándola con sus ojos color ámbar.

—Sí. Me ayudó, pero nunca fue nada más que una empleada valiosa. Jamás fue rival para ti. Nunca he querido tener nada con ella. Siempre te he querido a ti.

—Y, ¿entonces por qué la echas? Si fue tan útil para ti, y le estás tan agradecido,

—Ella quería más —esbozó una media sonrisa que no le llegó a los ojos—. Me dejó claro que quería más, que estaba enamorada de mí, pero yo no sentía eso por ella. Yo te amaba a ti, y solo a ti. Y ella lo sabía.

—Pero se quedó todos estos años. Se quedó porque quería aferrarse a la esperanza.

—Quizás —dijo él, encogiéndose de hombros—. Probablemente. Pero no había esperanza. Si no podía tenerte a ti, no había sitio en mi vida para nadie más. O tú o nadie.

Morgan soltó el aliento lentamente. La cabeza le daba vueltas.

—Debe de tener el corazón roto ahora.

—Se las arreglará. Es fuerte. Lista. A partir de ahora tendrá una vida mejor, lejos de mí —la estrechó entre sus brazos y le dio un beso en la frente—. Eres tú quien me preocupa.

—No tienes que preocuparte por mí.

—Rowan todavía no ha encontrado a tu padre.

—Pero no se ha rendido.

—No. Y no lo hará, no hasta que le encontremos. No hay nadie mejor que Rowan en Dunamas. Seguirán buscándole, hasta que aparezca.

—¿Y si nos lleva semanas, meses, años?

—No importa. Te prometo que no nos vamos a olvidar de él. No nos vamos a rendir.

Tomaron la cena solos, ya que Rowan estaba ilocalizable. Se saltaron el postre y el café y fueron directamente a la habitación de Drakon, donde hicieron el amor en el silencio de la noche. Mientras yacía en la oscuridad, en brazos de Drakon, escuchando su respiración, Morgan comprendió tres cosas. Todavía le amaba profundamente y jamás le dejaría, pero debían hablar más si querían tener un futuro. Debían ser pacientes, valientes y fuertes.

Sabía que debía luchar por él, pero aún había cosas que no era capaz de entender, cosas del pasado.

Media hora más tarde, sintió cómo le daba un beso en el hombro. Se volvió y le observó mientras se ponía los pantalones del pijama. De repente se sentía inquieta.

Le vio caminar hasta la puerta que daba acceso al balcón. Abrió las cortinas y contempló el mar.

—He estado pensando en lo que me dijiste antes, —Morgan se incorporó y se abrazó las rodillas—. En lo agradecido que le estás a Bronwyn por haber salvado la empresa, y por haberte salvado a ti cuando cometiste un error. Te conozco y sé que no cometes errores. ¿Qué error cometiste que casi te costó la empresa?

Él no contestó de inmediato.

—Me dejé distraer. No estaba centrado en el trabajo. Y, de repente, no había dinero. No había dinero para pagarle a la gente, ni dinero para impuestos. Nada de dinero.

—¿Cómo es posible? ¿Dónde estaba el dinero? Drakon guardó silencio.

—Malas inversiones.

Morgan sintió un río de hielo en las venas. Contuvo el aliento.

—Has dicho malas inversiones, en plural. ¿Fueron varias cosas o fue el dineral que mi padre te hizo perder?

Él guardó silencio durante varios segundos y Morgan supo que había algo más, algo que nunca le había contado.

—Drakon, agapo mou, por favor, por favor, dímelo.

Se volvió hacia ella lentamente, dándole la espalda a la ventana. Su silueta se recortaba contra la luz del sol.

—Tu padre vino a pedirme ayuda cuando te fuiste.

—Le diste más dinero —Morgan sintió ganas de llorar.

—Era tu padre. Necesitaba ayuda.

—¿Cuánto te pidió?

—Mil millones.

—Oh, Dios mío —se llevó la mano a la boca—. Drakon, no. No me digas que,

—¿Y qué iba a hacer, Morgan? Estaba metido en un lío. Yo era su yerno, y te amaba. La familia es la familia.

—¡Pero yo te había abandonado!

—Pero yo no te había dejado a ti.

Morgan apretó los dientes. Las lágrimas la cegaban.

—No me lo puedo creer.

Él se rio con ironía.

—Cuando tu padre vino a verme, diciéndome que tenía problemas, que tenía inversores que necesitaban recuperar su dinero, pero que no tenía liquidez para pagarles, yo pensé que era mi oportunidad para recuperarte. Pero no tenía tanto dinero en mis cuentas. Nadie tiene tanto dinero en sus cuentas, así que pedí préstamos a los bancos, y también recurrí a otras fuentes, para conseguir el dinero.

—Y no me recuperaste, ¿no?

Durante unos segundos, solo se escuchó el silencio.

—No. Le di el dinero, pero Daniel se negó a decirme dónde estabas. Me dijo que contactarías conmigo cuando estuvieras preparada.

—Y yo no podía contactar contigo, porque estaba en McLean — Morgan parpadeó para limpiarse las lágrimas—. ¿Y entonces qué pasó?

—Las finanzas de la empresa se fueron a pique. Todo el mundo empezó a reclamarme los préstamos que me habían hecho. Pero yo no tenía dinero para darles. No tenía elección. Tenía que declararme en quiebra y cerrar. Y yo casi quería hacerlo, porque sin ti todo me daba igual.

—Me rompes el corazón.

—Era algo patético por mi parte. Bron me dijo que iba a parecerte patético.

—¿Patético? ¿Cómo iba a parecerme patético que estuvieras dispuesto a sacrificarlo todo, por mí? —se apoyó sobre las rodillas—. Fuiste un héroe. Me amabas. Luchaste por mí.

Él se volvió hacia ella. La miró a los ojos.

—No quiero vivir sin ti, Morgan. No quiero una vida sin ti. Y a lo mejor es una debili,

—No es una debilidad —Morgan fue hacia él y le rodeó la cintura con los brazos. Él deslizó una mano por su espalda y la atrajo hacia sí.

—Creo que no sabes lo mucho que te quería, lo mucho que te querré siempre. No hay nadie más para mí, nadie más que tú. Eres mi mundo.

—Y tú eres el mío.

—¿Por qué te fuiste entonces?

—Es que me estaba rompiendo en pedazos.

—¿Por qué?

—Te quería tanto que me daba miedo. Nunca había sentido por nadie lo que sentía por ti, pero los sentimientos eran tan intensos que me hacían perder el control. Y, entonces, cuando hicimos el amor, eso me hizo algo en la cabeza. Empecé a darle demasiadas vueltas a todo. Me asusté.

—¿Te asustaste? ¿De qué?

—Tenía muy poca experiencia cuando te conocí, y tú tenías demasiada, y en la cama eras, completamente apasionado, sensual, exigente. Hacías que todo pareciera sacado de un cuento erótico.

—¿Te exigía demasiado?

—A veces sentía que la situación me superaba.

—Y por eso me odiaste.

—Nunca te odié. No debería haber dicho algo así. No era cierto. Simplemente estaba furiosa, dolida, y trataba de mantenerte a raya, porque me resultaba imposible resistirme.

Él se apartó un momento y fue a encender la luz. Se sentó en el borde de la cama.

—Ven aquí —le dijo, sonriendo con malicia—. Por favor.

Morgan avanzó hacia él. El corazón se le salía del pecho. De repente se sentía más tímida que nunca.

—Dime. La hizo sentarse junto a él y la besó, una y otra vez.

—Me encanta lo sensual que eres —le dijo, mirándola a los ojos—. Me encanta tu naturaleza apasionada. Pero no quiero que vuelvas a sentirte incómoda conmigo, en la cama, o fuera de ella. Te quiero demasiado como para hacerte daño. Pero tienes que decírmelo cuando algo te parezca demasiado. Tienes que decírmelo si te parezco distante, o si te sientes sola, nerviosa, asustada.

—Quieres que hable contigo.

—Sí. Quiero que hables conmigo.

—Entonces eso significa que tú también tienes que hablar conmigo.

—Lo sé —dijo él, sonriendo.

—Muy bien. Pero no quiero aburrirte, especialmente en la cama.

—Dios mío, Morgan, nunca me aburriría contigo en la cama.

—¿No?

—¡No! Cuando estamos juntos no se trata de sexo. Se trata de demostrarte lo mucho que significas para mí, lo mucho que te valoro, lo mucho que te idolatro. Cuando te toco, Morgan, te estoy diciendo que para mí no hay nada más importante que tú, y que te quiero con todo el corazón, con toda el alma.

—¿En serio?

—En serio —buscó su mirada—. Lo único que he querido durante estos cinco años es que vuelvas a casa. Quiero que estés conmigo, Morgan. Por favor, ven a casa conmigo.

—Sí —dijo ella, sujetándole las mejillas con ambas manos. Le dio un beso profundo y sentido—. Sí. Me quedo contigo. Me voy a casa contigo, a Atenas.

—¿Aunque odies esa cubitera de hielos? —le preguntó, dándole un beso en la palma de la mano. Morgan sonrió.

—¿Pero te importa si añado algo de color? Unos cuadros, Cojines...

—A lo mejor lo que necesitamos es una casa nueva para empezar de cero.

—No.

—Sí. A mí tampoco me gusta esa casa.

—¿Qué? Él se rio suavemente.

—La odio. Es horrible. Nunca me ha gustado, ni cuando la estaban construyendo, ni cuando nos mudamos a ella, Pero pensaba que a ti te gustaba, así que nunca te lo dije.

—Creo que tenemos un pequeño problema de comunicación.

—¿Tú crees? —Drakon la empujó y la hizo tumbarse en la cama.

—Tenemos que trabajar en ello.

—Umm —le dio un beso en la garganta y le destapó los pechos—. Vamos a tener que empezar a hablar más —le dijo, besando y lamiendo las suaves curvas.

Ella suspiró y arqueó la espalda al sentir sus labios sobre un pezón.

—Muy bien —el deseo empezaba a reclamar toda su atención.

—¿Te gusta? —le preguntó él, acariciándola en el abdomen.

—Umm, sí.

—¿Y esto? —deslizó los dedos entre sus piernas.

Ella contuvo el aliento y se dejó acariciar en el lugar más sensible de su sexo.

—Sí. Y me alegro de que estemos hablando, pero, ¿Tenemos que hacerlo ahora? Sintió su risa silenciosa y sus mordiscos en los pezones.

—No —contestó él—. Preferiría concentrarme en ti y en darte placer.

—Bien.

Los dedos de Drakon siguieron avanzando hasta llegar al sitio donde estaba húmeda y caliente.

—¿Drakon? —¿Sí, gynaika mou?

—Hazme el amor. Y ámame. Para siempre.

Él la miró a los ojos durante un momento interminable.

—Para siempre, y siempre, y siempre, hasta el fin de mis días.

Epílogo

—¿**L**o harás, Logan? ¿Te quedarás en mi lugar para que podamos escaparnos unos días Drakon y yo? —le preguntó Morgan a su hermana por teléfono.

Trataba de sonar relajada, pero estaba un poco molesta con su hermana porque no le había devuelto las llamadas durante casi una semana.

—Solo serías la persona de contacto durante unos días, si surge algún problema, pero no creo que los haya.

—No puedo dejarlo todo y hacerme cargo de la búsqueda de papá para que Drakon y tú tengáis una segunda luna de miel —dijo Logan, en tensión—. Algunos de nosotros trabajamos, Morgan. Tenemos que hacerlo porque no tenemos maridos millonarios que nos mantengan.

—¿Te gustaría tener un marido millonario, Logan? —le preguntó Drakon de repente, incapaz de permanecer callado por más tiempo.

Iban en el jet privado y podía oír toda la conversación desde el asiento de enfrente. Aún no habían despegado y las puertas seguían abiertas, porque Morgan se negaba a partir hasta que Logan aceptara.

—Ya sabes que podemos arreglarte algo.

—No, gracias, Drakon. Soy perfectamente capaz de cuidar de mí misma. Drakon sonrió.

—A lo mejor te vendría bien un marido griego, fuerte y valiente. Y seguramente tú le vendrías muy bien a él también.

—Eso no va a pasar. Pero, si me sirve para poder colgar de una vez, entonces la respuesta es «sí», Morgan. Seré la persona de contacto por si pasa algo mientras Drakon y tú hacéis lo que tengáis que hacer.

Drakon arqueó una ceja y Morgan sacudió la cabeza.

—De verdad no creo que vaya a pasar nada. Solo vamos a estar fuera unos días, un fin de semana largo.

—Muy bien. Te vas unos días. Dunamas está ocupándose de toda la investigación. Son ellos los que llevan el rescate. Si hay alguna novedad, me llamarán en el caso de que no puedan contactar contigo — Logan hizo una pausa—. ¿He olvidado algo?

—No. Eso es todo.

—Muy bien. Y ahora, largo. Que disfrutes del viaje. Y trata de divertirte. Papá va a estar bien —la voz de Logan se suavizó—. Me aseguraré de ello. Te lo prometo.

Morgan colgó y se quedó mirando a Drakon. Este acababa de hacerle señas a la tripulación para indicarles que podían despegar.

—¿Por qué me preocupo tanto?

—Porque le has ocultado información deliberadamente, sabiendo que jamás accedería a ayudarnos si supiera que va a tener que lidiar con Rowan.

Morgan se mordió el labio.

—Esperemos que no tengan que verse, o me meteré en un buen lío.

—Rowan dijo exactamente lo mismo.

Fin.